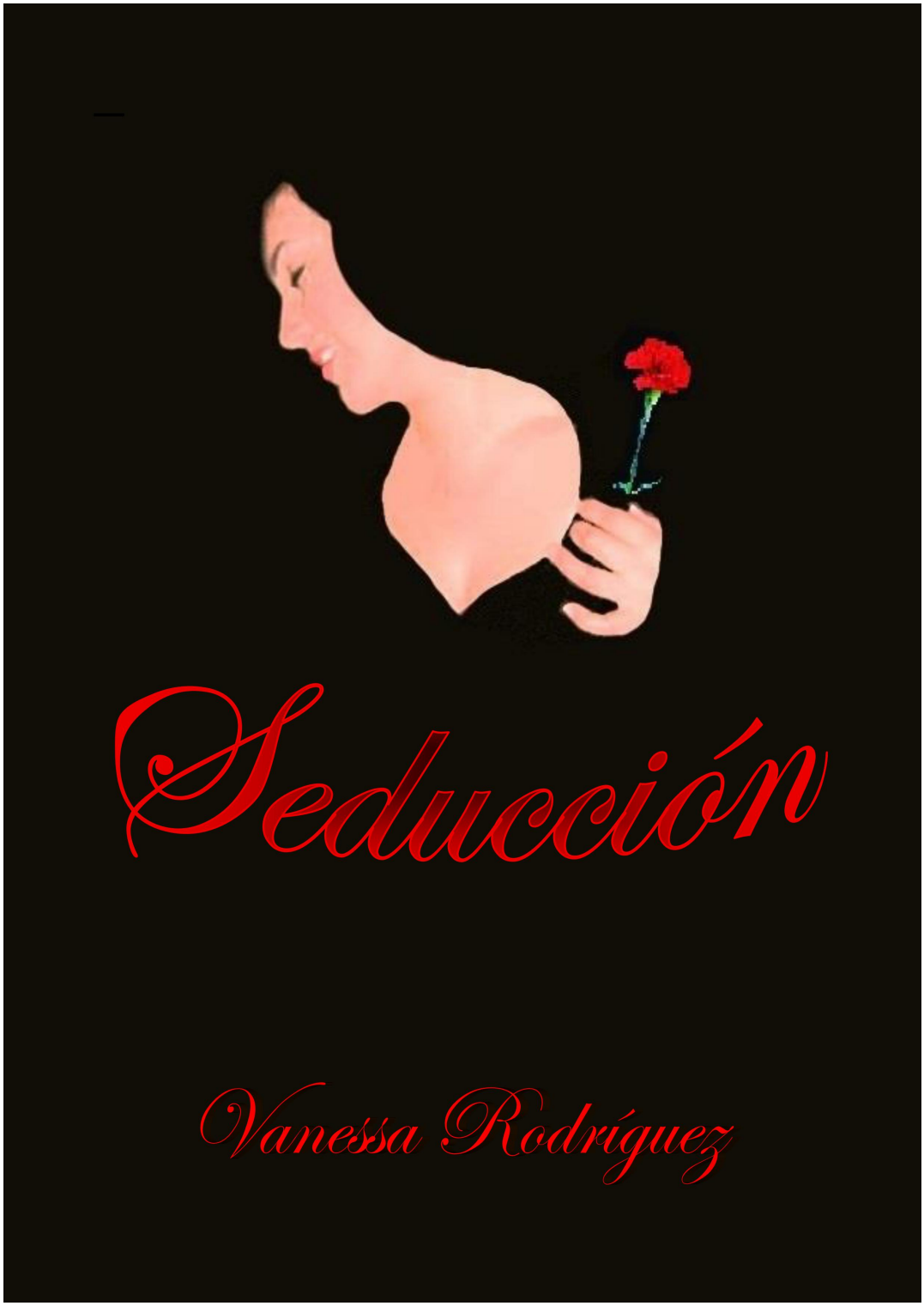
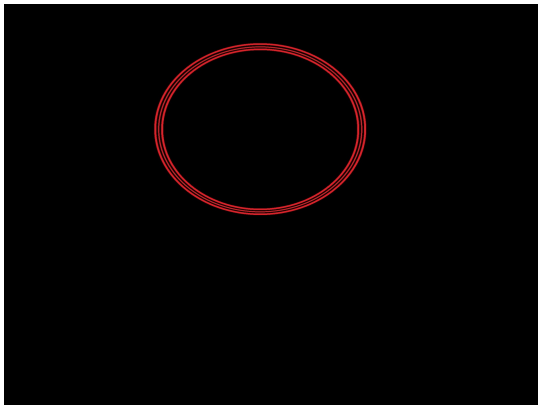
Seducción

vanessa rodriguez



Capítulo 1



Seducción

Seducción

Vanessa Rodríguez

Soy buena, pero no soy un ángel. Cometo pecados, pero no soy el demonio.

Simplemente soy una pequeña chica en un mundo grande

tratando de encontrar alguien a quien amar.

Marilyn Monroe

Prólogo

—Creo recordar que te advertí sobre esto. No quiero que me vuelvas a meter en uno de esos grupos formados por la agencia de viajes, que solo vienen buscando "emociones fuertes". Ya sabes lo que pasó la última vez que acepté involucrarme en tus juegos.

—¡Jajaja!, sí, lo recuerdo perfectamente, ¿cómo podría olvidarlo? Ese hombre era tan raro… Lo tenía todo: aspecto de anciano, desempleado, viviendo con papi y mami y sin ningún sueño por cumplir o alguna meta que alcanzar. Amiga mía, ¡aquello fue un espectáculo!

—¿Pero tú realmente eres mi amiga? Porque, joder, a veces pienso que si

fueses mi enemiga nos llevaríamos mejor.

—¡Hey! Yo te trato súper bien ¿vale?, simplemente me preocupo por tu salud.

—¿Por mi salud? ¡Ya! —dijo alzando la mirada de forma incrédula.

—Está bien, por tu salud sexual —reconoció—. Pero no te enfades. Sabes que lo hago porque odio verte soltera a tu edad. No es normal que lleves más de cinco años soltera. Deberías ser un poco más atrevida, cariño, pero como veo que tú no te lanzas, pues ya te lanzo yo.

—Pues no me lances tanto que siempre sale mal —protestó Diana, un tanto cansada de las ideas de su amiga que siempre intentaba emparejarla con algún chico malo.

—Está bien. Entonces ésta será la última vez que te uno al grupo de guías —le dijo para tranquilizarla. Aunque en realidad no tenía ninguna intención de detenerse en su búsqueda del amor de película que ella consideraba que Diana merecía—. Esta vez son visitantes que vienen desde Busan y ya tienen tu número de teléfono por si te necesitan para algo —dijo Lara mientras observaba el cambio de expresión en el rostro de Diana.

—Así que más te vale portarte bien con ellos y enamorarte o algo… o éste no será el último grupo— amenazó por lo bajini, dejando entrever sus verdaderas intenciones.

—¿Crees que no te escucho porque hables entre dientes? Te conozco tan bien que podría adivinar lo que estás pensando.

—¿Entonces…?

—Entonces —suspiró—. Sabes que acabaré aceptando, ya que no tengo más remedio. Porque eres muy adelantada. Si dijera que no, me pondrías cara de pena y me dirías «vaaaaaamos, ya le di tu número de teléfono, no me hagas quedar mal». ¡Agg!, en serio, a veces pienso que te aprovechas de mí ¿sabes? —Diana la miró de reojo mientras se apartaba del rostro un mechón de cabello húmedo.

—Sí, lo sé, y además es cierto, me aprovecho de ti —le reconoció sin ningún titubeo—. Porque tú eres tan humilde y buena que no puedo permitir que alguien se aproveche de eso. Alguien que no sea yo, quiero decir.

Diana le lanzó una mirada intensa que pretendía mostrar su furia, pero aquella poca vergüenza que tenía su amiga, le hacía querer reírse. Sólo que no podía permitir que la viera o perdería el poco control que tenía

sobre sus propias relaciones.

—Disfrútalo mientras puedas —dijo sonrojada. Medio enfadada, pero a punto de echarse a reír al ver la cara de inocente con la que su amiga la observaba, después de haber reconocido que se aprovechaba de ella. —Un día dejaré de ser tan buena y no podrás aprovecharte más de mí.

Diana ya iba de camino a casa para pensar en la decoración sobre Hawai que usaría para la fiesta que iba a preparar en su pub, pero iba tan sumergida en sus pensamientos que no vio a un joven que pasaba por allí y chocó con él.

—¡Ups! Perdone.

Aunque él no dijo nada, pudo oír que iba gruñendo, pero ella estaba demasiado distraída para dar mucha importancia a lo sucedido.

Una vez en casa, Diana soltó su bolso blanco sobre la mesa y se lanzó sobre el sofá como si se le fuera la vida.

Aquel día había sido completo para ella. Pero nada más tumbarse, su móvil comenzó a sonar.

—¡No puede ser! ¿Pero quién?… ¡Ya!, ¡ya voy!

Diana se levantó del sofá y comenzó a buscar su móvil dentro del bolso mientras éste continuaba vibrando.

—¿Quién es? —preguntó enfadada, ya que habían interrumpido uno de los pocos momentos de descanso que tenía en el día.

—Vaya, tienes que relajarte o te van a dar ganas ¡Ups! Quiero decir, que te van a salir canas —le dijo en tono burlón.

—¿Otra vez tú? Cada vez que me llamas siento que se me escapa un año de vida —le reprochó a Lara al oír de nuevo como la pinchaba con su escalofriante obsesión sobre la edad, los hombres, el amor...

—Que feo eso que me has dicho…Pero te perdono.

—No quiero que me perdones.

—¡Uy, qué refunfuñona te has despertado hoy!

—Suéltalo ya —replicó suspirando—. ¿A quién has dado mi número de teléfono esta vez?

—Al final siempre esperas con ansias mis…

—¡Vamos! —la interrumpió.

—¿Ansiosa?

—Sí —respondió rotundamente en tono sarcástico.

—Está bien, está bien. Se lo di a Juhwan. Es un joven de veinticinco años, pero solo quería decirte que ha aparecido un virus en Corea y han tenido que retrasar el viaje para asegurarse de que no se propaga, así que no tendrás que guiar a nadie… de momento.

—Ni de momento ni nunca… ¿Lara? ¿Lara? —comenzó a gritar su nombre al comprobar que no respondía—. ¡Auch! ¡Otra vez lo ha vuelto a hacer! —exclamó furiosa—. La próxima que me deje con la palabra en la boca se va a enterar —dijo mientras observaba atónita como la pantalla del móvil se apagaba.

I

Ya había hecho bastante el ridículo la noche anterior cuando el joven Juhwan la llamó, pero esta vez quería tratar de ser cordial, al menos lo intentaría y empezaría por disculparse con aquel chico que la había llamado. El chico había tenido que aguantar su mal temperamento sin ser culpable de nada.

Metió la mano en su bolso y rebuscó entre el centenar de cosas que tenía en su interior hasta que rozó el móvil con los dedos. Lo agarró con fuerza imaginando qué cosas podría decir para disculparse y, cuando tuvo alguna que otra palabra clara en su mente, lo sacó. Buscó en el registro de llamadas el número del joven mientras comenzaba a sentirse cada vez más ansiosa.

El teléfono dio un tono, otro y otro… Nadie respondía. Colgó y lanzó el móvil al sofá pensando que aquel joven no querría volver a hablar con ella, después del saludo tan hosco que había recibido por su parte, pero ¿qué podía hacer? ¿Habría alguna manera de arreglarlo?

Diana estaba preocupada, aunque, por otra parte, pensaba «¿Qué más da si no volvemos a hablar?».

Quizás aquello fuese lo mejor, no dar más importancia al asunto y dejarlo pasar. Después de todo, ellos no se conocían de nada y la excursión no se iba a realizar. Aun así, ella sentía que debía hacer algo respecto a eso. «¿Por qué tengo que ser tan tonta?» No podía evitar pensar en lo poco

amigable que había sido.

Eran ya las tres de la madrugada y no conseguía dormir. Por alguna razón, se sentía intranquila y decidió levantarse para beber un poco de agua y aplacar los nervios.

Mientras bebía, su teléfono comenzó a sonar. «¿Quién podrá ser a esas horas?». Diana cogió el teléfono y respondió:

—¿Quién es?

—Hola —sonó una tímida voz—. Soy Juhwan, la llamé el otro día.

Diana se quedó helada, no sabía que responder.

—¿Hola? —preguntó el joven esperando oír alguna respuesta—. ¿Estás ahí?

—Sí, sí, perdona. Dime.

—Acabo de ver su llamada. No pude responder porque estaba dormido. Creo que hay unas siete u ocho horas de diferencia entre nuestros países.

—Sí, no lo había pensado, te llamaba para decirte algo —le dijo aun indecisa sobre qué, exactamente, iba a decirle—. En realidad, ahora es de madrugada aquí, supongo que lo sabes, pero no podía dormir. Necesitaba decirte algo.

—¿Qué ha pasado? —dijo Juhwan preocupado.

—No ha pasado nada, yo sólo quería disculparme. Creo que fui muy grosera contigo —le dijo esperando que captara el mensaje—. No es que yo sea ningún ángel —continuó, tratando de hacerle ver que ella no era una de esas personas que se creen demasiado buenas como para hablar con alguien que no haya sido llamado por ellos mismos—. Pero quería que supieras que no tengo nada contra ti. Estaba enfadada porque mi amiga te dio mi número sin decirme nada y supongo que descargué mi ira contigo. Perdóname —se disculpó finalmente.

—No se preocupe. En verdad, en aquel momento me pareció que era algo desagradable y casi me alegré de no tenerla como guía. Pero ahora comprendo por qué actuó de esa manera. Creo que yo habría hecho igual, así que, todo bien —le dijo el joven, tratando de empatizar con ella.

—Gracias por comprenderme. Bueno, si necesitas algo no dudes en preguntarme.

—Gracias a usted, es muy amable.

—No necesitas ser tan formal conmigo —le dijo al joven.

—¿Quién es esa belleza? —preguntó al oírla el joven que acaba de entrar en la habitación en la que se encontraba Juhwan y andaba merodeando a su alrededor.

—Es mi guía, bueno, iba ser mi guía en el viaje a España —le respondió molesto.

—Es preciosa, si quisiera podría venir y yo le haría de guía a ella —dijo aquel tipo.

El joven se levantó de la silla y se dirigió hacia su hermano para regañarle por entrometerse en la conversación.

—¿Qué sucede? —preguntó Diana que lo estaba escuchando todo—. ¿Quién es ese?

—Perdona, ese idiota es mi hermano mayor, Munsu. A veces puede ser un poco capullo.

—No te preocupes, no podemos elegir nuestra familia —dijo bromeando—. Seguro que en el fondo es buen tipo.

—Si, en el fondo —dijo irónicamente.

—Juhwan, voy a tener que colgar. Creo que después de disculparme el sueño ha vuelto a mí. De hecho, me está ganando y estoy a punto de caer en un sueño profundo. Espero que pases un día agradable —le dijo mientras se le cerraban los ojos y dejaba caer el móvil sobre un lado de la cama.

—Gracias señorita, buenas noches.

Diana se había levantado con unas ojeras tan oscuras que parecía una osa panda. No había tenido una buena noche. Sin duda, no la contaría entre las diez mejores, pero tenía mucho trabajo que hacer para preparar la fiesta hawaiana. Debía comprar muchos artículos de decoración, llamar al DJ, preparar la iluminación…

—¿Qué está pasando ahí? —preguntó a Carmen cuando llegó al pub, al ver todo el alboroto que estaba sucediendo en el local de enfrente.

—Están restaurando el local. Creo que lo ha cogido alguien de Barcelona y

dicen que quieren abrirlo este fin de semana.

—Vaya, justo cuando tenemos nuestra fiesta —dijo pensando que, si tenían dos fiestas el mismo fin de semana, iban a tener muchísimo trabajo.

—No te preocupes, eso no será ningún problema —la tranquilizó Carmen, que pensaba que lo decía por otro motivo.

—Supongo que está bien tener algo de competencia. Vamos dentro —dijo Diana sujetando un puñado de carpetas repletas de ideas y datos para hacer que la fiesta fuese todo un éxito, como lo habían sido todas las anteriores.

Ella era una persona a la que le gustaba dar el trescientos por cien en todo lo que hacía e intentaba prepararse para hacer pasar el mejor fin de semana a sus clientes.

Pese a haber terminado de elegir los temas para la fiesta con el DJ, aún quedaban trescientas veinte mil cosas más por hacer.

—Hola ¿Qué tal va la cosa por aquí? Me he enterado que estáis preparando una gran fiesta para este fin de semana. ¿Quién es el dueño de este local? ¿Está por aquí? —entró preguntando, un tipo alto de piel bronceada, que no hacía más que observar a todos los que estaban por allí preparando la decoración.

Aquel tipo parecía un modelo de Calvin Klein recién salido de uno de sus anuncios. Caminaba con tanta seguridad que atraía hasta las miradas de los tíos y aquello no parecía disgustarle, más bien todo lo contrario. Su expresión de «me encanto a mí mismo y me encanta ser el centro del mundo» lo decía todo.

—¿Quién es ese tío? —dijo Diana mirando a aquel tipo de brazos musculosos y melena brillante y sedosa. Todo un metrosexual.

—Es el nuevo dueño del local de enfrente.

—Entonces tendré que acercarme a ver qué le pasa —dijo Diana decidida, pasando sus dedos sobre el lazo rojo que llevaba atado a su muñeca.

—¿No está por aquí el dueño? —preguntaba al que se le iba cruzando.

Viendo que todos pasaban de responder, Diana se acercó a él para ver qué quería.

—Hola, yo soy la dueña, ¿para qué me buscas?

—¿Tú eres la dueña? —preguntó sorprendido.

—Sí, ¿hay algún problema? —preguntó ella al notar aquel tono de superioridad.

—Supongo que no, pero esperaba que el dueño fuera…

—Fuera ¿quién? ¿un hombre, quizás?

—Sí, pero está bien. Tú eres una mujer estupenda, supongo que eso es mucho mejor.

Aquello le hizo dar un paso atrás y alejarse de él.

—Mira, no sé a qué has venido, pero ahora no puedo. No, sí puedo, pero no quiero seguir escuchando tus gilipolleces. Así que si no te importa —dijo indicándole la salida.

—Vaya. Preciosa y con carácter. Nos llevaremos bien.

—Lo dudo —respondió volviéndose para marcharse.

—¡No te vayas! Espera un momento, por favor. Tengo algo que proponerte.

—¿Tengo que escucharlo o puedo enviar a alguien a quien le importe? —dijo ya algo molesta ante su insistencia.

—Prefiero que me escuches tú.

—Está bien, date prisa. Como ves estoy bastante ocupada.

—¿Por qué no cambias la fiesta para el fin de semana que viene? —le propuso de forma directa, sin rodeos—. Yo voy a abrir este fin de semana y también haré una fiesta de inauguración. Se van a juntar las dos fiestas.

—¿Qué te has fumado? ¿En serio piensas que puedes llegar aquí y decirme que cambie de día mi fiesta, para que tú puedas celebrar la tuya?

—Sólo lo digo porque…

—Porque no quieres tener competencia el día de tu apertura —lo interrumpió—. Lo sé muy bien, pero ¿sabes qué? La fiesta no se va a cambiar de fecha. Si tanto te incomoda podrías cambiar el día de tu

apertura.

—Eso no puede ser —le dijo, negándose rotundamente.

—Entonces no tenemos nada más de qué hablar. Que te vaya bien —dijo ella marchándose finalmente.

Aquel tío tenía un don para hacerla enfadar. Apenas habían hablado dos minutos y se le había hecho una eternidad intentando mantener la compostura para no decirle un par de cosas.

«Que tío mas engreído y desagradable» pensaba, mientras iba en busca de Carmen para terminar con los preparativos.

«Qué mujer» salió diciendo su nuevo vecino que había quedado totalmente prendado de ella, de su fuerza y de su coraje. Era la primera mujer que le había hablado de aquella manera. «No será fácil, pero pase lo que pase, tú serás mía».

Al fin había llegado el día de la fiesta. Diana estaba en la entrada observando cómo iba todo.

La gente no paraba de llegar, la música sonaba y el ambiente era relajado y entretenido. Todo estaba saliendo bien. De pronto sintió su móvil vibrar en el interior del bolsillo de su pantalón blanco.

—¿Sí?

—Hola Diana, soy Juhwan ¿Cómo estás?

—¿Cómo estás? Por aquí todo va bien. Ya ha empezado la fiesta que he estado preparando para este fin de semana y no ha parado de entrar gente desde que hemos abierto. Así que estoy bastante encantada.

—¡Qué bien! ¡Oh! Entonces te estoy molestando. Deberías estar con tus clientes, ¿no?

—No te preocupes —le dijo echando una mirada de reojo a su vecino—. He salido a tomar el fresco y mi vecino no me quita la vista de encima. Mientras esté hablando contigo no se atreverá a molestarme. Creo.

—Parece que no os lleváis muy bien.

—Bueno, ayer llegó y digamos que no empezamos con buen pie.

—Entonces olvídalo y disfruta de tu fiesta, te lo mereces.

—Sí. Perdona Juhwan, voy a tener que colgar, parece que están saliendo los primeros chicos con ganas de bronca.

—Ok, cuídate —se despidió antes de colgar el teléfono.

Diana se dirigió hacia la entrada para intentar hablar con aquellos chicos que andaban borrachos.

—Hola chicos ¿Cómo va la fiesta? —les preguntó separándolos.

—Eh guapa, ¿quieres unirte a nosotros?

—A nosotros no, a mí —dijo uno de ellos acercándose a ella.

—Para ya tío, llevas toda la puta noche tocando los cojones —replicó otro de ellos empujándolo para alejarlo de ella.

—Ok, ¡Stop! ¡Oídme bien! Soy la dueña del local. No, no me uniría a ustedes ni por todo el oro del mundo. Y no me gustan las peleas, así que, por favor, sed buenos chicos y marchaos de aquí —les ordenó de forma contundente.

—Vaya, ¿y si no queremos? ¿Quién nos va a echar? ¿Tú, princesita?

Diana lo miró con incredulidad. Odiaba que la llamaran princesita.

—¿Perdona? ¿Cómo me has llamado? ¿Princesita? ¿Acaso crees que no podría echarte si quisiera?

—Claro que sí podrías, cariño, pero sólo sobre la cama, para tumbarte sobre mí.

—Ya quisieras tú. Te estás pasando mucho, chaval —respondió ella, intentando no perder la compostura, aunque le estaba costando bastante.

—¿Me dejarás hacer realidad mis fantasías contigo? —preguntó uno de los jóvenes acercándose a ella por detrás.

—Podríamos hacer un trío —dijo el que se encontraba más ebrio, empujando al que tenía al lado para mostrar lo "machito que estaba siendo" mientras se reía y tocaba el largo y ondulado cabello de Diana, quien lo apartó de un manotazo.

—Mejor os calléis la boca o voy a tener que enseñaros modales —replicó ella con sequedad, apartándose bruscamente de aquellos muchachos.

—Vaya con la princesa guerrera, me estás poniendo muy caliente —dijo el

joven agarrando a Diana por las caderas y acercándola a su cuerpo.

—¡No te atrevas a tocarme! —dijo soltándose e intentando alejarse de él.

—¿Dónde vas tú, bombón? —la retuvo fuertemente sujetando su muñeca.

Su nuevo vecino estaba observando la situación y no quería intervenir, pero al ver que aquel tipo no la dejaba fue hacia allí.

—¿Qué pasa chicos? Es preciosa ¿verdad? —intervino finalmente.

—Verdad —respondió mientras la agarraba con fuerza para que no pudiese soltarse.

—Agg, ¡cállate! —replicó Diana dando un codazo en el estómago al joven que lo hizo encogerse. Situación que ella aprovechó para darle una patada en el único lugar que haría que se le pasara la calentura e incluso la borrachera—. Ya os dije que podía echaros de aquí yo solita, a pesar de que tengo justo ahí detrás a dos de los mejores porteros de este país. No volveré a repetirlo —les dijo mientras sacaba el móvil del bolsillo de atrás de sus vaqueros y comenzaba a marcar el número de la policía—. Ustedes habéis decidido que sea así —les dijo, sacando el móvil de su bolsillo y marcando el número de teléfono de la policía, mientras aquel joven se retorcía de dolor, cubriéndose con las manos como si aquello fuese a ayudar a que el dolor pasara.

Su vecino cada vez estaba más sorprendido con ella. A pesar de su imagen frágil, dulce y tierna, aquella mujer era una guerrera.

—Supongo que no me necesitas.

—Para nada, pero… —le aclaró cuando él se marchaba—. Gracias —dijo en voz baja, pensando que no la oiría.

Él se giró y le dedicó una sonrisa.

—De nada —le respondió con ojos brillantes, haciéndole sentir algo incómoda.

Aquella noche había sido larguísima para Diana. Había llegado a casa tan cansada que no tenía ganas ni de cenar. Simplemente se tumbó sobre la cama y se quedó dormida.

Pero mientras dormía su teléfono comenzó a sonar:

—¡No me lo puedo creer! —exclamó con voz somnolienta—. ¿Quién me

llama a esta hora?

Cogió el teléfono y tenía una llamada de DollCall, a quien no conocía. Así que la ignoró, silenció el móvil y volvió a dormirse.

Sin embargo, una nueva mañana traía una nueva llamada. No podía creer lo estresante que estaba siendo aquella semana. Diana cogió el teléfono y de nuevo era una llamada de alguien desconocido, pero esta vez decidió responder, ya que tenía unas cinco llamadas perdidas de esa persona. Si había insistido tanto, debía ser por algo importante.

—¿Quién eres? —preguntó al ver su imagen en la pantalla.

—Annyong —respondió aquella persona en coreano.

—Perdona ¿quién eres? —volvió a preguntar ella, en su mismo idioma.

—Soy Munsu. Creo que tú eres la guía de mi hermano Juhwan.

—¡Oh!, tú eres el que estaba detrás de él aquella vez, ¿cierto?

—Sí, era yo.

—¿Cómo has conseguido mi número? —preguntó sorprendida.

—Se lo robé a mi hermano —reconoció sin mostrar ningún titubeo o algún arrepentimiento.

Diana se quedó mirando la pantalla de su móvil con detenimiento esperando las próximas palabras de aquel tipo que había robado su número del teléfono de su hermano.

—¿Ha pasado algo? —preguntó ella viendo que él simplemente la miraba con los ojos abiertos de par en par, como si fuese la primera vez que veía a una mujer.

—No, nada, solo quería conocerte.

Los ojos de aquel tipo resplandecían mientras hablaban, como si su mente estuviese tramando algo nada bueno.

—¿También quieres visitar España? —le preguntó Diana para romper aquella pequeña tensión que se había creado en la llamada.

—No.

Diana se quedó helada ante aquella escueta pero directa respuesta.

—Quiero decir, no por ahora. Quería llamarte porque eres preciosa y mi hermano habla tan bien de ti que no podía aguantar las ganas de robarle tu número y conocerte.

—Así que habla bien de mí.

—Así es.

—Mira ¿Munsu?

—Sí.

—Voy a colgar ya que no tenemos nada más de que hablar.

—¡No! Espera, no cuelgues por favor. Dame la oportunidad de conocerte mejor. No tengo pensado viajar a España, pero me encantaría conocerte y que seamos amigos.

—Está bien, supongo que no tengo nada que perder, aun así, voy a colgar, tengo muchísimas cosas que hacer.

—Bueno, pero volveré a llamar. Hasta luego preciosa.

Diana estaba totalmente estupefacta. Aquel hombre no la había visto más que una vez y no la conocía de nada, pero parecía bastante decidido a hacerlo. ¿Qué podía hacer? No perdería nada por darle una oportunidad al hermano de Juhwan. Seguro que era una persona agradable, aunque por alguna razón que desconocía no le gustaba nada de él ni que la llamasen "preciosa". Aquel calificativo le traía recuerdos sobre un antiguo suceso que prefería olvidar y que le había enseñado que todos los hombres que la llamaban así, por regla general, eran todos iguales.

La tarde había caído y estaba llegando la hora de abrir el pub. Aquella noche sería larga y dura. Si las noches de sábado ya eran duras de por sí, ésta lo sería especialmente más, ya que habría mucha más gente debido a la fiesta.

Estaba abriendo la puerta sumida en sus pensamientos cuando sintió una mano sobre su hombro que la hizo saltar del susto.

—¿Qué? —dijo ella sobresaltada.

—Parece que no esperabas que un hombre tan atractivo se acercara a ti de esta manera —dijo su vecino, encantado de tenerla allí de nuevo.

—Será eso —respondió sarcásticamente mientras entraba en el pub y su vecino la seguía hacia el interior.

—Esto está increíble. ¿Esperas mucha gente para esta noche? —preguntó al ver toda la parafernalia que tenía montada.

—Sí, eso espero ¿y tú? ¿Has decidido qué día harás tu fiesta de inauguración?

—Será esta noche. Intenta no meterte en líos porque quizás esté muy ocupado para venir a ayudarte— le advirtió.

—Tranquilo, sobreviviré —respondió ella en tono solemne colocando su mano sobre su pecho—. Si me disculpas, tengo que arreglar el perfume que soltarán los aires.

—Claro jefa. Ve a preparar tus cosas —dijo caminando hacia la salida volviendo la mirada atrás para observar como alzaba las manos llamando a algunos de sus empleados y mostrando que también era una mujer autoritaria y que sabía hacerse oír y respetar. Cada cosa que veía de ella lo atraía aún más.

Después de arreglar algunas cosas que habían quedado pendientes, había llegado la hora de abrir y allí estaba ella, una noche más entrando y saliendo, asegurándose de que todo iba como tenía que ir.

La noche estaba yendo como la seda, nadie se había quejado de nada, nadie estaba buscando pelea. Todo estaba tan tranquilo que decidió ir a sentarse fuera para tomar un poco de aire fresco.

Parecía que nada saldría mal. Giró la cabeza y vio que su vecino estaba coqueteando con dos jóvenes que parecían interesadas en entrar a la fiesta. Aquel hombre era un mujeriego incorregible. Pero cuando él la vio allí, les dio la entrada y una cachetada en el trasero a ambas mientras entraban al local y dirigiéndose hacia ella…

—Hola preciosa ¿te aburres?

—Echa un vistazo dentro ¿te parece que estoy aquí porque me aburro?

—¿Por qué eres así conmigo, preciosa?

—¿Así?

—Parece que te molesta que me acerque a ti.

—No lo parece.

—¿Qué quieres decir?

—Que no sólo lo parece. Es que me molesta.

—Vaya, ¿puedo saber por qué? Cualquier mujer estaría encantada de estar en tu lugar ahora mismo.

—Suerte que yo no soy cualquier mujer —respondió poniéndose en pie para volver a su local.

—Ya caerás ante mis encantos, ya —dijo mientras caminaba de vuelta con el orgullo herido de nuevo por aquella mujer que cada vez lo tenía más obsesionado.

Diana se sentó en uno de los bancos junto a la barra y se pidió un zumo ya que tenía la regla, que jamás rompía, de no beber alcohol, ni ella ni sus empleados, aunque más de una vez había tenido que despedir a alguien por ese motivo. Aunque sea un pub, no puedes ofrecer un buen servicio si estás borracho.

Estaba pensando en el castigo que le había tocado al tener que soportar a un vecino como el suyo. De pronto oyó unos gritos. Eran un grupo de chicas que se habían emocionado al oír la canción que estaba sonando. «Vaya, estas chicas parecen ser realmente fans de este cantante», pensó.

En aquel momento su teléfono comenzó a sonar. De nuevo una video llamada de Munsu en DollCall.

—Hola.

—Hola preciosa ¿Cómo estás?

—Trabajando, ¿va todo bien?

—¡Oh! ¡Vaya! ¿Estoy escuchando una canción coreana?

—Sí y parece que es más popular de lo que imaginé.

—¿Sabes que yo conozco a la persona que canta esa canción? —le comentó Munsu con aires de superioridad.

—¿Dices que conoces a ese cantante?

—Sí, somos muy buenos amigos desde que estábamos en el jardín de

infancia.

—Que bien, supongo que habréis ido juntos a muchas fiestas.

—En realidad no. Él no es una persona a quien le gusta mucho organizar fiestas o simplemente asistir.

—¡Quién lo diría! —respondió ella con sarcasmo.

—¿A ti también te gusta? ¿Eres fan?

—Pues no sabría qué responder. En realidad, me gustan algunas de sus canciones, pero no estoy puesta en su vida y esas cosas. ¿Podemos llamar a eso ser fan?

—Supongo, es una pena que no seas su fan, porque si quisieras yo podría presentártelo —continuó él pavoneándose de su amistad.

—Sí, es una pena, aunque gracias por la intención. Imagino que habrá muchas chicas que se volverían locas al oírte decir eso.

—Quizás, aunque a otras chicas no se lo ofrecería.

—Eres muy amable —le dijo enarcando una ceja.

—¡Ah, nada!

«¡Parad ahí!» escuchó gritar a Diana.

—¿Va todo bien? —preguntó Munsu preocupado.

No había terminado de preguntar cuando se dio cuenta de que Diana le había colgado.

—¡Vamos chicas! ¡Parad ahora mismo!

Se acercó a un grupo de chicas que parecían estar discutiendo sobre el cantante de aquella canción.

—Ok, dejadme ver vuestros carnets y vuestros pases para la fiesta.

—¿Quién eres tú? —le preguntó una de ellas.

—La que decide si te quedas o te vas y no vuelves a entrar.

Al oír aquello las chicas se apresuraron a sacar sus carnets y sus pases

para enseñárselos.

—Muy bien, veamos. Tenéis la edad justa para poder entrar, espero que sepáis comportaros y no arméis más alboroto o no me quedará otro remedio que echaros, y creedme, si os echo una vez, no volveréis a entrar.

—¡Pero es que ella dice que él se casó!

—No me interesa. Decidme, ¿me habéis entendido?

—Sí —respondieron las chicas con la cabeza baja.

—Muy bien, me quedaré con vuestros pases. Disfrutad de la fiesta y no me hagáis volver. «Estas chicas… Son capaces de pelear entre ellas por alguien que ni siquiera conocen», pensó mientras volvía al pub pasando los dedos por los hilos rojos de su pulsera.

Diana se encontraba agotada después de aquella larga y dura noche «Hoy solo quiero descansar», pensaba mientras se tumbaba sobre la cama. «¡Oh! ¡Le colgué!» Diana recordó de pronto que había colgado la llamada a Munsu para calmar a las chicas. «Debería llamarlo para disculparme».

II

—Hola Diana —respondió apresuradamente.

—Lo siento Munsu. Te colgué sin decir nada.

—¿Ocurrió algo preciosa?

—Unas chicas estaban discutiendo, pero nada que no pudiera resolver —respondió con sequedad.

—No te preocupes. ¿Quieres que continuemos hablando?

—Mejor mañana, estoy muy cansada. Hoy ha sido una noche muy larga.

—Sí, para mí también —dijo él, fingiendo no sentirse humillado—. Será mejor que continuemos mañana. Es bastante tarde.

—¿Te desperté? —preguntó intentado disimular su satisfacción. Aunque algo le olía mal.

—Sí, pero no pasa nada. Hasta mañana preciosa.

—Hasta mañana.

«Que extraño» pensó Diana, «dice que lo desperté, pero se oía mucho ruido. No creo que su casa sea tan ruidosa a estas horas». Pensaba algo desconfiada, pero Juhwan le confirmaría al día siguiente si era cierto o no que estaba en casa.

—¡Hola mi guía! —la llamó Juhwan a la mañana siguiente.

—¿Cómo estás? —le preguntó Diana.

—Muy bien. Mi hermano me dijo que habló contigo.

—Sí, hemos hablado un par de veces. Por cierto, ayer lo llamé sobre las siete de la mañana, pero me temo que lo desperté.

—Ah, no, para nada. Él ha llegado a casa hace un rato. Estuvo de fiesta con sus amigos, con eso de que es amigo de un famoso pasa mucho tiempo fuera de casa.

—Sí, recuerdo que me dijo algo sobre eso, aunque sinceramente no me lo creí —le respondió enroscándose uno de sus rizos de forma inconsciente.

—Pues es cierto. Él y… bueno, no debería decir quién es. La cosa es que se conocieron en la guardería y se hicieron muy buenos amigos. A él no le gustan mucho las fiestas, pero a mi hermano le gusta disfrutar de la fama de su amigo y a veces se aprovecha de eso para salir de fiesta y ligar con las chicas. Es despreciable, lo sé.

—Pues sí, no debería aprovecharse de su amigo. Juhwan, lo siento, pero tengo que colgar. Hoy es domingo y he tenido un fin de semana bastante ajetreado. Me gustaría descansar un poco.

—Claro, descansa.

La tarde transcurría tranquila, demasiado. Y había dicho que quería descansar, pero, quizá por la costumbre de estar siempre ocupada, aquel silencio se estaba volviendo ensordecedor, aunque, por otra parte, era bastante extraño que nadie hubiese intentado ponerse en contacto con ella para algo, lo que era tan normal que hasta llegaba a extrañarlo en momentos como aquellos. ¿Qué estaría planeando de nuevo Lara? Algo debía estar planeando, ya que llevaba demasiado tiempo sin hablar con ella y eso normalmente significaba que estaba a punto de meterla en un nuevo lío.

Y tal como ella pensaba, no se hizo esperar. «Ahí está», pensó al oír el sonido de su teléfono.

—Hola Munsu. ¿Cómo va todo?

—Eh… hola —sonó una voz algo diferente, más tímida que de costumbre—. ¿Eh? Ah, sí, ¿Cómo estás preciosa? —preguntó después de unos segundos que se le habían hecho eternos.

—¿Va todo bien? —preguntó ella curiosa al notar que aquel hombre no estaba solo.

—Sí, todo bien, no te preocupes. Discúlpame, te llamo después.

—Claro.

«Qué llamada tan extraña ¿habrá estado bebiendo?». Pensó Diana ante aquella llamada. «Necesito un baño», se dijo a sí misma. Estaba demasiado estresada como para salir e ir al masajista, pero podría relajarse metiéndose en su bañera con hidromasaje.

Mientras estaba disfrutando del agua caliente, las burbujas y el agradable y místico aroma de las velas aromáticas de clavel y sándalo, su teléfono comenzó a sonar de nuevo. «Lo siento mucho Munsu, pero tendrás que esperar».

Al salir, se colocó su bata favorita de color rojo. Aquel color le hacía sentirse relajada y calmada. Cogió el teléfono y se tumbó en el sofá. Tenía tres llamadas perdidas de Munsu.

Al ver aquello decidió llamarlo, quizás quería decirle algo importante.

—Hola Munsu, disculpa, no pude responder antes.

—Está bien. ¿Estás teniendo un buen día? —le preguntó, sonando más interesado de lo habitual.

—En realidad no sé cómo está siendo este día. Un poco raro supongo y un poco estresante por ser tan aburrido. ¿Cómo ha ido el tuyo?

—Mucho trabajo. Estos días he estado trabajando en un nuevo proyecto.

— ¿Un nuevo proyecto? —preguntó ella intrigada.

—Quiero decir, que he tenido mucho trabajo en la oficina.

—Intenta sacar tiempo para cuidar de ti —le aconsejó ella.

—Eres adorable, lo haré.

«¿Adorable?». «Este chico debe estar enfermo» pensó ella.

—Por cierto ¿salió todo bien en la fiesta?

—Todo fue bien. Sólo algunos inconvenientes, pero todo se arregló rápido. Gracias por preocuparte. Tu fin de semana también ha estado bien, ¿verdad? —preguntó ella intuyendo cuál sería su respuesta.

—Eh, bueno, sí, salí de fiesta con unos amigos.

—Tu hermano me contó algo.

—¿Mi hermano? ¡Ah! Sí, mi hermano —contestó algo despistado.

—¿Seguro que te encuentras bien? —preguntó Diana preocupada por aquellas respuestas tan extrañas.

—Sí, sí, sólo que es muy tarde. Creo que debería intentar dormir.

—Sí, duerme. Quizás sea lo mejor.

—Hasta mañana. Descansa también.

—Sí. Hasta mañana.

«No sé qué le pasa a Munsu, pero ojalá todos los días se comportase como hoy, bueno, más o menos. Creo que es la primera vez que suena tan educado. ¿Y por qué respondió así cuando nombré a su hermano? Parecía que le estuviese hablando de un desconocido». Tenía tantas dudas y tantas preguntas que su mente se sentía agotada y se quedó dormida en el sofá pensando en el extraño comportamiento de Munsu.

La noche había pasado rápidamente para ella. El sol entraba a través de los cristales del ventanal de la habitación. «Pero, ¿Cómo he llegado aquí?» pensó ella. «Creo que me he vuelto sonámbula. Tal vez sea cierto que necesito unas vacaciones. Tendré que hacer caso a Lara y aceptar esas vacaciones que me había buscado, aunque, no sé, bueno ya veré.» «¡Oh! me duele todo», dijo haciendo algunos estiramientos antes de descolgar la ropa de la percha para prepararse a comenzar un nuevo día.

—Carmen ¿has ido ya al pub? —preguntó Diana, que la llamaba desde el coche.

—No he salido de casa todavía ¿Por qué? ¿Necesitas algo?

—No, no. Acabo de salir ¿Quieres que pase a recogerte?

—Está bien.

—En cinco minutos estoy allí.

—Ok.

Carmen estaba esperando en la esquina de la calle cuando vio aparecer el coche blanco de Diana. Era el único coche de ese modelo en su pueblo, pero claro, ella siempre había deseado tener ese coche y no había parado de trabajar hasta que pudo conseguirlo.

—Sube —le dijo a pesar de encontrarse aún cansada.

—¿Estás bien? Te veo algo paliducha.

—Sí, supongo. Estoy pensando en que quizás necesite unas vacaciones.

—Hace mucho tiempo que no coges vacaciones —la animó su amiga.

—Unos cinco años más o menos —reconoció.

—Pues deberías descansar, vete de viaje y relájate.

—Lo pensaré, pero ahora tenemos que encargarnos de eso —dijo haciendo señas a Carmen con la cabeza para señalar al grupo de chicas que estaban plantadas ante la puerta del pub.

— ¿Qué querrán?

—Espera —se quedó pensando unos segundos mientras jugaba con sus rizos—. Esas chicas son…

—¿Las conoces? —preguntó Carmen curiosa.

—Sí, son las chicas que estaban peleando el sábado. Veamos qué quieren —dijo bajándose del coche y dirigiéndose hacia ellas.

—¿Estabais esperando por mí?

—Sí —respondieron todas al unísono.

—Pues decidme, ¿en qué puedo ayudaros?

—*Onni*.

—¿*Onni*? —preguntó enarcando una ceja.

—¡Sí! ¡*Onni*! ¡*Onni*! —comenzaron a llamarla.

—¿Puedo saber por qué me llamáis Onni? ¿Qué queréis? —les preguntó apoyando la mano en su cadera.

—¿Recuerdas la canción que sonó el sábado? Esa en la que te acercaste a nosotras —dijo una de ellas.

—Perfectamente, ¿Por qué?

—Nos gustaría que hicieras una fiesta de temática K-pop *Onni*.

—¿Y qué os hace pensar que voy a organizar una fiesta de ese estilo?

—Onni.

—Conmigo no funcionan esas caras, chicas. ¿Sabéis todo el trabajo que conlleva preparar algo así? ¿La inversión que tengo que hacer? Y si no viene bastante gente perderé mucho dinero.

—Onni, vendrá mucha gente, lo sabemos ¿a que sí? —preguntó la chica a sus amigas con gran entusiasmo.

—Sí, sí, sí —respondieron las demás nuevamente casi al unísono.

—¿Cómo estáis tan seguras?

—Porque sabemos que han viajado hasta aquí varios grupos de fans de Corea y andan preguntando por un lugar donde puedan escuchar ese tipo de música.

—Mira, aunque quisiera, no tengo ni idea de qué canciones están de moda o qué tipo de canciones debería poner en una fiesta de ese tipo. Lo siento chicas —dijo volviéndose dando el asunto por zanjado.

—¡Por favor! Nosotras te ayudaremos a elegir la música —dijo una de ellas sin darse por vencida.

—¡Y traeremos mucha gente! —insistió otra que vestía como una muñeca de porcelana.

—Sí, ¡mucha, mucha! —volvieron a repetir.

—¡Por favooor! —dijo la que tenía el pelo cobrizo.

—Bueno, me lo pensaré. ¿Queréis pasar a tomar algo? —les preguntó Diana tratando de mostrarse amable con ellas.

—¿Y harás la fiesta? —No dejaban de insistir.

—Entrad y hablaremos sobre ello.

Las chicas entraron tras Diana y mientras Carmen preparaba algunas bebidas para las chicas, ellas volvieron a retomar la conversación.

—*Onni*, si aceptas preparar la fiesta no tendrás que preocuparte por nada, nosotras te ayudaremos con la música y todo lo que necesites.

—Sabéis que hay que pagar la entrada para mis fiestas, ¿estaríais dispuestas a hacerlo? ¿Y todas esas personas de las que habláis?

—¡Claro! No sé si lo sabrás, pero hay más de doscientas setenta personas esperando para venir a la fiesta.

—Hum… a ver, dejadme una lista con todas las cosas que esperáis de una fiesta de ese estilo; música, etc. y lo estudiaré. ¿Está bien? —dijo considerando su propuesta mientras acariciaba su pulsera de hilo rojo, que tanto la ayudaba a mantener la mente abierta—. ¡Ah! También necesitaré una lista con todas las personas que, con seguridad, asistirán.

—¡Gracias *Onni*!

—No me deis las gracias, todavía no he dicho que sí.

—Lo sabemos, pero dijiste que lo estudiarías. ¡Gracias! Sabíamos que no eras tan mala como parecías el sábado.

—Terminad de tomaros eso y salid de aquí —les dijo con una afectuosa sonrisa.

Después de marcharse las chicas, Diana se quedó pensando en todo lo que le habían dicho, pero no pudo hacerlo durante mucho tiempo, ya que su vecino entró para saludar.

—Hola vecina ¿así que quieres hacer una fiesta de temática K-pop?

—Ah, eres tú.

—¿Puedo saber qué es eso? —se entrometió.

—¿Quieres saber que es una fiesta? —le dijo con una sonrisa sarcástica.

—Quiero saber que es K-pop.

—Una fiesta ambientada en ese estilo de música coreana. Así que estabas pegando la oreja, ¿verdad?

—Si —respondió rápidamente y sin pestañear—. ¿Entonces vas a hacer una fiesta con música coreana? No creo que venga mucha gente. ¿Quién va a estar interesado en pagar para estar en una fiesta de ese tipo? Deberías pensarlo bien, te vas a arruinar si haces cosas como esas.

—¿Podrías decirme en qué momento he pedido tu opinión? —preguntó seriamente.

—Vamos, no seas así, solo es un consejo, preciosa. Lo digo por tu bien.

—Pues gracias por tu consejo, ¿te importaría marcharte? Por cierto ¿Cuál es tu nombre?

—Ahora sí quieres saber mi nombre, ¿eh? ¿Estás empezando a sentirte atraída por mí porque me preocupo por ti?

—Déjalo, tampoco es tan importante —le dijo volviéndose para continuar con lo que estaba haciendo.

—No te hagas tanto la dura. Mi nombre es Jordi, preciosa.

—Pues adiós Jordi, ya te puedes marchar ¿verdad? *Ciao*.

—Está bien, preciosa, pero no te enfades que haces que me ponga…

—¡Que te vayas! —le gritó mientras lo empujaba hasta la calle.

A Jordi le encantaba hacerla enfadar, la encontraba encantadora y sumamente sexy.

«Ese tipo es realmente desagradable», pensó mientras se dirigía hacia Carmen.

—Me voy —le dijo a su amiga—. Asegúrate de que todo esté bien, haz el pedido y márchate también. Hoy no habrá mucho trabajo.

—¿No quieres abrir hoy?

—No, hoy no abriremos y mañana tampoco, pide que traigan las cosas

para el miércoles.

—Muy bien.

Diana necesitaba tiempo para pensar en la petición de aquellas chicas. Paró de camino a casa y compró un bote de helado de *stracciatella*. «Hum, no recuerdo cuando fue la última vez que disfruté de un buen helado, pero hoy serás mío».

Después de un relajante baño, se puso su bata y fue a buscar el bote de helado para picar mientras echaba un ojo a las notas que le habían pasado las chicas.

«Veamos». Agarró el papel y comenzó a leer todas las cosas que las chicas habían pedido para la fiesta y la enorme lista de canciones que le habían pasado. Definitivamente ellas habían pensado hacer una gran fiesta. Incluso pusieron que estaría muy bien si pudiera traer a algún cantante o grupo coreano. "¡Claro que estaría bien!» pensó ella mientras lo leía.

«Esto saldrá bastante caro, pero veré si puedo encontrar a algún DJ coreano que esté dispuesto a venir a pinchar para la fiesta. No es igual que traer a unos de aquí, pero al menos será un chico nativo que conoce sobre ese tipo de música quien los entretenga. No creo que tenga muchos problemas para encontrar un buen DJ. Menos mal que me han dado una lista bastante completa. Pero esto no saldrá barato. «Veamos» dijo dando la vuelta al papel. «La decoración». Diana se echó a reír al leer el tipo de decoración que habían puesto las chicas. «¿Un concurso?» Estas niñas… Tendré que investigar qué tipo de decoración tienen estos programas para diseñar algo que esté a la altura. Mañana tendré que hablar con algunas personas para comenzar a montar todo esto. Podría estar bien después de todo. Tengo que hacer que sea «espectacular».

III

Estaba buscando en su portátil información sobre aquellos programas para sacar algunas ideas, cuando su teléfono comenzó a sonar.

—Hola.

—Hola *aegi* ¿Cómo estás? —la saludó muy tiernamente Munsu.

A Diana le seguía pareciendo raro que de pronto dejara de hacer video llamadas para hacer solo llamadas de voz y más raro aún, que la llamara «*aegi*». Algo debía estar pasándole «¿se estará drogando?», pensó ella antes de responder.

—Muy bien, gracias. ¿Cómo estás tú?

—Algo cansado, pero ahora estoy mejor. Oye me he dado cuenta de que apenas sé nada sobre ti ¿me hablarías sobre tu vida y qué cosas te gustan?

—Bueno, hace poco tiempo que le robaste mi número a tu hermano para hablar conmigo, así que es normal que apenas nos conozcamos —le respondió recriminando sus actos.

—¿Mi hermano?

—Sí, tu hermano, porque tienes un hermano ¿recuerdas?

—Sí, claro, cómo voy a olvidar eso —respondió con una voz poco convincente—. Me dijiste que él te contó algo sobre mí hace unos días.

—Ajá —asintió.

—¿Qué te dijo? —preguntó él intrigado.

—Nada importante, sólo que habías estado con tu amigo. Un muchacho famoso al que conoces desde pequeño. ¡Ah! y que a veces te aprovechas de su fama.

Él sonrió al oír aquello.

—Sí, es cierto, pero a él no le importa que lo haga, mientras no lo meta en líos y sea un buen hombre.

—¿Cómo estás tan seguro de eso? ¿Alguna vez le has preguntado si está de acuerdo con eso que haces?

—No realmente, pero él lo sabe y nunca me ha dicho nada al respecto.

—No sé si está bien que te diga esto, pero tengo que ser honesta. No me parece bien que te aproveches de una persona a la que, probablemente le ha costado mucho tener la fama que goza, o más bien, la fama que gozas tú. Él es tu amigo y tú te aprovechas de su amistad, de su nombre y de su fama.

—Tienes razón. Me gusta que seas honesta. No tengo muchas personas cercanas que suelan ser tan sinceras conmigo.

—Pues quizás esas personas no deberían ser tan cercanas.

—Brutalmente honesta —afirmó con una sonrisa lánguida desde el otro

lado de la línea.

—Lo siento, pero hay cosas que no puedo soportar y que se aprovechen de alguien que lucha por sus sueños es una de esas cosas.

—Eres una mujer muy interesante. Háblame sobre ti, por favor —insistió.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó ella tímidamente.

—¿Desde cuándo tienes tu propio negocio?

—Pues lo tengo desde hace unos años, no fue fácil, pero ahí está.

—¿Cómo lograste conseguirlo? Y, ¿por qué un pub?

—Pues siempre he trabajado como camarera, pero eso no era lo que yo quería para mí. No quería trabajar bajo las órdenes de otros toda mi vida, quería algo que fuera mío, un lugar al que poder llamar refugio y donde pudiera hacer feliz a la gente con esos pequeños detalles que solemos pasar por alto. Nunca he sido una mujer con mucho dinero, tampoco he querido que nadie me mantenga, aunque haya tenido ofertas. Tal vez suene raro o extraño, pero me gusta saber que tengo lo que tengo porque una vez soñé con ello y luché duro para conseguirlo. Nadie me privará nunca de esa satisfacción.

—Eres increíble —dijo, quedando sorprendido de la fortaleza de aquella mujer a la cual conocía de unos días. Pero algo le decía que ella era especial y que era una mujer de armas tomar y aquello le fascinaba.

—Gracias —volvió a responder con timidez ruborizada.

—¿Y cómo lograste hacer que tu local fuera un éxito?

—Pues precisamente regalando momentos y pequeños detalles que la gente no puede olvidar. Es importante que ellos se sientan a gusto para que quieran volver.

—Debes ser una mujer muy inteligente y observadora. No, seguro que lo eres —afirmó.

—Bueno, oye, ¿no es muy tarde?

Él notó que intentaba cambiar de tema o cortar la conversación. Parecía algo tímida cuando recibía algún cumplido.

—¿Te estás sonrojando? —preguntó disfrutando el momento

—No —respondió en voz baja.

—Entonces continuemos un poco más, por favor. Dime, cuando eras una niña ¿cuál era la profesión que más te gustaba?

—Arqueología.

—Vaya. Todas las niñas quieren ser princesas, modelos o actrices ¿y tú querías ser arqueóloga? Definitivamente, eres diferente.

—Sí, aunque siempre me ha gustado la música. También quería ser cantante, pero creo que eso no es lo mío —le dijo en un tono más relajado.

—¿Alguna vez has ido a clases de canto o algo por el estilo?

—Nunca.

—¿Entonces cómo sabes que no es lo tuyo?

—En fin, lo acepté y soy feliz con lo que tengo en estos momentos. Mis sueños son muy grandes y lleva su tiempo lograrlos.

—Me gusta tu respuesta. Aun así, si te gusta cantar deberías hacerlo. Mi amigo ¿sabes? Del que hablamos antes. Él siempre quiso ser actor y cantante y mucha gente decía que no valía para eso y trataron de hundirlo y humillarlo, pero él es fuerte y siempre luchó y siguió luchando hasta que lo consiguió y aunque no deja de luchar para mantenerse donde está, es feliz, porque lo logró a pesar de todas aquellas personas que no creían en él.

—Ese hombre debe ser una buena persona. Respeto a las personas que son como él —le dijo con cierta veneración.

—Porque también son como tú.

—Quizás. Bueno Munsu, lo siento, pero debo dejarte, tengo que intentar encontrar un DJ coreano para este fin de semana y no sé por dónde empezar a buscar. Ha sido un placer hablar contigo hoy.

—El placer es todo mío, eres un ángel. Por cierto, si necesitas a alguien, yo conozco a una persona que podría ayudarte. Él es un joven que se está abriendo paso en la música y, aparte de cantar, también pincha y en estos momentos está por España. Si te parece bien podría hablar con él y decirle que se ponga en contacto contigo.

—Oh, vaya, ¡muchísimas gracias! En serio, no sé qué ha pasado contigo en estos días que pareces una persona diferente, pero me gusta. Gracias

—le soltó, sin reprimir sus pensamientos.

—Intento ser alguien bueno para ti. Le diré que te llame mañana mismo.

—Gracias de nuevo. Si él acepta venir te deberé una —le dijo conmovida y aliviada por su ayuda.

—Te diría que no, pero creo que, si él dice que sí, aceptaré la que me debes y me lo apuntaré.

Diana se sonrió al escuchar aquello. Definitivamente había algo distinto. Algo había cambiado.

—Está bien. Siempre cumplo.

—No lo pongo en duda, ya que eres una mujer luchadora y honesta. Hablamos mañana, *Naeagi.*

—¿Naeagi? —preguntó ella, abrumada ante aquella expresión tan cariñosa que había comenzado a usar de pronto. Esperó unos segundos para una explicación, pero continuó sin obtener respuesta—. Bueno hasta mañana. Descansa y gracias de nuevo —se despidió antes de colgar el teléfono.

Nunca habría imaginado que aquel hombre pudiese ser tan interesante, comprensivo, benévolo y generoso. Definitivamente algo en él había cambiado, algo dentro de ella se lo decía y había sido para mejor.

Diana dejó el teléfono sobre la mesa y volvió a tumbarse en el sofá mirando al techo, cerrando los ojos e intentando no pensar demasiado. Pero su teléfono volvió a sonar.

—¿Qué quieres ahora? No habrás hecho otra de las tuyas, ¿verdad? —preguntó de inmediato al oír a Lara.

—Buenas noches a ti también. No, no he hecho nada. Bueno, ¡pero no es nada malo, en serio!

—Anda dime. No tienes remedio.

—¿Quieres ir a cenar?

—Bueno, estaba a punto de quedarme dormida, pero supongo que debería alimentarme, creo que hoy no he comido nada —contestó Diana intentando disimular el rugir de su estómago.

—No me extraña nada que tengas ese “tipazo” —dijo en tono burlón—. Si apenas comes es normal que no engordes. Pero al menos deberías

alimentarte para sobrevivir.

—Que exagerada eres a veces. Anda, dime dónde quedamos.

—Yo paso a recogerte en una hora. Intenta estar lista.

—No prometo nada.

—¡No puedes tardar! ¡Es importante!

—Ni que fuera a una cita… No voy a ninguna cita, ¿verdad?

—No —respondió tajante. Lo cual significaba que había algo oculto en su oferta.

—Lara…

—Que no, no es una cita. No del todo. ¡Bueno tengo que dejarte! ¡Ponte guapa!

No tenía ningunas ganas de salir, sólo quería descansar, pero ¿Qué iba a hacer? Lara lo hacía pensando que era lo mejor para ella y aún conservaba la esperanza de que alguna de sus citas saliese bien. Aún así se preparó con toda la tranquilidad del mundo, pues sabía que, a pesar de haberle dado solo una hora, Lara se tomaría su tiempo hasta llegar y probablemente tardaría más en ir a recogerla que ella en arreglarse, pero nada más abrocharse la hebilla de sus tacones oyó el sonido del coche de Lara.

"Si que debía ser importante para ella, cuando se había dado tanta prisa en ir a recogerla", pensó, mientras bajaban del coche.

—¿Este restaurante? —preguntó sorprendida mientras Lara aparcaba el coche en la entrada.

—Sí ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? Pues que siempre estás diciendo que este restaurante es sólo para gente de mucho dinero. Siempre dices que no te gusta esto.

—Pues ahora sí me gusta.

Diana la miró con los ojos entrecerrados, sospechando que sí, que realmente había planeado algo y que esta vez se había superado.

—No me mires así que me vas a provocar una combustión espontánea —le dijo viendo como hacia ese típico gesto de acariciar su pulsera, lo cual

significaba que no estaba del todo cerrada a lo que tuviese que mostrarle.

—¿Y cómo quieres que te mire?

—Vamos, relájate cariño. Te aseguro que no es nada malo.

Diana suspiró. Sabía que era una pérdida de tiempo discutir con ella respecto a aquellas estúpidas citas a ciegas que le gustaba tanto prepararle.

—Es por allí —señaló Lara hacia un joven que alzaba la mano, saludando desde una mesa apartada del restaurante.

— ¿La sala VIP? —preguntó Diana lanzando una mirada fulminante a Lara.

—Eso parece.

—Mira, Lara —refunfuñó.

—Relájate. De verdad, esta vez no te dejaré a solas con él.

—No sé si eso debería relajarme o hacerme sentir más incómoda.

—Hacerte sentir más cómoda, por supuesto —respondió ella con una enorme sonrisa de orgullo.

Las chicas fueron hacia él, que se había puesto en pie para recibirlas como todo un caballero. Haciendo una reverencia que lo hacía ser más elegante y apuesto.

—Hola señoritas ¿Cómo estáis?

—Hola —respondió Diana enarcando una ceja.

Ella se fiaba poco de los chicos que pretendían ser tan educados, a pesar de su apariencia de Casanova, siempre resultaban ser los peores.

Pero Lara se dio cuenta de su mirada y le dio un suave codazo a su amiga.

—¿Qué haces? —le preguntó Diana al sentir el golpe que su amiga le daba en la cadera.

—Por favor, dale una oportunidad. Después podrás reprocharme todo lo que quieras durante el tiempo que quieras.

— ¿Me lo prometes? —preguntó con ironía.

—¿Va todo bien? —preguntó confundido sin conseguir comprender nada de lo que estaba ocurriendo entre ellas.

—Perfectamente —respondió Diana mientras arrastraba otra silla para sentarse, ignorando que aquel hombre estaba sujetando la de su izquierda ofreciéndole asiento.

—Yo me sentaré aquí, gracias —le dijo ofreciendo aquel asiento a Lara.

—Bien —respondió el joven algo consternado ante el comportamiento de aquella mujer, que le parecía de lo más interesante.

—Bueno, pues ya que estamos todos aquí, déjame presentarte a Mr. Daniel. Ella es mi querida amiga Diana. Como podrás observar es algo reservada y áspera al principio, pero después es un amor —dijo mirándola de reojo.

—Es un placer conocerla señorita Diana.

—Igualmente Daniel.

—Es un placer poder compartir este tiempo contigo.

—Lara, pero, ¿qué le has contado a esta persona de mí? —preguntó haciendo amago de sonreír.

—Nada, nada —dijo viéndose interrumpida por el sonido del móvil de Daniel.

—Disculpen un segundo por favor —interrumpió excusándose.

—Claro.

El chico retiró un poco la silla de la mesa y respondió la llamada.

«¡Hey! ¿Cómo va todo por allí? ¿Quieres que me ponga en contacto con ella? Así que ella te importa, ¿no? ¡Jajá!, está bien tío, lo haré por ti. Ahora estoy en una reunión importante, pero no te preocupes, envíame su número y le enviaré un mensaje para decirle que mañana me pondré contacto con ella para tratar el tema. De nada hermano, cuídate».

—¿Tu hermano? —preguntó Diana intrigada.

—Algo así. Debo enviar un mensaje, en un segundo estoy con ustedes.

Lara lanzó una mirada a Diana rogando que no se marchase de allí, aunque parecía que ella no estaba muy dispuesta a esperar esta vez.

Apartó su silla y en aquel momento sonó su móvil.

—Creo que te ha llegado un mensaje, dijo el joven, mientras dejaba el suyo sobre la mesa.

Ella metió la mano dentro de su bolso y sacó el móvil. «vaya, sí que lo ha hecho», dijo en voz baja con una sonrisa.

—¿Quién te ha hecho sonreír de esa manera? —preguntó Lara, que no estaba acostumbrada a ver a su amiga sonreír así.

—No es nadie.

—Pues ese nadie te ha hecho sonreír. Algo bueno ha debido decirte.

—Es un joven que se dedica a la música. Munsu me dijo que hablaría con un DJ, pero no pensé que lo haría tan rápido.

En aquel momento una mueca de incertidumbre se dibujó en el rostro de Daniel.

—¿Cómo se llama ese DJ? —preguntó receloso.

—No me lo ha dicho.

—¿Entonces cómo sabes que es él?

—Porque dice que su amigo le dijo que se pusiera en contacto conmigo. Y yo no he hablado de eso con nadie más que con Munsu.

—¿Munsu?

—Sí. Es una persona que conocí hace poco tiempo. También es de Corea.

—¿Y él te recomendó a ese chico?

—No. Él me dijo que lo conocía y se pondría en contacto con él para que pudiésemos vernos y hablar —hizo una breve pausa—. Verás, estoy preparando una fiesta con temática coreana y se lo comenté, entonces quiso ayudarme.

—¿Sabes que yo también soy DJ? Pero mi nombre artístico es Mr. Daniel, no quería usar el típico sobrenombre, y casualmente, un amigo me comentó hace relativamente poco, algo sobre una fiesta de ese tipo por

esta zona, por eso estoy aquí.

—Vaya, qué casualidad. Oye ¿Y cómo conociste a Lara? —le preguntó comenzando a sentir curiosidad.

—Pues la conocí en la agencia. Cuando llegué no sabía muy bien por dónde debía buscar la zona de bares y fui a preguntar si sabían decirme de algún local donde necesitaran a un DJ, y Lara me habló de ti.

Daniel estaba casi seguro de que aquel mensaje era el suyo, pero algo fallaba. Él no conocía a nadie con ese nombre, Munsu. Aunque había oído aquel nombre alguna vez, cuando hablaba con Jooni.

—¿Qué te sucede? —preguntó Lara al ver la cara de desconcierto del joven.

—Nada, creo que tengo que comprobar algo, perdonadme un momento, por favor.

El joven se levantó y fue hacia la terraza del restaurante. Sacó su móvil y marcó el número de teléfono que llevaba apuntado en un trozo de papel pautado, mientras observaba a las chicas que estaban dentro saboreando la exquisita pasta italiana.

—¿Sí? ¿Quién es? —respondió Diana.

Estaba confirmado, alguien estaba mintiendo. «¿Por qué motivo Jooni le daría un nombre falso a esta mujer?» pensaba el joven. «Ella le preocupa, porque está intentando ayudarla, entonces ¿Por qué mentirle con su nombre? Tengo que hablar con él». Pero por ahora debía darse a conocer.

Daniel entró hablándole por teléfono para que ella se diera cuenta que él era la persona que estaba esperando, el hombre del que le había hablado Munsu.

—¡Eres tú! —dijo Diana sorprendida al verlo entrar con el teléfono en la mano.

—Eso parece. Es como si hubiese estado esperando por ti.

—Vaya, realmente no imaginé que te llamaría tan rápido.

Ya había llegado la hora de cerrar los ojos y descansar. Sólo esperaba que nadie la molestara mientras intentaba dejar su mente en blanco. Pero no fue así. Mientras se levantaba del sofá para ir al dormitorio su móvil

comenzó a sonar.

—Hola Juhwan ¿Cómo estás?

—¡Hola! Perdona que te llame tan tarde, pero hay algo que quería decirte.

—No te preocupes, dime —le dijo, sujetando la sabana de algodón blanco que cubría sutilmente su esbelto cuerpo desnudo, mientras caminaba hacia el dormitorio.

—Tengo una buena noticia. ¡Voy a España!

—¿Sí? ¿Cuándo vienes? Lara no me ha dicho nada.

—Porque ella no lo sabe. No se lo he dicho. No me puse en contacto con la agencia. Vi un billete que estaba de oferta y lo cogí.

—Pues qué bien. ¿Y cuándo vienes? —preguntó intrigada sentándose sobre la cama.

—Llegaré este fin de semana. El vuelo sale el jueves por la tarde. Creo que llegaré a España el viernes sobre las cuatro o las cinco.

—Vaya.

—¿Qué pasa? —Juhwan no esperaba aquella respuesta.

—Nada, sólo que este fin de semana tengo una fiesta en el pub y no sé si podré ir a recogerte.

—No te preocupes, yo puedo llegar por mi cuenta.

—¿Qué te parece esto? Yo intentaré ir a esperarte al aeropuerto, pero en caso de que yo no pueda, enviaré a alguien de confianza a recogerte, ¿vale?

—Vale, me parece genial.

—Entonces lo haremos así. Ahora necesito dormir. Disfruta de tu día.

—Nos vemos el viernes. Buenas noches *nuna*.

Al fin había llegado el tan ansiado día. Diana estaba como una moto, corriendo de un lado a otro para acabar con los preparativos de la fiesta a tiempo para poder ir a recoger a Juhwan.

—Diana deberías calmarte un poco.

—No puedo Carmen, como me relaje no me dará tiempo de ir a recoger al chaval y ya sabes que me sentiré fatal si le fallo después de haberle dicho que lo ayudaría en todo lo que pudiera.

—«En todo lo que pudieras», tú lo has dicho. No puedes dividirte en dos para hacerlo todo tu sola. Si no acabamos los preparativos, yo me quedaré para acabarlos mientras tú vas a recogerlo. Ya no queda tanto.

Diana la miró y le dedicó una sonrisa de agradecimiento, mientras se subía a la escalera para terminar de colgar los últimos globos de color dorado.

—¡Diana! —la llamó uno de sus empleados.

—Dime —respondió ella intentando girarse para mirarlo.

—Ten cuidado, que podrías…

Sus palabras se cortaron al ver como se le resbalaba el pie de la escalera y caía al suelo.

IV

—¡Diana! ¿Cómo estás? —se acercó rápidamente Carmen.

—¡Diana! ¡Perdóname! ¡Perdón! —corrió hacia ella el joven que la había llamado—. ¡Lo siento! —se disculpó, preocupado y sintiéndose culpable por lo que había sucedido.

—No pasa nada, estoy bien —dijo intentando ponerse en pie de nuevo. Pero al apoyar el pie sintió un dolor enorme que no le permitió levantarse.

—¿Estás bien? ¿Qué te pasa?

—Estoy bien, Carmen. Yo puedo —dijo estirando el brazo para impedir que se acercaran.

Pero nadie la creyó, al ver la expresión de dolor que se dibujaba en su rostro mientras intentaba apoyarse sobre su mano izquierda—. No —dijo ella al ver que se acercaban para ayudarla a ponerse en pie.

—¿Qué está pasando? —dijo Jordi mientras se acercaba para ver qué estaba ocurriendo allí.

—¿Tu qué haces aquí? —preguntó Diana.

—Se escuchan vuestros gritos desde mi bar. Por cierto, ¿qué haces ahí tirada?

—Estoy comprobando que el suelo esta nivelado.

El joven ayudante y Carmen comenzaron a reírse entre dientes.

—Entonces supongo que no necesitas mi ayuda, ¿verdad?

—Verdad —dijo ella tumbándose y apoyando su cabeza en el suelo.

—¡Agg! que cabezota eres —dijo él observando su expresión de dolor. Era obvio que no se encontraba tan bien como quería hacer ver.

Se acercó a ella y la agarró para ayudarla a ponerse en pie.

—¡No! ¡No! No necesito ayuda, lo digo en serio —le dijo apartando su mano de un golpe.

—Mira, no sé qué te pasa, no sé por qué no quieres ayuda, pero es más que evidente que no puedes ponerte en pie tú sola, así que cierra la boca y deja que te ayude —dijo Jordi seriamente.

—¿Quién te has creído que eres para ayudarme y para hablarme así?

—Joder, es la primera vez que conozco a una mujer tan cabezota como tú. Está bien, te he visto caer, por lo tanto, sé que no estás bien. Ahora deja que te ayude porque voy a hacerlo, aunque te resistas —le replicó acercándose más para agarrarla y levantarla con sus enormes brazos—. Carmen, ¿verdad? —preguntó a la joven de cabello rubio que sostenía la mano de Diana.

—Sí —respondió precipitadamente.

—Me la llevo al hospital —la informó de sus intenciones para que no se preocupase demasiado al ver que agarraba con fuerza la mano de su amiga.

—No, por favor, déjame en el suelo, yo puedo ir sola.

—Relájate preciosa. Prometo ser bueno. De momento.

—Diana no te resistas, seguro que se portará bien contigo —dijo Carmen intentando suavizar el momento. Pero Diana tenía la cabeza apoyada sobre el pecho de Jordi y no respondía—. ¿Diana? —la llamó viendo que

no se movía.

Entonces vieron como su cabeza caía haciendo que su largo cabello ondulado casi rozara el suelo.

—¡Diana! ¡Diana! —le gritaba Carmen sujetando su cabello.

—Ha debido desmayarse por el dolor. Será mejor que me la lleve ahora.

—Por favor —le suplicó Carmen asustada.

—No te preocupes, cuidaré de ella.

Todos se habían quedado estupefactos ante lo sucedido, pero nadie estaba más preocupado que Carmen al haber dejado a su amiga sola con aquel «fantasma» que parecía disfrutar más de lo que debía, levantando a Diana entre sus brazos para meterla en el coche.

Ya se encontraban de nuevo en el coche, después de haber salido del hospital, cuando Diana abrió los ojos.

—¿Dónde estoy?

—No te muevas, vas a hacerte daño —le dijo Jordi intentando calmarla.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Diana mirando la venda que tenía en el pie—. ¿Y esta chaqueta?

—La tenía en el coche y te la puse. Estabas temblando después de que el doctor tuviese que cortar tu camisa para ponerte la venda.

—¿Una venda? ¿Qué venda? ¿Por qué una venda?

—La que te sujeta el hombro, lo tenías dislocado del golpe.

—¿Me has visto desnuda? —le preguntó intentando usar aquella chaqueta de cuero negro como escudo para ocultarse de la mirada de Jordi.

—No te he visto desnuda, la chaqueta te la puso el doctor, yo estaba esperando fuera detrás de las cortinas.

Ella estaba confundida, estresada y dolorida, pero no podía ignorar lo que aquel pervertido había hecho por ella.

Mientras, Jordi intentaba conducir sin mirarla. Algo pasaba con aquella mujer que le hacía querer cuidarla. Pero era tarde, ella pensaba que él era un mujeriego pervertido. Y no estaba equivocada. Por alguna razón no

quería ser esa clase de hombre con ella.

—Gracias —sonó una débil voz bajo la chaqueta que cubría el esbelto cuerpo de aquella mujer que se había adueñado de sus pensamientos.

—No es nada. Intenta descansar ya queda poco para llegar.

—Déjame en el bar por favor.

—¿Piensas quedarte en la fiesta?

—Aunque no me quede en la fiesta, al menos debería ser educada y recibir a las visitas.

—Qué extraña eres —dijo Jordi interrumpiéndola con una sonrisa.

—Solo déjame en el bar —insistió.

—Como quieras. Ahora descansa mientras llegamos.

Habían pasado más de cuatro horas desde que salieron hacia el hospital, los preparativos para la fiesta estaban listos y el joven Juhwan ya se encontraba en el pub esperando noticias.

— ¿Estás bien? ¿Quieres tomar algo? —le preguntó Carmen al verlo allí sentado. Parecía algo incómodo. — Ella estará bien, seguro que vuelve pronto —lo tranquilizó hablándole con aquel dulce tono que la caracterizaba y que, era capaz de calmar el fuego.

El joven sonrió al oír sus palabras de aliento.

En aquel momento un grupo de chicas se asomó desde la puerta.

— ¡Onni! ¡Onni! ¡Onni! —gritaron desde la puerta.

Carmen se dirigió hacia ellas. Eran las chicas que habían pedido realizar la fiesta.

—Diana no está aquí chicas.

—¿Dónde está? ¿No va a venir hoy? —preguntó una de ellas.

—Conociéndola seguro que si vendrá. Tuvo un accidente y tuvieron que llevarla al hospital —le informó Carmen.

—¿Está bien? ¿Qué le paso? —preguntó preocupada la chica pelirroja.

—Se resbaló de la escalera, pero no os preocupéis. Aún quedan unas horas para abrir el pub ¿Qué hacéis por aquí?

—Queríamos ver cómo había quedado la decoración.

Carmen sonrió:

—¿queréis pasar?

—¡Claro! Gracias Onni.

—Uuuuuu ¿Quién es ese bombón, Onni? —preguntó la que parecía ser la más joven.

—No me llaméis así por favor —dijo Carmen a quien le resultaba bastante extraño que unas chicas españolas la llamaran hermana en coreano—. Él es un invitado.

—¿Podemos conocerlo? —preguntaron las chicas eufóricas.

—Claro, venid conmigo.

—Chicas os presento a nuestro invitado VIP. Su nombre es Juhwan.

El joven se inclinó haciéndoles una delicada reverencia, para saludar, sonrojado, al ver a aquel grupo de chicas eufóricas sonriéndole y hablando entre ellas mientras lo señalaban.

—Hola chicas ¿Qué tal?

—¡Qué mono es! —gritaron las chicas al unísono.

—Bueno, creo que te dejo en buenas manos. Portaos bien chicas. Tenéis media hora y os tendréis que marchar, ¿ok? Aún tenemos algo que hacer y no deberíais estar aquí.

—Vale on… ¡vale! —dijo la que parecía ser la portavoz del grupo—. ¡Gracias!

Ya era bastante tarde. Apenas quedaba una hora para abrir y Diana aún no había llegado.

—¿Cómo estás? —preguntó Juhwan usando los pocos minutos de llamada gratis que le quedaban para hablar con Diana.

—Hola corazón, estoy bien. Estamos llegando, en dos minutos estaré allí.

—No tienes que venir. Si te sientes mal, como imagino, deberías ir a casa y descansar.

—Nos vemos allí —dijo ella con una sonrisa ignorando sus consejos.

—¿Estás segura de que quieres que te deje en el pub? —preguntó Jordi, en cuanto colgó el teléfono.

Ella asintió con un ligero movimiento de cabeza—. Gracias —dijo mientras intentaba salir del coche.

Jordi se echó a reír al ver lo testaruda que podía llegar a ser.

—Deja que te ayude.

—Yo puedo.

—Claro, claro. Aún así, deja que te ayude —dijo mientras sacaba la silla de ruedas que le habían dado en el hospital. Entonces la cogió entre sus brazos y la sentó en la silla—. No olvides que también tienes la muñeca lastimada, así que no seas tan cabezota y deja que te ayudemos.

—¡Diana! —gritó Carmen desde la puerta al verla—. ¿Pero esto qué es?

—No es nada, no seas dramática —dijo ella intentando, como siempre, quitarle importancia al incidente.

—¿Nada? ¡Pero si tienes el pie y el hombro vendado!

—Ya me he dado cuenta.

—Vaya, pensaba que sólo eras borde conmigo, pero veo que no distingues —dijo Jordi al oír las respuestas que le daba a su amiga.

Carmen le lanzó una mirada que bien podría haberlo fulminado en menos de un segundo, antes de aclararle en tono tajante:

—Ella no es borde.

—Está bien —dijo él con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa de su respuesta. Había dejado claro que su amistad era algo que nadie debía cuestionar.

—No podrías entenderlo ya que no eres mujer. Nosotras nos hablamos mucho peor que esto, pero no somos bordes ni nos odiamos, sino todo lo contrario.

—Si tú lo dices —le dio la razón a pesar de que él no entendía nada.

—¡Yo lo digo! —contestó Carmen mostrando ese lado autoritario que solía reservar para personas como él.

Diana los miraba sonriendo. «Estos dos harían una buena pareja. Ella le bajaría los humos y él le daría motivos para enfadarse y sonreír».

—¿Qué miras así? —Quiso saber Carmen viendo la forma en la que los estaba mirando—. ¡Ni lo pienses! —le gritó. Ella conocía tan bien las miradas de Diana que casi podía adivinar lo que estaba pensando.

—Si no he dicho nada —respondió mordiéndose el labio para no echarse a reír al observar la expresión de confusión de Jordi, que parecía haberse perdido algo.

—Gracias vecino —dijo Diana mientras intentaba mover la silla con una sola mano.

—Ahí vas de nuevo —dijo Jordi al comprobar hasta dónde podía llegar su testarudez.

—Deja, que te ayudo —dijo Carmen sosteniendo la silla. Ella sabía de qué manera hacerlo para que Diana se dejase ayudar

—Si —asintió Diana aceptando la ayuda de su amiga.

«Esta mujer…» se marchó Jordi pensando. «Conseguiré hacerte mía».

—¡*Nuna*! ¿Qué te ha pasado? Tu amiga me contó que tuviste un accidente con la escalera —preguntó Juhwan, mientras se alejaba de la barra para acercarse a ella.

—Perdóname, no pude ir a recogerte. Has tenido que esperar mucho por mí, ¿verdad?

—No te preocupes nuna. Lo importante es que estás bien.

—Gracias cielo. ¿Te han tratado bien mientras esperabas?

—Genial. Vino un grupo de chicas y todas quisieron darme su número de teléfono. Fueron muy simpáticas y agradables.

—¿Un grupo de chicas? —preguntó Diana pensativa.

—Las chicas que te pidieron la fiesta —respondió Carmen.

—¡Ah! Entonces has estado bien acompañado, supongo.

—Sí. Me dijeron que después vendrían.

Diana y Carmen se echaron a reír al ver el entusiasmo del joven ante la perspectiva de volver a ver a aquellas chicas.

—Muy bien, pues ya es hora de abrir. ¿Estáis preparados para fiesta?

—Lo estamos.

— ¿Daniel consiguió llegar sin problemas?

—Él llegó hace poco. En este momento debe estar preparando las canciones —respondió Carmen, que se había encargado de terminar los preparativos durante la ausencia de Diana.

—Perfecto. Vamos a ver si él está preparado.

—¿Mr. Daniel? —preguntó el joven.

—Sí. ¿Lo conoces?

—¡Claro! Él tiene un par de años más que yo. Lo conozco desde que estábamos en la escuela. Siempre solía sacar un micro para cantar en los descansos —iba contándole mientras se dirigían hacia la cabina del DJ.

—Hola cielo. ¿Cómo va todo? ¿Estás listo? —preguntó Diana.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó sorprendido al verla en aquella tesitura.

—¡Hey, Dan! —gritó el joven al ver a su amigo.

Diana lo miró e hizo un gesto de agradecimiento por su preocupación.

—¿Qué haces aquí? —preguntó su joven amigo.

—He venido de visita —respondió Juhwan.

—¿Pero tú conocías ya a la señorita Diana?

—Sí. Nos conocimos hace unos meses. Yo había llamado a una agencia para venir y la mujer que trabaja allí me dio su número. Ella iba a ser nuestra guía, pero el viaje tuvo que suspenderse por ese virus que estaba afectando a tanta gente. Nos dijeron que no podríamos entrar al país por un tiempo.

—Lo recuerdo. En aquellos momentos yo estaba en Milán.

—¿Y tú cómo la has conocido?

—Un amigo me dijo que ella estaba buscando a alguien para su fiesta de temática coreana.

—Bueno chicos, siento interrumpir la reunión, pero es hora de abrir las puertas. ¿Estás listo? —le preguntó a su seductor nuevo empleado.

—Estoy preparado señorita —respondió el, inclinándose en gesto de respeto.

—Pues allá vamos.

V

Todo estaba saliendo perfecto. Si no tenía en cuenta aquel desafortunado accidente con la escalera. Las chicas estaban encantadas con la decoración, llena de colores dorados, rosas y azules que llenaban de luz la sala oscura.

Cada vez que el DJ, que tenía un foco de luz azul iluminando su mesa, cambiaba de canción, las chicas comenzaban a gritar intentando llamar su atención. Aunque no todas intentaban acercarse a él, algunas preferían acercarse a Juhwan, quien estaba sonrojado, pero no dejaba de sonreír. Lo estaba pasando en grande rodeado de chicas, sacándolas a bailar y coqueteando con ellas tanto como ellas con él. Todos estaban pasándolo genial, incluso cuando llegó el momento del karaoke.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Daniel bajando las escaleras para salir a tomar un descanso.

—Yo estoy bien Dani. ¿Tú necesitas algo? ¿Quieres tomar algo?

—¿Sabes? Creo que es la primera vez que tengo que poner a dos personas en la entrada de la cabina del Dj para que sus fans no entren —dijo sonriendo.

—Te ves pálida. ¿Seguro que estás bien? —volvió a preguntar ignorando lo que había dicho sobre su grupo de fans.

—Estoy bien, no te preocupes. Sólo necesito algo de ayuda para moverme de aquí.

—Permíteme —dijo agarrando la silla y llevándola hacia la calle.

—Gracias por sacarme de ahí. Necesitaba tomar el aire.

—No es nada. Por cierto ¿puedo preguntarle algo?

—Por supuesto.

—¿Podrías decirme quién te habló de mí?

—Claro. Me lo comentó Munsu. Es el hermano mayor de tu amigo Juhwan.

—¿Cómo es él? —le preguntó llevándose la mano al mentón.

— Pues hay algo muy característico en él, la verdad.

—¿Lo qué?

—Su sonrisa. Tiene sonrisa de niño travieso. Sinceramente creo que encaja de maravilla con su personalidad.

—Ya veo ¿Y hace mucho tiempo que os conocéis? Quiero decir a Munsu.

—Unos meses. Parece ser que le quitó mi número de DC a su hermano para conocerme.

Daniel entrecerró los ojos pensando que tenía razón. Uno de los dos se estaba haciendo pasar por el otro para hablar con ella. Pero «¿Quién? ¿Y por qué? ¿Os habéis visto alguna vez?»

—Sí, bueno… —Diana empezaba a sentirse abrumada por tanta pregunta.

—¿Qué pasa?

—Cuando nos conocimos fue a través de una video llamada. Los siguientes días que me llamó, también pusimos la cámara, pero…

—¿Pero?

—Pero, últimamente parece como si algo le pasara que no la pone. Será que quiere que no lo vea, supongo.

—Así que no pone la cam —pensó en voz baja.

—¿Qué dices? —preguntó Diana intentando entender qué murmuraba.

—No, digo que ¿le has preguntado por qué no quiere poner la cam?

—La verdad es que no le he preguntado —dijo ella sin darle mayor importancia.

—Podrías hacerlo, así sabrías el motivo. Yo no conozco a Munsu, sólo a su hermano, pero sé de él que no es muy buen tipo. Es bastante mujeriego. Le gusta jugar con las chicas buenas.

—Sí, a mí me pareció así al principio también.

—Si alguna vez te hace daño o no te trata bien dímelo. ¡Ah! ¿Dijiste que te pareció así al principio?

—Sí.

—¿Ya no?

—No. Es como si hubiese cambiado. Estos últimos días ha sido bastante amable, incluso diría que se volvió algo tímido. Suena extraño ¿Verdad? Después de hablar varias veces se vuelve tímido en lugar de soltarse.

—No tanto —murmuró.

—¿Hum?

—Sí, sí. Es extraño —Daniel se había propuesto averiguar qué estaba pasando, pues estaba comenzando a sentir algo por ella y no quería que nadie le hiciese daño. Y la mejor forma de saber lo que estaba sucediendo era hablar con Jooni y hacer que lo cuente todo.

—¿Te pasa algo? —preguntó Diana al notarlo un poco distraído—. Deberías tomar algo y despejarte.

—Sí, voy a entrar a buscar un zumo de piña.

—Claro. Tómate lo que quieras.

Nada más marcharse Daniel, apareció Jordi rodeado de mujeres acariciando sus enormes brazos. Aquel tipo era una extraña imitación de Vin Diesel, pero con pelo.

—Hola preciosa ¿Cómo te encuentras? —preguntó echando a las chicas que lo acompañaban, como si fuesen sus guardaespaldas.

—Estoy bien —le contestó algo distante, para no variar.

—Siempre dices eso. Podrías ser sincera por una vez y decirme si

realmente estás bien.

—Siempre soy sincera… Estoy bien, en serio. Deberías marcharte con esas chicas porque… míralas, están deseando hacerme daño.

—¿Estás celosa?

—¿Celosa yo? ¡Qué más quisieras! Anda sólo mira hacia allí. ¡Son como leonas a punto de atacar!

—Sí, debes estar bien, aún tienes ganas de bromear.

—No bromeo, ¡míralas! Puedo sentir sus miradas clavándose en mí.

Jordi se echó a reír al ver que era cierto lo que decía. Aquellas chicas parecían bastante celosas.

—No te preocupes por mí, estoy bien gracias a ti.

—Vaya… también sabes ser agradecida.

—Puedo ser muchas cosas, solo tienes que elegir cuál de ellas quieres que sea contigo —le dijo con una sonrisa retorcida.

—Está bien, ahí viene ese hombre otra vez. Me voy, no quiero hacerlas esperar por más tiempo. Ahora tendré que calmarlas.

—Creído…

Jordi la miró de reojo sin borrar su sonrisa. «Serás mía, pequeña. Ya lo verás»

—Tome señorita —dijo Daniel ofreciéndole una copa con el mismo zumo que tomaba él.

—Gracias Dani —le agradeció con una tierna mirada.

—Te veo algo pálida, creo que deberías ir a casa. Tienes buena gente aquí, no hay de qué preocuparse.

—Pero no puedo dejar sola a Carmen ¿y qué pasa con Juhwan?

—Carmen estará bien, tu personal es muy bueno y yo estoy aquí también. Prometo cuidarla. Y Juhwan puede quedarse conmigo. Tú no estás en condiciones de hacer de guía. Yo me lo llevaré a mi piso y me quedaré con él hasta que mejores.

—Eres un encanto Dani —respondió ella intentando no derramar la copa.

Su cara se estaba volviendo pálida y su pulso había comenzado a temblar.

—Queda media hora hasta que vuelva a pinchar. Voy a llevarte a casa.

—Llama a Carmen, por favor —dijo con voz temblorosa.

Daniel se giró y pidió al portero que llamara a Carmen. Él no quería separarse de Diana, quien parecía estar a punto de perder el conocimiento.

Entonces llegó Carmen preocupada:

—¿Qué pasa? ¿No te encuentras bien?

—Me voy, por favor cuida de todo y asegúrate de cerrar bien.

—Claro que sí. Vete a descansar que te ves fatal.

—¡Ah! Y cuídate tú también. No cierres muy tarde y si me necesitas llámame.

—Estaré bien. Vete tranquila.

—Sí. Estará bien. Yo me encargo —dijo de repente Jordi, que había tenido la oreja pegada a la conversación.

Diana asintió con la cabeza.

—Perfecto, voy a buscar el coche y nos vamos —se apresuró en decir Daniel.

Cuando llegó con su elegante vehículo, todos se quedaron mirándolo. Él se bajó y levantó en brazos a Diana.

—Señorita, nos marchamos. ¿Dónde debería llevarte? —preguntó Daniel, sin apartar la vista de la carretera—. ¿Diana?

Se giró hacia ella al ver que no respondía, pero se había desmayado, por lo que decidió llevarla a su casa. Allí podría descansar de manera segura, de eso se encargaría él.

Aquella tarde un dulce aroma hizo abrir los ojos a Diana.

«¿Dónde estoy?». Se preguntó al darse cuenta de que aquella no era su cama, ni su habitación, ni su casa. ¿Cómo había llegado allí? Y lo más

importante ¿Dónde estaba?

—Buenos días señorita. O debería decir buenas tardes. Para estar herida has dormido como un bebé —apareció Daniel con su encantadora sonrisa y una bandeja entre las manos.

Diana se ruborizó al oír aquello. ¿Estaba en casa de Daniel? ¿Cómo podría ser?

—Te has puesto colorada Diana. No imaginaba que te verías tan linda —insistió él, que parecía estar disfrutando la situación—. Toma. Aquí tienes dulces, frutas y té. Coge todo lo que quieras.

—Gracias —dijo ella sin atreverse a levantar la mirada.

Daniel se sentó junto a ella y le acarició el pelo.

—No te preocupes. Te traje porque no sé dónde vives, así que decidí traerte aquí, "*welcome to my home*", por cierto, creo que estuviste bastante cómoda toda la noche.

Diana lo miró con recelo.

—¡Oh!, parece que está sonando un móvil.

—Creo que es el mío. No te muevas —dijo mientras iba a atender la llamada.

—¡Hey Jooni! Qué bueno que llamas.

—¿Por qué? ¿Le ha pasado algo a Diana? —preguntó preocupado su amigo.

—Parece que te preocupas por ella.

—Sí. Cuéntame ¿Qué ha pasado?

—Ella tuvo un accidente en el trabajo.

—¿Qué dices? ¿Está bien? ¿Qué tiene?

—Tranquilo, te prometí que cuidaría de ella. Y no es difícil, ella es un encanto.

—¿Dónde está ahora? ¿Está bien?

—Está en mi casa.

—¿Por qué esta en tu casa?

—Anoche se desmayó mientras la llevaba a su casa, pero no me había dicho donde era. Tuve que traerla aquí. Ha estado bien, no te preocupes.

—Gracias por cuidarla.

—No me lo agradezcas todavía —respondió Dani desconfiado de las auténticas intenciones de su amigo.

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

—Hay algunas preguntas que tienes que responderme. Pero hablamos después. Ahora estoy ocupado. —en aquel momento colgó el teléfono, sospechando que ella pudiese estar escuchando.

—¿Dónde está Juhwan? —preguntó Diana.

—Él salió con un grupo de chicas que conoció ayer antes de la fiesta. Parecía que querían enseñarle el lugar.

—Vaya…

—No te preocupes demasiado, estará bien.

—Supongo, aunque no dejo de sentir que le estoy fallando.

—No deberías pensar así. Él llegó bien y ya ha hecho amigos. Deberías relajarte y dejar que disfrute de su visita. No eres su madre. Él ya es bastante mayor y sabe cuidarse bien. Además, si necesitase algo, yo estoy aquí. Te prometí que cuidaría de él mientras tú estás así y lo cumpliré —le dijo con aquella sonrisa capaz de derretir y de conquistar hasta el corazón más frío.

—Vale. Confiaré en ti —contestó Diana fingiendo sentirse aliviada mientras pasaba los dedos por su pulsera disimuladamente.

Aquellas palabras alegraron el ánimo de Daniel y le hicieron querer protegerla con más ansias.

No había vuelta atrás, aquella mujer se había ganado su corazón en un periodo tan corto de tiempo que parecía imposible. Aun así, era real y no permitiría que nadie le hiciera daño de ninguna de las maneras.

—Necesito arreglar algunas cosas. Por favor, siéntete como en tu casa.

Después pediré a Carmen que recoja algunas cosas para ti.

Diana lo miró extrañada:

—¿A recoger cosas para mí?

—Sí. Necesitarás ropa para cambiarte y algunas cosas de aseo, ¿no?

Ella lo miraba con los ojos entrecerrados.

—No me mires así. No quiero hacerte nada malo, solo cuidarte. Y por eso vas a quedarte aquí hasta que te mejores.

—¿Cuándo has decidido eso?

—Ahora.

—¿Y qué hay de mi opinión?

—Tranquila, tu opinión se quedará aquí contigo.

Diana se echó a reír, no podía creer el poder de persuasión de aquel hombre.

—¿Puedo hacer algo para que decidas devolverme a mi casa?

—Me temo que no —le respondió con una pícara sonrisa—. Bueno, voy a hacer algunas cosas. Por favor siéntete libre de moverte por donde quieras, o de quedarte en la cama. Yo no tardaré en volver. Si necesitas cualquier cosa, llámame, ¿está bien?

Diana asintió con la cabeza.

Daniel cogió su teléfono y fue hacia su coche. Entró y llamó a Jooni.

—¡Hey Dan! ¿Cómo estás?

— ¿Quieres saber cómo estoy yo o como está ella?

—Vale. No es bueno que me conozcas tan bien. ¿Cómo está ella? —preguntó esta vez dejando claro sobre quien estaba interesado en saber realmente.

—Sigue en mi casa.

—¿Por qué sigue en tu casa? —preguntó receloso.

—He decidido que voy a cuidar de ella hasta que mejore. Parece que no es algo que suelan hacer por aquí, así que le pareció algo un poco extraño, pero es lo mejor para ella.

—¿Para ella? ¿No estarás empezando a sentir a algo por ella?

—¿Por qué? ¿Lo tengo prohibido?

—Ella tiene ese poder. Quiere aparentar ser de una manera, pero cuando la conoces, se apodera de todo tu ser.

—¿Eso es lo que te ha pasado a ti? —preguntó Daniel intrigado.

—Así es.

—Creo que también se está apoderando de mí. Pero no te preocupes. No la quiero de esa manera, aunque no puedo evitar sentir que debo cuidar de ella. Supongo que si fueses tú quien estuviese junto a ella sería diferente.

—Sí… Supongo… —dijo Jooni.

—Porque tienes pensado venir a visitarla ¿no?

—Bueno… Yo…

— No estarás jugando con ella, ¿no?

—No podría jugar con alguien como ella. Yo no quiero hacerle daño.

—Ya veo. ¡Oye! Cuéntame cómo os conocisteis. Debe ser una gran historia.

—Bueno…

— ¿Qué pasa? Hoy sólo titubeas.

—Es porque es una historia larga.

—Tengo tiempo —dijo Daniel que estaba lo bastante interesado como para dedicar todo su tiempo a oír la larga historia que Jooni tuviese que contarle.

—Está bien, ya que insistes tanto.

—Insisto. Quiero saber cómo fue. Todos los detalles.

—La conocí a través de un amigo.

—¿Qué amigo?

—Se llama Munsu, es el hermano mayor de ese muchacho que tú conoces, ¿Cómo se llamaba? ¡Ah! Juh… ¿Juhwan?

—Si, Juhwan. Él también está aquí.

— ¿De verdad? —Jooni no daba crédito—. ¿Qué hace allí?

—Después te cuento, pero sigue, por favor.

—Estás muy curioso.

—¡Claro! Ya te he dicho que iba a protegerla de quien sea.

— ¿Estás desconfiando de mí en este momento?

—Eso depende de ti. Cuéntame la verdad y yo decidiré si desconfío o no.

—Seguro que ha ganado un buen protector. Pero está bien. Voy a contártelo todo.

—Soy todo oídos.

—Verás. Munsu vino un día a mi casa diciendo que su hermanito hablaba con una mujer preciosa. El quería enseñarme quien era ella, pero era su hermano el que tenía su número de DC, así que podía mostrarme su cara. Y un día se metió en la habitación de su hermano, encendió la aplicación en el portátil y cogió su número. Ese mismo día él le hizo una video llamada y le dijo que desde que la vio hablando con su hermano había querido conocerla.

—¿Le contó cómo había conseguido su número? —lo interrumpió Daniel.

—Sí. Él no tiene reparos. Le dijo que se lo había robado a su hermano.

—Vaya.

—Desde aquel día empezaron a hablar casi todos los días. Después, él vino de nuevo. Mas bien, organizó una fiesta, otra, y vino con las nuevas noticias. Había conseguido su número y había hablado con ella. Dijo que era realmente preciosa. Tenía el cabello muy largo, ondulado y con reflejos cobrizos. Que su piel era clara, como la porcelana, su voz era suave y dulce, pero también sensual. Pero lo mejor de todo era su carácter. Él no conseguía comprenderla y aquello lo volvía loco. Sólo quería jugar con ella, así que decidí robarle su número y conocerla. Si era

tan maravillosa, tenía que conocerla. Hice una video llamada, pero cuando vi su rostro no fui capaz de dejarme ver y apagué mi cámara. Creo que su belleza me intimidó.

—Puedo comprender eso. La primera vez que la vi también me sentí un poco intimidado, hasta que comenzamos a hablar.

—Sí. Aquel día me di cuenta de que Munsu no la estaba tratando bien. Entonces me propuse hacerla sentir bien y cambiar su opinión sobre él. Porque pensé que ella no era una mujer con la que él debiera jugar. Cada vez que hablábamos me sentía más atraído hacia su belleza y creo que ella cambió su opinión sobre Munsu. Después de eso ¿cómo iba a decirle que no era él? Ella me importa. No quiero estar siempre mintiéndole, pero tampoco puedo decirle que no soy él. Y no estoy seguro de sí debería decirle quién soy en realidad. No sería la primera vez que una mujer juega conmigo por ser quien soy. Como ves mis intenciones con ella no son malas, solo necesito tiempo para pensar qué y cómo hacerlo.

—¿Y no te importa lo que ella sienta?

—¡Por supuesto que me importa! ¿Por qué crees que es tan difícil? —le replicó Jooni abatido en tono de culpabilidad por la situación que había creado.

Al oír aquellas palabras Daniel le advirtió de manera tajante:

—No juegues con ella, no voy a dejar que le hagas daño.

—No es necesario que digas eso. No es mi intención jugar con ella. Sólo necesito aclarar mi mente, porque hay algunas cosas que no consigo entender.

—¿Entonces seguirás llamándola sin dejar que te vea?

—Por ahora sí. ¿Qué es ese sonido? —preguntó al oír el sonido de otra llamada.

—Es Diana. Tengo que dejarte. Seguramente necesita algo.

—¡Cuídala bien!, por favor.

—Lo haré, tú también. Hazlo.

Daniel salió del coche y subió las escaleras hacia su casa.

—¿Ha pasado algo? ¿Qué necesitas? —preguntó preocupado.

Miró a Diana y vio que estaba algo acalorada y sonrojada.

—Yo… necesito…

Daniel no necesitó más palabras para comprender que lo que necesitaba era ir al baño y no conseguía levantarse de la cama.

—Vamos. Apóyate en mí —le dijo agarrándola por la cintura para sujetarla sin hacerle daño en el hombro.

—Siento que tengas que hacer esto. Yo puedo volver a casa, de verdad, me da mucha vergüenza que tengas…

—No te preocupes. Está todo bien, créeme —la interrumpió—. No te dejaré volver hasta que recuperes, aunque tenga que llevarte en brazos durante todo el día.

Diana intentó aguantar la mirada, pero se sentía intimidada.

—Tómate todo el tiempo que necesites —le dijo acariciando su pelo con delicadeza.

Ella sólo pudo responder con un leve movimiento de cabeza.

Después de aquel vergonzoso momento, Diana le pidió que la ayudase a llegar hasta el sofá, donde la tumbó y le puso un cojín para levantar el pie.

—¿Juhwan aún no da señales de vida? Hace un rato me envió un mensaje diciendo que no vendría para cenar. ¿Crees que estará bien?

—Claro que sí ¿Por qué te preocupas tanto?

—Porque este no es un lugar muy seguro. Quiero decir, sí, yo sé que hay sitios y personas que debería evitar, pero no estoy segura de que esas chicas lo sepan.

—Lo llamaré para preguntarle si eso te hace sentir más tranquila.

—Si, por favor —dijo aliviada al oír aquellas palabras.

—Este muchacho no cambia. Cada día se parece más a su hermano —dijo Daniel después de colgar el teléfono.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Diana angustiada.

—Que está con Verónica.

—¿Quién es Verónica?

—Es una de las chicas que había conocido.

Ella se echó a reír aliviada al conocer el motivo por el cual no respondía.

—Parece que han hecho buenas migas.

—¿Buenas migas? ¿Qué quiere decir eso?

—Parece que se llevan bien y que han hecho una buena amistad.

—Yo diría que lo que hay es algo distinto a una buena amistad. Juhwan es un bribón, aunque no lo parezca.

—No creo que sea tan bribón como piensas. Parece un chico dulce.

—Será que contigo es dulce porque eres un ángel, pero créeme, es un granuja —dijo riéndose.

—Bueno ¿y qué podemos hacer? La verdad es que estoy un poco aburrida.

—¿Quieres que veamos una película?

—Claro.

—Dime cuál te apetece ver.

—¿Cuál te gustaría ver a ti?

—Pues hay una película nueva. Está en coreano.

—Perfecto. Veamos esa —dijo acomodándose.

Diana aún tenía lágrimas en sus ojos después de aquella terrible escena final.

—Una gran película —dijo Daniel nada más acabar.

—Sí, es muy buena. Hace mucho tiempo que no me tomaba un rato para ver una película. Ha estado bien —dijo secándose las lágrimas.

—Deberías cogerte unas vacaciones. No es bueno trabajar tanto. Te sentirás agobiada y estresada. Después de unas vacaciones seguro que

verás todo con más claridad y te sentirás mejor.

Aquel tiempo junto a Daniel le había dado la oportunidad de replantearse muchas cosas, de aclarar sus ideas y de abrir su mente a nuevas experiencias, como viajar a algún lugar, lejos, muy lejos, como Corea. Nunca había estado allí antes pero solo oía cosas buenas sobre aquel lugar y estaba comenzando a sentir cierta atracción por la cultura, el estilo de vida, los hermosos paisajes… y una cosa era segura, las personas parecían ser amistosas y agradables.

—Quizá deba —aceptó finalmente—. Carmen también insiste en que me coja unas vacaciones. Tal vez me vaya a Corea cuando Juhwan vuelva. Pero no le digas nada aún. No está decidido.

—No le diré nada. De todas formas, si vas, llámame. Si estoy por allí te ayudaré en todo lo que pueda.

—Ya estás haciendo mucho por mí. No sé si podré pagarte lo amable que estás siendo.

—Mantente sana y cuídate. Esa es una buena forma de pagarme.

Diana le sonrió con esa mirada pícara. Aquel hombre era un encanto.

—Te llaman —dijo ella al oír el sonido de una canción por algún lugar de la casa.

—Ese no es mi tono.

—¿Será el mío entonces?

—Voy a buscarlo.

Daniel fue hacia el dormitorio y cogió el teléfono.

—Es ese Munsu —dijo, sabiendo quien era en realidad.

—¿Diga? ¡Ah! Vaya, hoy sí me dejas verte.

Daniel se sorprendió al oír aquello y se asomó para comprobar que realmente le había puesto la cámara para la video llamada. Pero se quedó helado al ver que quién la llamaba no era Jooni si no otro tipo diferente. ¿Qué estaba pasando? ¿Era aquel el auténtico Munsu?

—Voy a dar un paseo, vuelvo en seguida —dijo él cogiendo las llaves de la casa y el móvil, comenzando a marcar el número de su amigo.

—Jooni —dijo nada más notar que había descolgado el teléfono.

—Dime Dan. Me coges en medio de un rodaje.

—Puedo llamarte después, entonces. ¡Ánimo!

—¡No! Dime qué pasa. Porque pasa algo, ¿verdad?

—Acaban de llamar a Diana. Es Munsu. Pensaba que tú eras el único que la llamaba ahora con ese nombre.

—Debería ser así. Él me dijo que no volvería a hablar con ella porque era muy difícil ganársela.

—Pues parece que no lo ha cumplido. No dejes que juegue con ella.

—Tengo que irme. No dejaré que eso pase. Yo me encargo de él.

VI

Dos semanas viviendo en casa de Daniel…

Sin duda el tiempo suficiente para conocerlo, para saber que era alguien tierno y atento, a pesar de sus constantes juegos e insinuaciones. Jamás había tenido esa sensación de protección al estar junto a alguien, pero Daniel era como un calmante, había sido su apoyo, su almohada aquellas noches en las que se había quedado dormida mientras veían una película, había sido su abrigo cada vez que la sintió temblar, ya fuese por el frío o por los nervios. Daniel había sido su confidente, su refugio, su mejor amigo, sin duda. Nadie había hecho tanto por ella como él y era algo que sabía que debía agradecer cada día. Pero había llegado el momento de marcharse y lo haría por todo lo alto, pero, no sin agradecerle todo, todo lo que había hecho por ella, ya que había llegado a quererlo como al hermano que nunca tuvo.

—Dani. Me gustaría hacer algo para agradecerte todo lo que has hecho por mí. Has sido tan generoso y amable. Generalmente no disfruto de este tipo de cosas, pero, tú lo has hecho muy fácil.

—¿Vas a marcharte? —preguntó Daniel intuyendo cuál sería su respuesta.

—Sí.

—¿Hoy?

—Sí.

—No tienes por qué. A mí no me molesta que estés aquí. Tu compañía es muy confortable y todo un placer. No te vayas.

—Aunque este muy a gusto contigo, no puedo quedarme aquí para siempre —le dijo en tono agradecido—. Además, he estado pensando sobre algo que me dijiste y he tomado una decisión.

—¿Qué decisión?

—Me iré de viaje. Voy a cogerme unas vacaciones.

—Vaya ¿A dónde irás? ¿Cuándo? ¿Con quién? —no cesaba de preguntar, impaciente por obtener información.

—¿Tengo que responder en el mismo orden?

Daniel sonrió encogiéndose de hombros.

—Veamos. Voy a ir a Corea. Saldré en dos días y voy a viajar con Juhwan. Cuando él vuelva a casa yo me iré también. Voy a visitar tu hogar, mi querido Dani.

—¿Juhwan lo sabe?

—Sí, claro.

—¿Desde cuándo lo sabe ese granuja? No me había dicho nada.

—Yo le pedí que no lo hiciera porque quería decírtelo yo personalmente.

—Me parece bien. Siempre es mejor que te dé las noticias una señorita tan linda como tú. ¿Me dejarás que te ayude una vez más? —preguntó, ofreciéndose para cualquier cosa que necesitase.

—Vas a hacer que me ponga colorada otra vez —le dijo sacándole la lengua.

—Perfecto. Me gusta cuando te sonrojas. Te ves especialmente hermosa.

Diana no podía evitar sonrojarse al oír los halagos y las dulces y a veces traviesas palabras de aquel hombre tan extraordinario.

—Por favor.

Daniel le lanzó una mirada pícara junto a aquella embriagadora sonrisa de satisfacción.

—Vámonos —dijo agarrando sus maletas, impidiendo así que ella pudiera negarse o quejarse.

—Sí —dijo mordiéndose el labio mientras caminaba tras él.

Ya había hecho lo más difícil que era tomar la decisión. Ahora debía despedirse de Carmen y de Lara que estaban esperando en la puerta del pub para oír la noticia que iba a darles. Entonces vieron llegar el coche de Daniel que se detuvo justo delante de ellas. Éste se bajó del coche y se dirigió hacia el lado del copiloto para abrir la puerta de Diana y le ofreció su mano para salir, en un sutil gesto de cortesía y caballerosidad que llenó la mente de Carmen y Lara de un millón de situaciones entre ellos.

Al ver a su amiga colocar su mano sobre la de Daniel, ambas se miraron con una sonrisa de complicidad. Ya podían adivinar cuál era la noticia que les iba a dar y no podían sentirse más contentas. Por fin su amiga había dejado entrar el amor en su vida y el chico no podía ser más perfecto. Un caballero, trabajador, amable, honesto, generoso, simpático, y, por si fuera poco, tenía un cuerpo que quitaba el hipo, unos ojos oscuros de mirada profunda y una sonrisa traviesa y encantadora que había conseguido ganarse a todos. Sí señor, estaban muy orgullosas de su amiga.

Las dos se agarraron de la mano esperando la tan ansiada noticia.

—¡Hola chicas! Qué contentas os veo ¿Ha pasado algo?

—Aún no —dijeron las dos al unísono, lanzándose una mirada cómplice.

—¿Aún no? ¿Entonces? —preguntó Diana algo desconcertada.

—Nada. No nos hagas caso ¿Cuál era esa noticia que tenías que darnos?

—¡Ah!, vamos a tomar algo y os lo cuento. —dijo señalando con un movimiento de cabeza el bar de Jordi —. Tú ya lo sabes, pero quédate con nosotras —le dijo a Daniel sonriendo—. Supongo que ahora te vas a sentir aburrido o quizás aliviado. —¿Por qué se va a sentir aburrido? —preguntó Carmen.

—Si te sientes aburrido puedes llamarme, cariño. Yo iré a entretenerte —le dijo Lara guiñándole el ojo.

—Es sólo una broma. No se lo tengas en cuenta —le dijo a Daniel al ver que se había ruborizado ante la propuesta de Lara. Nunca se había sentido muy cómodo con las chicas tan lanzadas.

—¡Oh, vamos! Nunca dejas que me divierta —le reprochó a Diana.

—Pero si nunca me escuchas.

—Pero dinos cuál es la noticia —las interrumpió Carmen—. ¡Lara! ¡Que la lías!

Las chicas comenzaron a reírse y Daniel se quedó mirándolas sin entender por qué de repente se reían de aquella manera.

—Está bien, prestad atención. Ya me habíais dicho esto varias veces y después de este accidente tan tonto, me he dado cuenta de que realmente lo necesito.

Carmen y Lara volvieron a agarrarse de las manos. Lo que habían estado esperando oír estaba a punto de suceder.

—Me voy.

Las chicas soltaron sus manos para golpear la mesa y en aquel momento sonó como un vaso de cristal caía al suelo.

—¿Cómo que te vas? —dijo Jordi desde el final de la barra.

—Eso ¿Cómo que te vas? ¿Cuándo? ¿Por qué? —comenzó su ataque de preguntas Lara, quien se encontraba confundida pero entusiasmada al mismo tiempo. No sabía si reñirle por no darle la noticia que esperaba o abrazarla, porque, al menos, le había hecho caso en una cosa.

—Lo que ésta quiere decir es ¿por qué no nos lo has dicho antes?

—Os lo digo ahora. Y creo que a ti no tengo que darte explicaciones de cómo manejo mi vida, ¿no crees? —le dijo a Jordi, que se había puesto histérico y no paraba de recorrer la barra de un lado a otro farfullando.

—¿Por qué os ponéis así? ¿No es algo que ustedes mismas le habíais dicho más de una vez? —interfirió Daniel.

—Está bien Dani. Ellas son así de apasionadas. Como sea, ya está dicho. Me iré en dos días. Cuida bien del local, por favor.

Carmen asintió con la cabeza:

—Ten mucho cuidado, disfruta y descansa.

—Pero no has dicho a dónde te vas —dijo Jordi, que no había podido

contenerse más y se había acercado a ellas.

—Me voy a Corea —contestó con indiferencia.

—¿Por cuánto tiempo? Vas a volver, ¿no?

—Aún no lo sé.

— i¿No sabes si vas a volver?! —preguntó Lara.

—Si voy a volver, tonta. Lo que no sé seguro, es cuándo lo haré.

—¿Y no vas a hacer una fiesta de despedida o algo? —preguntó con una sonrisa de oreja a oreja.

—No. ¿Queréis hacer una fiesta para celebrar que me voy a un lugar muy lejos de aquí? —le respondió ella con ironía.

—¡Claro! yo siempre quiero hacer una fiesta por cualquier cosa —respondió repentinamente Lara de forma jovial.

—Cierto —dijo Diana casi susurrando.

—En dos días… ¡Entonces será mañana! —advirtió Lara, apresurándose a poner una fecha. Pues conocía demasiado bien a Diana y temía que acabara negándose.

—¿En serio? —preguntó Diana atónita ante la velocidad de reacción que llegaba a alcanzar su amiga cuando le interesaba.

—Completamente.

—Vas a hacerlo, aunque me niegue, ¿verdad? —preguntó Diana de nuevo, sabiendo de más, cuál sería la respuesta.

—Verdad —asintió firmemente.

Diana le sonrió.

—Pues tú te encargarás de todo.

—¡Deja que yo lo haga! —dijo Daniel—. Permíteme que prepare una buena fiesta de despedida para ti y para Juhwan.

—Está bien, como quieras.

—Será mañana en mi casa, no faltéis. Empezará temprano.

Daniel había preparado con cuidado cada detalle. Su casa parecía un cuento de hadas. Había colgado flores blancas y rosas como camelias, flores de cerezo, rosas. Todas aquellas flores hacían que su hogar oliese como el más hermoso de los jardines. Había puesto también unas preciosas sábanas blancas sobre los sofás y una suave música para completar el ambiente.

—Mi preciosa Diana ¿quieres que vaya a recogerte? —la había llamado Daniel.

—No es necesario, gracias Dani. Acabo de subir al coche. Nos vemos en cinco minutos —respondió sonriendo después de oír como la llamaba de una manera tan cariñosa.

Diana activó la llamada en su coche para responder a Jordi.

—¿Cómo has conseguido mi número?

—Se lo pedí a tu amiga.

—Voy a matarla —dijo ella en voz baja—. Bueno, ¿y qué quieres?

—Escuché que teníais una fiesta hoy.

—Así es, pero tú no estás invitado.

—No creas que te llamo para preguntar si estoy invitado. Solo llamo para informarte de que voy a ir.

—¿Qué dices? ¿Por qué tendrías que ir tú a la fiesta?

—Porque tú estarás allí.

—¿Es que piensas convertirte en mi sombra? —preguntó en tono sarcástico tratando de disuadirlo.

—Si es necesario, sí. Me he propuesto que seas mía, preciosa. Y ya verás, voy a conseguirlo.

—¡Sigue soñando! —respondió ella dando por finalizada la llamada y aparcando el coche frente al apartamento de Daniel.

Diana llamó al timbre del apartamento un poco ansiosa después de recibir la llamada de Jordi. Aquel tipo era imposible de descifrar. A veces se comportaba como una persona decente y otras simplemente daban ganas

de abofetearlo.

—Hola preciosa ¿has llegado bien? ¿Qué ocurre? —preguntó al ver el rostro apagado de Diana.

—Hola. ¡Ah!, nada. Todo está bien —dijo tratando de disimular el disgusto, pero, como siempre, su cara no quería cooperar.

—Entonces, ¿por qué tienes esa mirada de preocupación en esos hermosos ojos?

—Recibí una llamada mientras venía.

—¿Y qué ha pasado? —preguntó Daniel inquieto.

—Era Jordi, el dueño del bar de al lado.

— ¿Ha dicho algo que te haya molestado? Porque si es así lo buscare y…

—No, no —lo interrumpió—. Solo dijo que él también iba a venir a tu casa.

—¿Sí? —«Como suponía. Piensa presentarse aquí sin haber sido invitado» pensó.

—Sí.

—Si te hace sentir incómoda lo echaré en cuanto llegue.

—No será necesario. No te preocupes, solo disfrutemos de la fiesta —dijo acercándose a la mesa que Daniel había dispuesto con algún picoteo y bebidas y se sirvió una copa de vino.

Estaba bailando y bromeando con Juhwan cuando vio que Daniel se dirigía hacia la puerta y abría para dejar pasar a Jordi que rápidamente se dirigió a ella.

—¿Quieres sentir mis manos en tu cintura? —le preguntó, nada más llegar.

—¿Cómo es que suena pervertido cuando lo dices tú?

—¿Acaso no quieres sentir mis manos en tu cuerpo? —preguntó Jordi, en tono lujurioso, decidido a conseguir que cayese rendido a sus pies.

—Las únicas manos que se van a sentir esta noche serán las mías, en tu

cara, si no dejas de decir esas tonterías.

Daniel se había dado cuenta de que aquel tipo estaba agobiando a Diana y fue a intervenir.

Se acercó a ella, la agarró por la cintura y la acercó a él con suavidad.

—Señorita ¿le apetece bailar conmigo? —preguntó con una cálida sonrisa.

—Claro que sí, caballero —respondió en agradecimiento a su propuesta.

Después de aquello, Jordi pasó toda la noche alejado, pues aquel tipo tan "repelentemente agradable" no se apartaba de ella.

—¡Hagamos un brindis! —propuso Lara.

—¡Claro!

—¡Sí!

—Brindo por Diana para que finalmente encuentre un buen hombre —dijo Lara.

—Por que encuentre la felicidad aquí, en Corea o donde sea —dijo Carmen también.

—Yo deseo que disfrutes de todo lo que mi país tiene reservado para ti. Sé feliz y no te preocupes por nadie. Ahora estoy yo para eso —intervino Daniel.

Diana le sonrió al oír sus cálidas palabras.

—Gracias Dani. Gracias a todos por estar aquí conmigo.

—Espera. Yo no he dicho que es lo que deseo —dijo Jordi rompiendo aquel cálido momento.

—No nos interesa —le respondió Juhwan, que tampoco le era agradable.

—Vamos, no seáis así. Dejad que diga lo que tenga que decir —lo defendió Carmen.

—Está bien. Habla.

—Yo deseo que seas feliz, pero conmigo. Deseo que seas mía. No me importa si conoces a alguien más, pero elígeme a mí.

—¡Oh, vamos! —dijo Diana.

Daniel agarró su mano y salieron al jardín, que también estaba concienzudamente decorado.

—Gracias Dani. Eres un encanto ¿lo sabes?

—No tienes que agradecerme nada. Tú solo mereces que te cuide y te trate como el ángel que eres.

—No creo que sea un ángel —dijo ella entre susurros.

Él la miró con aquella cálida sonrisa y su mirada profunda. Era como si pudiese ver las estrellas reflejadas en sus ojos.

—Diana. Hay algo que debes saber—. En aquel momento cambió su tono de voz.

Daniel quería contarle el secreto de Munsu, pero nada más decir aquello lo pensó mejor y decidió que debía ser Jooni quien se lo contara. Él quería protegerla, pero tal vez contárselo no fuese una buena idea.

—Dime —respondió algo tensa.

—Sabes que siempre te protegeré. Cuando estés en Corea abre bien los ojos, nunca se sabe con quién puedes encontrarte, quizás encuentres al amor de tu vida.

Diana lo miró con curiosidad y desconcierto.

—¿Por qué dices eso?

—Por nada. Solo quería decir que disfrutes mucho allí.

—Lo haré.

Después de haber tenido que esperar casi dos horas debido a un retraso en su vuelo, al fin había llegado el momento de dejar atrás España y todo su estrés.

El avión estaba helado. Diana cogió la manta que le habían dado y se cubrió con ella.

—¿Estás bien? —preguntó Juhwan.

—Tengo un poco de frío, pero estoy bien. ¿Y tú?

—¿Quieres mi manta?

—No creo que haga falta, gracias. Deberías taparte también, hace mucho frío en este avión.

—Yo estoy bien. Toma —dijo arropándola con su manta—. Cuando lleguemos ¿Dónde piensas ir?

—Alquilé una habitación en un hotel.

—¿Dónde está el hotel?

—En Seúl. Creo que es lo mejor. He leído que pertenece a alguien famoso y a pesar de ser lujoso y de poseer todas las comodidades, no es muy caro. Además, desde la capital podré moverme mejor a cualquier parte.

—Sí. También hay más cosas que puedes hacer allí. Nuna, si te pierdes o necesitas cualquier cosa llámame. Yo vivo un poco lejos, pero iré a buscarte.

Diana lo miró y le sonrió haciendo un ligero movimiento de cabeza para asentir y lo abrazó.

Juhwan no esperaba que lo abrazara, pero le devolvió el abrazo con todo su cariño.

—Ha sido un placer conocerte y pasar este tiempo contigo y con tu grupo de fans —le dijo bromeando.

—El placer ha sido mío. No esperaba pasarlo tan bien. Y tú eres una persona genial. Comprendo que mi hermano intente mantener el contacto contigo. Pero yo soy más guapo que él, ¿a que sí?

Ella se echó a reír pensando que estaba bromeando:

—Claro que sí —respondió despeinándolo.

—*Nuna*.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta que te despeine? —preguntó haciéndolo de nuevo.

—Si juegas así conmigo no sé qué puede pasar —dijo Juhwan, que de repente parecía haberse convertido en todo un hombre adulto. Su postura se volvió tensa y su mirada feroz, parecía que quisiese devorarla. —*Nuna* —dijo acercándose a sus labios—. Yo soy mejor que mi hermano y jamás

te haría daño.

Diana se había quedado petrificada.

—Juhwan, por favor —dijo sin moverse un milímetro, a pesar de que casi podía sentir los labios de Juhwan.

—Lo siento. Perdóname —dijo apartándose—. Ven, *nuna*, apóyate en mí. Estarás más cómoda y podrás dormir un poco hasta que lleguemos —le propuso, acariciando su pelo mientras apoyaba la cabeza sobre su hombro mientras emprendían el vuelo.

Al bajar del avión, Juhwan se comportó como todo un caballero. Ambos se despidieron con un fuerte abrazo, pero a él se le había quedado el remordimiento del mal rato que le había hecho pasar. Puso sus manos en las mejillas de Diana y le dio un corto y tierno beso en la frente mientras volvía a disculparse antes de ayudarla a subir al taxi.

No habían pasado más de treinta minutos, cuando llegó al hotel. Un edificio moderno, construido sobre los restos de un antiguo hotel de los años treinta, con una decoración interior muy agradable y acogedora.

Había dejado sus cosas en su dormitorio, que bien podría ser el dormitorio de una reina y después de tomar una ducha, se arregló y decidió salir a cenar a alguno de los bares que Daniel le había recomendado.

Se sentó en la terraza de un pequeño bar y disfrutó del lugar, del aire, de la cena, que fueron algunos de los platos típicos del lugar. La señora había puesto en su mesa un cuenco con arroz, otro con *kimchi*, otro pequeño cuenco con *tobokki*, un aperitivo hecho de arroz, muy popular y de sabor picante y después de apenas unos minutos le llevo el plato que había pedido, *jajangmyeon*, un plato de pasta con carne y verduras, pero lo que le había llamado más la atención a Diana de este plato fue la salsa negra que llevaba, que estaba hecha de frijones negros. Jamás hubiese imaginado que se sentiría tan cómoda en aquel desconocido lugar.

Sin embargo y a pesar de que estaba siendo una noche tranquila y agradable, el viaje había sido largo y se sentía agotada, por lo que decidió que, después de cenar, volvería al hotel para descansar. Mientras caminaba de vuelta pensando en el cobijo de aquellas suaves sábanas que la esperaban en el hotel, se dijo: —Mañana será otro día.

De repente, escuchó que alguien venía corriendo por detrás. Intentó apartarse, aun así, aquella persona chocó contra ella golpeándola con tanta fuerza como un huracán y la hizo caer.

Aquella persona debía estar huyendo de alguien, pues parecía que un gran tumulto venía detrás. A pesar de haberla visto caer dio un paso adelante

para continuar su camino. Pero de pronto, se detuvo, se volvió hacia donde se encontraba Diana, que lo miraba atónita y se agachó para ayudarla a ponerse en pie.

—Discúlpeme —sonó una voz profunda.

Aquel hombre se veía distraído. No hacía más que mirar a todos lados mientras la levantaba como si fuese una pluma.

—Bueno —respondió ella enfurecida.

Cuando consiguió ponerse en pie, Diana sintió un fuerte dolor en la parte baja de la espalda e instintivamente llevó su mano hacia la zona.

—¿Se ha hecho daño?

Diana lo miró mosqueada y aturdida.

—Como si te importara —susurró, intentando escudriñar bajo la capucha de la sudadera negra. «Que tío más extraño, lleva la cara tan tapada. ¿Estará enfermo?»

—Quería decir ¿le he hecho daño? No era mi intención, de verdad. Lo siento —repitió él, que continuaba mirando a su alrededor cada vez más ansioso.

VII

—Estoy bien —dijo ella intentando zafarse de sus manos, que la sostenían fuertemente por la cintura.

—¡Vamos! —dijo levantándola entre sus brazos.

—¿Pero qué haces?

Aquel hombre ignoró totalmente sus palabras. Parecía que aquellas personas que venían eran las responsables de su estado nervioso.

Entonces cayó en la cuenta de que aquellas personas que venían traían focos, cámaras…

—¿Qué pasa? ¿Te has escapado de la cárcel? —preguntó Diana dando un respingo.

El desconocido sintió el impulso de reír. Su risa sonaba como si acabara de decir la tontería más grande del mundo, lo cual la hizo ruborizar, por lo que intentó ocultar su rostro de él, apoyándose sobre su hombro,

pudiendo casi, saborear el masculino aroma de su cuerpo.

Entraron en un apartamento, que se encontraba cerca del hotel en el que ella se hospedaba, mientras todas aquellas cámaras corrían tras ellos.

—Ya estamos a salvo —dijo dejándola con suavidad sobre el sofá.

—Lo dirás por ti —contestó ella rápidamente sin quitarse la mano de la espalda.

—Parece que se ha hecho daño ahí. Déjeme ver.

—¿Qué? No. Estoy bien. Me voy. Gracias por tirarme al suelo y traerme… aquí.

—No tiene por qué temerme. No me he escapado de prisión —esbozó una lánguida sonrisa bajo su mascarilla que Diana solo pudo intuir.

—Entonces ¿Por qué te escondes? ¿Y qué pasa con toda esa gente de ahí fuera? —preguntó ella con lágrimas en los ojos a causa del tremendo dolor que sentía.

—No me gusta que me sigan cada vez que salgo a la calle.

Ella lo miró con incredulidad mientras se levantaba del sofá.

—Bueno, como sea. Adiós —dijo haciendo un corto y rápido gesto de despedida con la mano.

—No debería salir ahora. Déjeme ver que tiene. Debe doler mucho —dijo apartando su mano y levantando un poco su camisa, que había dejado de ser blanca después del golpe y vio que tenía un moratón que parecía bastante extenso. Entonces bajó también el pantalón para poder ver cómo había sido de fuerte el golpe.

—¿Qué haces? —dijo Diana intentando cubrirse de nuevo.

¿Quién era aquel tipo para quitarle la ropa?

—Quédese quieta, por favor, voy a buscar algo que pueda aliviarle el dolor hasta que lleguemos al hospital.

—¿Al hospital? —preguntó Diana, que siempre había odiado ir a los hospitales.

—Sí. Esto ha sido culpa mía. Debería al menos llevarla al hospital

—insistía aquel hombre cordialmente.

—¡Ah!, ¡no pasa nada! Si estoy bien. Mira, no tengo nada.

—¿No le gustan los hospitales señorita?

—No —respondió entre dientes, con aquella expresión infantil que solía poner siempre que le mencionaban algo sobre ir al hospital.

—Debería ser yo quien no quisiera ir al hospital contigo, ya que todo saldrá en las revistas, sin embargo, es usted quien está más asustada —le replicó con dulzura viendo como paseaba sus delicados dedos por una fina pulsera de hilo rojo que llevaba atada a su muñeca.

«Creído» pensó.

—No estoy asustada —dijo, ignorando lo que había dicho sobre aparecer en las revistas—. Solo que, no me gustan los hospitales.

—Sí, ya veo. De todas formas, debemos ir. Tiene un moratón bastante feo. Hay que curar eso para que no le quede ninguna marca. ¡Vamos! —le dijo después de agarrar las llaves de su coche—. Tendremos que salir escondidos. Pero no se preocupe demasiado. Solo recuerde que no soy peligroso.

—¡Eso lo decidiré yo! —dijo ella caminando hacia él. Pero el dolor era tal, que apenas conseguía caminar.

—¿Debería llevarla en mi espalda?

Diana le lanzó una mirada feroz.

—¿Por qué me mira así señorita? No es nada malo ¿Nadie la ha cargado en su espalda nunca?

Ella negó con un movimiento de cabeza y los ojos entrecerrados.

—Entonces será un placer para mí ser el primero —se inclinó para hablarle al oído provocándole un escalofrío—. De verdad, lo siento —volvió a decir mientras la acomodaba sobre su espalda.

Ella no respondió. Simplemente apoyó su cara sobre él, secando sus lágrimas en su sudadera. El golpe le dolía demasiado como para comenzar una pelea con aquella persona que, por otra parte, no tenía ninguna posibilidad de ganar contra ella. O eso pensaba.

Aquel hombre desprendía un aroma deliciosamente masculino, sensual, cálido y acogedor que la hacía sentir tan apacible que sus lágrimas

dejaron de brotar.

El olor y la calidez del cuerpo de aquel hombre la estaban haciendo sentir algo que nunca había sentido antes, un magnetismo sexual que le provocó un estremecimiento.

La dejó en el asiento del copiloto y mientras le abrochaba el cinturón, ella inclinó su cabeza intentando averiguar quién se ocultaba bajo aquella capucha y aquella mascarilla.

—Se va a lastimar señorita —dijo él, viendo que estaba a punto de golpearse con la palanca de cambio—. ¿Qué está intentando hacer? —inclinó la cabeza como ella, intentando descubrir lo que estaba tratando de ver como si fuese su reflejo en un espejo.

Diana no pudo evitar soltar una carcajada viendo como la imitaba.

—Vaya. Si también sabe reír.

Aquellas palabras hicieron que se sintiera ruborizada.

—Sí —respondió ella evitando mirarlo a los ojos.

—¿Continúa enfadada conmigo?

Ella lo miró a los ojos, pero no respondió. No sabía si le molestaba más que la hubiese tirado o que no le permitiese ver su cara.

No poder ver su rostro la hacía sentirse algo incómoda a pesar de la calidez que emanaba.

—No me mire así señorita, porque se ve realmente encantadora cuando se enfada.

—¿Y cómo quieres que te mire entonces? —respondió, completamente ruborizada e intentando evitar hacer contacto directo con sus oscuros ojos, que parecían tener el poder de atraparla.

Él sonrió al ver cómo se sonrojaba.

—No pensé que fuera tan tímida, señorita —le dijo con ironía, mientras esbozaba una picara sonrisa que ocultaba tras aquella mascarilla negra que parecía una extensión de su rostro y que, de alguna manera lo hacían misterioso y atractivo.

—¿Cómo ibas a saberlo?

—Eh… quiero decir, que cuando nos chocamos no imaginaba que usted sería así.

—¡Cuando nos chocamos dice!, cuando me tiró a pesar de que yo estaba apartándome —protestó mirando por la ventanilla del coche—. Además, no entiendo porque me tratas con tanta educación, si pretendías dejarme allí tirada en la calle ¿o crees que no me di cuenta? —masculló, pensando que aquel tipo no la oiría.

—Tiene razón —dijo él agarrando su mano, lo que le hizo dar un respingo—. Fue mi culpa. Además, sí, aquella fue mi primera intención, pero volví para ayudarla, ¿no? ¿O debería decir para ayudarte?

—Dilo como quieras. Es más que obvio que siempre haces lo que quieres —le dijo mirándolo por el rabillo del ojo, intentando mantener las distancias. Pero oír aquella afirmación lo hizo sonreír, a pesar de que no podía saberlo, él asentía dando la razón a la mujer, quien sin conocerlo, lo conocía mejor que mucha de su gente más cercana.

Una vez en la sala del doctor, Diana tenía que quitarse la camisa y el pantalón para que éste pudiera examinar el golpe.

—¡Espera! —le gritó al doctor—. Corre las cortinas por favor. ¡Ay, ay, ay! —gritaba Diana viendo como el facultativo acercaba la jeringuilla a su trasero—. Despacito, ¿vale? Bueno, no, pero avísame cuando la metas. Bueno no ¿Ya está dentro? ¿Ya me has pinchado?

—Pero si aún no la he pinchado —dijo el doctor sonrojado.

—¿No? ¡Ah!, vale, vale.

El joven, que se encontraba detrás de las cortinas esperando los resultados del doctor no conseguía parar de reír.

—Muy bien, ahí vamos.

—¡Oye te estoy escuchando! ¿Cómo puedes reírte mientras estoy sufriendo? —le dijo Diana a aquel hombre que estaba llorando de la risa.

—Yo no hago eso —exclamó carraspeando, fingiendo seriedad. «Tan linda mocosa» pensaba mientras ella continuaba intentando esquivar el pinchazo del doctor moviendo el trasero de un lado a otro.

—Por favor, señorita, deje de mover el trasero que no puedo meterla.

—No me estoy moviendo.

—Por favor ¿podrías pasar y ayudarme a mantenerla quieta hasta que le ponga la inyección? —le pidió al hombre, viendo que ella no dejaba de moverse.

Él se irguió y se apresuró a acercase al doctor.

—¿Necesita ayuda? —respondió casi sin dejarlo acabar.

—Sí, por favor. Necesito que sujetes a tu chica.

Al oír aquello esbozó una sonrisa juguetona.

—Claro doctor, ahora mismo —le respondió mientras oía farfullar a Diana como si fuese una niña pequeña desde el otro lado de la cortina.

—¡No! ¡Que no! ¡No hace falta! —gritó antes de que cruzara aquella fina tela que los separaba. — ¡¡¿"*Ande va*"?!! —gritó con su deje ayamontino, al ver como sujetaba las cortinas—. De vedad. Mira, doctor, verás, yo voy a quedarme quieta, no voy a moverme —le dijo con su acento andaluz. Estaba tan nerviosa que no sabía en qué idioma hablaba.

—Dígame doctor que puedo hacer para ayudarlo —dijo colocándose al lado del doctor haciendo oídos sordos a lo que Diana trataba de decir.

—Necesito que sujetes el trasero de tu chica. Es demasiado inquieta.

—Muy bien señorita —dijo soltando la jeringuilla—. Ahora vamos a hablar con su acompañante.

—¿Por qué? —dijo ella frotándose la zona donde le había puesto la inyección mientras miraba por el rabillo del ojo a aquel hombre que le había sujetado el trasero sin titubear.

—Él es quién va cuidar que sigas mis indicaciones ¿no?

—No, no, no.

—Sí, doctor. Yo me encargaré.

—Vaya, pero si eres…

—Sí, soy yo —interrumpió al doctor.

—No me había dado cuenta. Pues debéis tomarlo con calma chicos, ¿está bien? Ella no debería hacer movimientos bruscos por ahora. Tendrás que hacerte cargo de ella. Asegúrate de que toma esto cada día y tendrás que aplicarle la crema que te dejo aquí apuntada cada noche antes de dormir,

¿entendido?

—Sí, doctor. Gracias.

—¿Por qué ha dicho eso? —le preguntó Diana.

—Él piensa que estamos saliendo. Creo que piensa que podríamos tener una noche subida de tono y por eso ha dicho que no lo hagamos.

—¿Tú conocías a ese doctor? —dijo ignorando aquellas palabras, que sin duda había dicho para molestarla.

—No. Es la primera vez que lo veo.

—¿Y por qué te conoce?

—Por el mismo motivo por el que me seguían todas aquellas cámaras.

—¿Acaso eres alguien famoso?

—Bueno —le respondió—. En realidad soy… Comenzó a decir, dispuesto a revelarle su identidad. Pero se retractó al ver como se le cerraban los ojos debido al medicamento que el doctor le había inyectado, haciéndolo incapaz de continuar y perturbar su descanso.

No sabía dónde debía llevarla. Ella estaba profundamente dormida y no quería despertarla de lo que parecía ser un sueño tan agradable que la estaba haciendo sonreír. ¿Cómo podía ser tan hermosa? «La llevaré a mi apartamento, al menos hasta que despierte. No puedo dejarla en la calle.», decidió.

Aquel hombre que desprendía sensualidad y erotismo por cada poro de su perfecta piel, la había recostado sobre las suaves sabanas de algodón de su cama, cuando escuchó el sonido de sus tripas.

Él esbozó una sonrisa y se tumbó en el sofá que había junto a la ventana a esperar a que despertara, lo que no tardó mucho tiempo en suceder, ya que se encontraba famélica.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto él, al verla abrir los ojos.

—¿Dónde estoy? —preguntó aturdida intentando mantener sus ojos abiertos.

—En mi apartamento. No sabía dónde debía llevarte.

«En mi apartamento… podría haber dicho en mi castillo» pensó. Aquel lugar, aunque era moderno y estaba decorado con un gusto exquisito, era

un apartamento enorme, o al menos para ella, que lo que conocía como apartamento eran un par de habitaciones mal distribuidas. Pero el hogar de aquel hombre era cálido, acogedor. Casi podría jurar que su decorador fue el mismo que el del hotel en el que se estaba hospedando.

—¿Otra vez me has traído aquí? Aprovechas cualquier excusa para traerme a tu casa.

—Ya lo ves. Aunque puedes marcharte si quieres.

—Creo que será lo mejor.

—¿Y no prefieres comer algo antes de marcharte? —preguntó él, que continuaba oyendo los sonidos de su estómago.

—No tengo hambre, gracias —respondió ella con las manos sobre el vientre, pero su estúpido estómago la había vuelto a traicionar.

Él se acercó a ella tanto que si no llevase aquella máscara podría sentir su aliento sobre su cara, tanto que casi podían rozar sus cuerpos.

—Entonces lo haremos así. Solo te dejaré marchar cuando hayas comido algo. Además, la cena ya está preparada.

Ella aún se encontraba algo aturdida por la medicación tan fuerte y tener aquellos ojos oscuros de mirada profunda, clavados en ella, no era de mucha ayuda.

Si la palabra erotismo tuviese un aroma, sin duda sería el olor de aquel hombre.

«Qué duro está» pensaba Diana acariciando disimuladamente sus duros músculos, mientras él la sostenía para llevarla hacia la mesa. Aquel hombre era abrumadoramente masculino.

—No es necesario que me lleves en brazos.

—¿De verdad? Pues no pareces muy incómoda. Vaya, eres una mujer peligrosa —dijo él bromeando al sentir como sus dedos dibujaban las curvas de sus músculos.

Ella abrió los ojos de par en par. Había sido pillada.

—De todas formas —insistió sin atreverse a mirarlo.

—Como quieras.

La cena se veía deliciosa, pero ella jamás había comido aquellos platos y sabía que la cocina coreana solía usar bastante picante. Solo deseaba que aquellos platos no tuviesen demasiado.

—¿Tú no comes? —preguntó Diana viendo que él tenía la cabeza apoyada en su mano y la miraba como si ella fuese un acertijo que intentaba resolver.

—No tengo hambre. ¿Te gusta?

—Sí, gracias.

—¿Has probado esto alguna vez? —dijo señalando uno de los platos, que casualmente era uno de los que no había probado nunca.

—Sí, claro.

—¿Y te gusta?

—Sí, claro.

—Vaya, aunque es bastante picante. No muchos extranjeros son capaces de comerlo.

—Ya ves —dijo ella, esperando que ese fuera el final de aquella conversación.

—Pues adelante, sírvete todo lo que te apetezca. Yo comeré después de ti —la instó al notar que le estaba mintiendo. Quizá ella no se había dado cuenta, pero no sabía mentir. Era totalmente incapaz de mirarlo a los ojos siempre que decía alguna mentira.

Diana, sin saber exactamente cuánto era «bastante picante» se metió un poco en la boca, pero… ¡joder! ¡Aquello era como meterse una antorcha encendida en la boca!

—¿Te encuentras bien? Te estás poniendo muy colorada.

—Sí —trató de responder con la voz seca. Entonces comenzó a toser. Las lágrimas brotaban sin control de sus ojos y su cuerpo comenzaba a sentirse tan caliente que solo quería quitarse todo lo que llevaba puesto y si fuese posible, también la piel.

—Bebe un poco de leche, te calmará. ¡¿Qué haces?! —preguntó al ver que se estaba abriendo los botones de la camisa.

—Me muero de calor —dijo ella, que estaba sudando y tenía las mejillas

coloradas.

«Se ve exquisita» pensó él. Aquella mujer tenía la habilidad de volverlo loco con el más sutil de los gestos.

—Pero no te quites la ropa, por favor —dijo pensando que se iba a desnudar.

—Sólo son dos botones —le dijo con una mirada inocente en su rostro.

Sólo eran dos botones, pero tenerlos abiertos dejaba a la vista la piel tersa y suave de su voluptuoso pecho.

Si seguía mirando no sabía si podría reprimir la tentación de acercarse más a ella y devorarla, así que, se mordió el labio intentando mantenerse centrado, se levantó y fue a buscar una camiseta para dársela.

Diana la cogió sin pensarlo y fue a su dormitorio para ponérsela. Lo que aquel hombre no esperaba, era verla salir de su dormitorio sólo con la camiseta.

—¿Y tus pantalones? —preguntó intentando mantener su mandíbula encajada.

—Están en tu cama —respondió enroscando los dedos entre sus rizos.

Aquella mujer lo estaba volviendo loco, haciendo que su mente volara de un pensamiento a otro y ninguno de ellos eran pensamientos limpios. Su voz, su sonrisa, su mirada, su cuerpo, su carácter. Cada minuto descubría algo de ella que se le clavaba en lo más profundo de su ser.

—¿Qué tengo? ¿Pasa algo? —preguntó Diana, que se había dado cuenta que aquel hombre se había quedado embobado mirándola—. Creo que debería volver al hotel.

—¿Te estás quedando en un hotel? ¿Aquí? ¿Está cerca?

—Sí, sí y sí.

—¿En qué hotel estás? —preguntó muy interesado.

—En el que tienes aquí al lado.

—Pues sí te tengo cerca.

—Sí.

—Dame un segundo, cojo una sudadera y te llevo.

—No te molestes, en serio. Sólo tengo que salir y estaré en el hotel. Tardaré menos en llegar al hotel que tú en ponerte la sudadera.

—No es ninguna molestia. Deja que vaya contigo, al menos hasta la puerta del hotel.

—Está bien, si insistes.

Al final, salieron juntos de su apartamento. Ella vistiendo su camiseta y sus vaqueros y él, llevaba aquella sudadera en la que Diana había secado sus lágrimas. Entraron al hotel, que para su sorpresa estaba casi al lado del apartamento de aquel extraño que la acompañó hasta el ascensor. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Diana salió, se giró, y mirándolo con dulzura, le dio las gracias.

En aquel momento un escalofrío recorrió su cuerpo y se sintió tentado de quitarse la máscara, acercarse a ella y besarla, pero aquello solo podía suceder en sus fantasías. Esas fantasías que se habían apoderado de él en más de una ocasión. Aquella mujer era pura seducción.

Cuando abrió los ojos vio que ella seguía allí parada frente a él, observándolo intrigada.

—Ha sido un placer *aegi* —dijo lanzándole una mirada intensa y seductora.

Diana le hizo una reverencia, corta, elegante y como todo lo que hacía, llena de gracia. Pero mientras él se negaba a permitir que las puertas del ascensor se cerrasen hasta que ella entrase en su habitación, Diana caminaba algo rezagada, distraída, algo en aquel hombre la hacía estremecer, pero no conseguía comprender nada y el hecho de que la llamase *aegi* no la ayudaba a aclarar aquella situación en la que, sin saber de qué manera, se había metido.

Antes de entrar en su habitación, se volvió, miró hacia el ascensor y comprobó que aquel “maravilloso extraño” aún continuaba allí, sujetando la puerta, impidiendo que se cerrase y asomado, mirándola. No sabría cómo describir su expresión ya que apenas podía ver sus ojos, aquellos ojos llenos de tristeza, de dulzura, de carisma. Aquellos ojos que había visto en sus sueños mientras intentaba escudriñar bajo la máscara, poniéndole miles de rostros diferentes.

A la mañana siguiente Diana bajó a desayunar, pero por algún motivo las personas que se encontraban allí no apartaban la vista de ella. Se levantó y se dirigió hacia la recepción para coger un mapa y algunos de los folletos del mostrador sobre la ciudad de Seúl, lugares de interés, platos

típicos, rincones pocos conocidos por los turistas, pero que en aquel hotel, por algún motivo, habían decidido mostrar. Otro de los folletos enseñaba una ruta para ver las casas de algunos famosos, incluida la casa del dueño del hotel, aunque ese decidió dejarlo sobre el mostrador de la recepción, ya que ver famosos no era ninguna prioridad para ella. Entonces la recepcionista la miró con expresión de animal hambriento y le preguntó si realmente era la novia de aquel artista que estaba en las revistas.

Diana se quedó helada, pero su respuesta fue muy clara y concisa.

—No conozco a ninguna persona famosa con la que pueda salir en alguna revista. ¡No sé quién es esa persona! No es ningún famoso, sólo es un tipo normal.

La joven parecía reacia a aceptar el hecho de que aquel hombre estuviese saliendo con una mujer, era su artista favorito y no quería que ninguna mujer se acercase a él, a no ser que fuese ella misma. Pero la respuesta de Diana la hizo dudar.

—Entonces ¿ese hombre que sale en las fotos no es él?

—Me temo que no. Debieron confundirse.

—Pero esa mujer sí eres tú ¿cierto? —insistía la recepcionista.

—Sí, supongo que sacaron esas fotos anoche cuando volvía del hospital.

—¿Entonces esa persona es un amigo?

—Algo así.

Algo le parecía extraño a la chica, hasta que cayó en la cuenta de que quizás ella no supiera quién era aquel hombre en realidad y por supuesto ella no iba a decírselo. Era mejor que continuara ignorando que aquella persona normal, que ella decía, era exactamente el artista del que se hablaba en las revistas. No había ningún error.

—Entonces no debería hacer caso de lo que esas personas digan.

—Ya, supongo. Bueno, buenos días —dijo Diana antes de marcharse lentamente de la recepción viendo por el rabillo del ojo como la miraban y murmuraban.

Aquel día prometía ser interesante. Parecía que todos en aquella ciudad habían leído la revista en la que aparecía junto a ese hombre. Por suerte no volvería a verlo y no tendría que volver a dar explicaciones, para evitar que alguna chica la mordiese. Aunque había algo que la estaba volviendo loca, o ¿es que ya lo estaba? ¿Por qué veía a aquel hombre por todos

lados? ¿Estaba obsesionada con él? ¿Acaso se había enamorado? No podía ser, no lo conocía de nada, no podía ser amor, pero ¿obsesión? «No, no» pensó sacudiendo la cabeza. «Será mejor que regrese al hotel» se dijo a si misma mirando su reloj, que marcaba las diez de la noche. El día había pasado volando.

«Qué bien me ha sentado esa ducha, lo necesitaba» Diana se tapó con la toalla al oír que alguien estaba golpeando la puerta y fue a abrir.

—No he pedido nada —dijo Diana, acercándose a la puerta. Pero se quedó helada al abrir y comprobar que no era alguien del servicio como ella pensaba, sino aquel tipo que parecía más obsesionado con su bienestar que ella misma.

—Hola *aegi* —dijo aquel hombre, con una picara mirada que se dejaba entrever bajo la visera de su gorra—. ¿Te encuentras mejor?

VIII

Él la miró esperando una respuesta a su pregunta, sin decir una sola palabra.

—Sí —respondió después de tenerlo en vilo durante unos segundos—. Me encuentro mejor. Pero ¿Qué haces aquí?

—¿Te has aplicado la crema?

—No.

—Entonces he venido para asegurarme de que sigues las instrucciones del doctor —dijo abriéndose paso hacia el interior de la habitación.

—¿Has venido a ver cómo me echo la crema?

—No exactamente. He venido a aplicártela.

—¿Qué? ¡Ni hablar! —gritó ruborizada ante la idea de volver a tener a aquel ardiente y misterioso hombre cerca.

—Duele, por eso no pensabas hacerlo, ¿cierto?

Diana no podía entender como aquel hombre podía conocerla mejor que ella misma. Pero no respondió. Ella simplemente miró hacia otro lado, por no darle la razón.

—Permíteme que haga esto por ti.

Ella lo miró directamente a los ojos, pues siempre había oído decir que los ojos son el espejo del alma. Pero al chocar sus miradas, ambos sintieron como una corriente de electricidad recorrió sus cuerpos y no hizo falta decir nada más. El cogió la crema y se acercó a ella.

—Permíteme —dijo apartando su cabello mojado.

—¡Espera! pero mírame a los ojos mientras la aplicas.

—Intentaré mirarte a los ojos, pero necesito ver lo que escondes bajo la toalla —esbozó una pícara sonrisa.

Diana lo miró de reojo.

—¿Debería quitarme la toalla? ¡No! quiero decir que, debería ponerme algo de ropa. Sí, eso es, voy a ir a ponerme algo—. Ella divagó mientras caminaba hacia el baño para ponerse algo de ropa.

—¿Estás bien? —preguntó mordiéndose el labio intentando controlar el deseo de arrancarle la toalla y jugar descubriendo cada curva de su perfecto, voluptuoso y apetitoso cuerpo.

—Ahora vengo —dijo saliendo disparada para el baño. Iba tan deprisa que se resbaló con el agua que caía de su pelo y tuvo que agarrarse al quicio de la puerta sin darse cuenta de había dejado la toalla en el suelo.

Ella se moría de la vergüenza sentada en el suelo del baño, deseando que se la tragara la tierra, «que bien se lo pasa este» pensaba, pues podía oír la risa de aquel tipo desde el otro lado de la puerta.

—¡Que divertida eres! —dijo él, partiéndose de la risa.

—¡Deja de reírte ya! ¿No?

—Sí, sí, perdona, vamos sal, no me reiré. Lo prometo —dijo fingiendo toser e intentando controlar la risa. Pero esta se detuvo en seco al verla salir. Se había puesto una camiseta blanca y unos shorts deportivos, pero aún tenía el pelo mojado y el agua continuaba acariciando su cuello, su escote, sus brazos y recorría todo su cuerpo. La camisa estaba mojada dejando entrever lo que era su ropa interior de encaje. Su corazón palpitaba a mil por segundo, sus manos querían acariciar la suave, pálida y delicada piel de Diana. Sus labios le pedían rozar y saborear los deliciosos labios de aquella mujer, su cuerpo le gritaba acercarse a ella y fundirse con su perfecto y sensual cuerpo que se movía elegantemente y con una gracia que jamás había apreciado en ninguna otra mujer. Ella era elegante, provocadora. Ella era la seducción hecha carne y con nombre de mujer. Sus curvas lo tenían hipnotizado. Le estaban provocando taquicardias y su forma tan inocente de mirarlo… Aquella mujer era un

encanto y era pura sensualidad, una tentación, un pecado que quería cometer.

—¿Estás bien? —preguntó ella observando inocentemente la expresión de sus ojos.

—Sí —respondió con un breve gesto—. ¿Estás lista?

—Sí, aunque sigo pensando que no era necesario que vinieses para esto.

Aquel hombre bajó despacio su pantalón y levantó la camisa, que estaba pegada a su piel húmeda.

Mientras lo hacía Diana podía sentir el calor de las manos de aquel tipo, que la estaba haciendo sentir extraña. ¿Podría ser que le gustara el tacto de su piel? Aquellas manos desprendían una calidez que la estaban haciendo sentir cosas que jamás había sentido y él lo notó, pues se erizó la piel de todo su cuerpo nada más comenzar a aplicar la crema.

—Está bien, ya es suficiente, gracias, hum, tú, desconocido, que me está tocando el culo.

—Créeme, así es mejor para ti.

—Ya —respondió con ironía, mirándolo y esperando que decidiera marcharse.

—¿No me invitas a cenar? —preguntó descaradamente mientras se frotaba las manos.

—¿No has cenado todavía?

—A decir verdad, sí, pero si me ofreces una copa.

—No tengo alcohol.

—¡Pues vamos! Yo invito —insistió tomándola de la mano.

—No debería, mañana tengo que volar.

—¿Mañana vuelves a tu país? —le preguntó soltándola.

—Así es —afirmó Diana bajando la mirada, aceptando que el tiempo se agotaba y que pronto tendría que dejar de encontrarse con aquel hombre tan extraño, pero a la vez tan encantador.

—Y ¿Dónde vives?

—En mi casa —respondió en tono bromista esbozando una sonrisa que penetró directamente en el corazón de aquel hombre.

—No quieres decirme dónde vives.

—No, bueno. Vivo en un pueblo del sur de España, cerca de la playa. Ese es mi paraíso.

—Suena genial, debería ir allí a visitarte.

—¿Por qué razón harías eso?

—Dices que ese es tu paraíso y tú eres el mío —le dijo haciendo el coqueteo más que evidente—. Además —continuó intentado, vanamente, disimular su interés en aquella mujer—. Yo nunca he estado en el paraíso. ¿Me llevarías?

Diana lo miró admirando aquella suspicacia para hacerla responder a sus preguntas.

—Entonces deberías ir, disfrutar de sus playas, de su gente, de su clima cálido y guardar ese recuerdo para siempre, porque dudo que haya algún otro lugar que te haga sentir lo que sentirás allí.

—Y tú deberías aceptar venir a tomar una copa conmigo.

—¿Vas a dejarme ver tu cara? —le preguntó considerando su propuesta.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué? ¿Tienes alergia o alguna enfermedad?

— ¡Eso es! Si me la quito podría ser malo para ti. Acepta tomar una copa conmigo. Prometo que no volverás tarde; tendrás tiempo de descansar, incluso, si aceptas, yo te llevaré al aeropuerto.

—No es necesario que hagas eso, te lo agradezco.

—Entonces, una copa.

—Está bien, solo una.

—Hecho.

Los dos salieron del hotel y fueron caminando hacia un pequeño bar. Se

sentaron en la terraza y llamaron a la camarera.

—¿Soju? —preguntó él.

—Prefiero vino. Bueno, sí, está bien, soju.

—Dime, Diana, ¿a qué te dedicas?

—Tengo un pub. ¿Y tú?

—Bueno trabajo en lo que sale. Un poco de esto y aquello.

—Debes tener muchos pretendientes en tu ciudad, ¿verdad? —preguntó curioso.

—Alguno hay.

—¿De verdad? —preguntó él contrariado, esperando una respuesta negativa y no tener contra quién competir.

—Sí. Es el dueño del bar que está al lado del mío. Es un tipo engreído e insufrible.

—¡Ah! —él se relajó al oír aquello—. ¿No es un buen tipo?

—No sabría qué decir. Supongo que a veces sí y a veces no.

—¿Contigo es un buen tipo?

—A veces. Aunque la verdad es que preferiría tenerlo lejos.

—¿Por qué? ¿Te ha tratado mal? ¿Te ha hecho daño?

—No, es solo que, no sé, no quiero a un hombre que se pasa el día y la noche jugando con todas las mujeres que puede. Me cuesta confiar en él y creer lo que dice.

—Entiendo ¿Y qué me dices de tus amigos? ¿Tienes un grupo muy grande de amigos?

—Conozco a mucha gente, pero normalmente solo salgo con dos amigas que son como el día y la noche.

—Háblame de ellas por favor, quiero saber qué cosas haces con ellas, de que habláis.

—Una de ellas es muy tímida, pero es muy valiente y tiene un carácter muy fuerte, aunque no lo parezca. Ella trabaja conmigo. De hecho, ahora

debe estar cuidando de mi negocio ya que yo estoy aquí.

—Debe ser alguien de confianza si le dejas esa responsabilidad.

—Lo es. La verdad, es que yo no quería hacerlo, pero necesitaba alejarme de todo, por eso vine. Aunque pensaba quedarme más tiempo, creo que debería volver y ocupar mi lugar, no quiero que se sienta agobiada con todo el peso del negocio.

—Entiendo ¿Y qué me dices de tu otra amiga?

—Está como una cabra.

—¿Perdón? —preguntó él, intentado averiguar qué quería decir eso.

—Está loca. Ella es una mujer a la que le encanta la fiesta, estar rodeada de hombres, ser el centro de atención, incluso se ha propuesto encontrarme un hombre, pero ella no sabe que saboteo todas las citas a las que, prácticamente, me obliga a ir con chantaje.

—Seguro que es muy divertida —dijo riéndose.

—Lo es, aunque a veces desearía taparle la boca y dejarla unos días así, para que no me meta en más líos.

—Vaya, la botella se ha acabado ¿debería pedir otra?

—Ya nos hemos tomado dos, no debería.

—Ésta será la última, ¡vamos! disfruta de tu última noche aquí.

—Está bien, está bien —respondió Diana enroscando los dedos entre uno de sus rizos, aunque ya comenzaba a sentirse algo achispada.

—Y cuéntame ¿hay algún hombre con el que te gustaría estar?

—Bueno, hace unos meses conocí a alguien, pero se comporta de forma extraña y no consigo entenderlo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que solo puedo verlo cuando me llama con DollCall y ponemos la cámara, pero a veces no quiere ponerla. Aunque, últimamente ha debido pasarle algo terrible a su cara porque no la pone nunca. ¡Ese idiota! —exclamó en español—. Seguro que solo quiere jugar conmigo.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque si estuviese interesado en mí no parecería bipolar y me dejaría verlo ¡Ah! Pero, hum —Diana comenzó a reírse sola enroscando sus dedos en uno de sus rizos—. ¡Estúpido engreído y pervertido!

—¡¿Pervertido?! —exclamó sorprendido al oír lo que pensaba sobre aquel tipo, a quien no conocía, pero eso no le impedía sentir repugnancia y de algún modo, también celos, hacia él.

—Sí, pervertido. A veces parece un pervertido, pero eso no me preocupa.

—Pero no siempre es así ¿verdad? —preguntó mientras iba a sentarse a su lado para sujetarla y evitar que se cayera del taburete.

—¿Eh? ¿Qué haces tú aquí? —preguntó la joven frunciendo el ceño como si acabaran de encontrarse.

—Digo que no siempre es grosero, ¿no?

Diana puso la mano sobre la cara del hombre que se encontraba tan cerca de ella y le bajó la mascarilla entrecerrando los ojos, como si hacer aquello le permitiese distinguir algún rasgo de su rostro, pero se encontraba demasiado ebria como para poder distinguir algo.

—¡Ah! No, a veces es un encanto —dijo antes de caer desmayada sobre sus piernas.

«Esta mujer…» pensó sonriendo tiernamente, sintiéndose aliviado de que hubiese perdido el conocimiento antes de poder reconocerlo.

La subió a su espalda y la llevó al hotel. Allí subió al ascensor bajo la atenta mirada de la recepcionista, la dejó sobre la cama y la cubrió con la manta. Pero cuando se iba, Diana le agarró la mano haciendo que se sentara junto a ella. Entonces tiró de él y lo abrazó como si fuese un osito de peluche.

Él sabía que aquello no estaba bien y que si alguien lo descubría no podría evitar el escándalo, pero se sentía tan a gusto con ella que valía la pena cualquier cosa si podía pasar un segundo más abrazándola.

El reloj marcaba las cinco de la mañana, pero Diana se encontraba tan a gusto que, a pesar de estar escuchando la alarma de su móvil, no quería abrir los ojos. Estaba muy cómoda entre los brazos de… «¿Qué ha pasado?», pensó al abrir los ojos de sopetón al darse cuenta de que ya no estaba soñando. ¿Por qué está este hombre aquí?» Se preguntaba

mientras intentaba escabullirse de entre los brazos de aquel hombre.

—Buenos días —dijo él en un tono encantador, apretándola contra su pecho, mientras ella, asustada y aturdida, intentaba zafarse.

—¿Buenos días? ¿Por qué estás en mi cama? —preguntó cubriéndose rápidamente con la sabana.

—Tú no permitiste que me marchase —le dijo metiendo el dedo bajo la mascarilla para rascarse la barbilla.

—¿Yo? —preguntó mirándolo con escepticismo.

—Sí. Cuando me iba a marchar agarraste mi mano y me tumbaste junto a ti. Parece ser que te gusto mucho —le dijo arqueando las cejas juguetón.

«¡No vuelvo a beber!», pensó al oír lo que había hecho.

—Pero, ¿hemos…?

—¿Qué? ¿Quieres saber si hicimos el amor?

— ¡¿Lo hicimos?!

—¿Tú qué crees?

—No vuelvo a beber. Decidido.

—Entonces ¿piensas que lo hicimos? —le preguntó él con retintín, aprovechándose de su confusión.

—No lo sé, apenas puedo recordar nada de anoche. ¡Oh Dios! ¡Se me hace tarde! —gritó levantándose de golpe de la cama y corriendo hacia el baño.

Mientras ella estaba arreglándose, él continuaba tumbado en la cama observándola.

—¿Sabes que el autobús para el aeropuerto acaba de salir?

—¡¿Qué?! —salió corriendo del baño recogiéndose el pelo en un moño que dejaba más cabello suelto que atado—. ¿Te estás quedando conmigo? ¡No puede ser! —repetía una y otra vez, mientras corría de un lado a otro del dormitorio cogiendo sus cosas.

—El siguiente autobús saldrá en una hora.

—No puedo llegar tan tarde o perderé el vuelo, tendré que coger un taxi.

—¿No prefieres que te lleve yo?

—No gracias, ya has hecho mucho por mí. No quiero robar todo tu tiempo —le dijo en tono sarcástico debido al mosqueo que tenía consigo misma.

—No lo robas, yo te lo regalo.

Diana se detuvo y se quedó mirándolo.

—¿Dije algo malo?

—No, no. Pero supongo que tendrás muchas cosas que hacer.

—Nada más importante. Además, hoy te marchas y ya no volveremos a vernos, ¿verdad? Entonces permíteme —dijo agarrando su maleta cortésmente.

El aeropuerto estaba repleto de gente a pesar de ser tan temprano.

Diana fue a coger la maleta, pero aquel tipo que no se había separado de ella durante todo el viaje, había sido más rápido en cogerla.

—Vamos —dijo llevando la maleta y su bolso—. Aún nos da tiempo a desayunar, deberías tomar algo antes de coger el vuelo. Son muchas horas y pasarás hambre si no tomas nada ahora. Vamos —dijo tomando su mano.

Diana no acababa de comprender cómo aquel hombre atraía a tantas personas a su alrededor. «¿Y si es realmente él? —pensó se pronto—. ¿Y si era aquel tipo del que hablaba la chica del hotel? ¿Podría ser que alguien tan famoso estuviese con ella para esconderse de los periodistas?», pensó viendo como cada vez eran las personas que intentaban acercarse a ellos.

—Diana —dijo tirando el vaso de plástico del café.

—¿Sí?

—Me encantaría poder quitarme esto, mostrarte mi rostro y poder despedirme correctamente de ti —le dijo al darse cuenta de cómo lo estaba mirando.

— ¿Y por qué no lo haces?

—Si me cubro, ellos sólo pueden especular. Si me vieran contigo sería

incómodo para ti.

—¿No querrás decir que sería incómodo para ti?

—Yo estoy acostumbrado. Bueno, todo lo que una persona puede llegar a acostumbrarse a esto. Pero ellos podrían cambiar tu vida en un segundo.

Por alguna extraña razón Diana encontraba honestas sus palabras y a pesar de no comprender la situación, decidió no juzgarle por ello. Él debía tener sus buenas razones para hacer lo que hacía, y no había nada que reprochar, pues hasta aquel momento había sido como su caballero protector.

—Está bien. No entiendo nada, pero respeto que tengas tus motivos para ocultarte. Bueno, gracias por todo, señor —dijo despidiéndose de él para dirigirse a la puerta de embarque.

—¿Señor? Cierto, no te he dicho mi nombre. Prometo que algún día te lo diré.

—Eso quiere decir que algún día volveremos a vernos.

—¿Quién sabe lo que pasará? Podríamos volver a vernos mañana mismo.

—Supongo. Adiós —se despidió Diana girándose con un profundo suspiro.

—¡Espera! —gritó él sosteniendo su mano—. Cierra los ojos un segundo, por favor.

No soportaba la idea de verla marchar y tan siquiera haber podido despedirse como debía por culpa de las cámaras.

Diana lo miró durante unos segundos e hizo caso a su petición.

No tenía ni idea de lo que aquel hombre pretendía hacer, hasta que sintió la calidez de sus húmedos labios rozando su frente. Ella se encontraba extasiada y nerviosa, tanto que apenas conseguía respirar mientras sus labios se acercan. Pero, cuando ella pensaba que iba a besar su frente, él retrocedió, admirando aquella imagen de Diana sonrojada, estremecida por un deseo que, obviamente no podía controlar. Lo miraba a los ojos, expectante, curiosa. Con una mirada inocente pero lujuriosa a la vez y se acercó de nuevo, lentamente, mientras ella volvía a cerrar los ojos. Se bajó la mascarilla que ocultaba su rostro. Se le hacía la boca agua solo de pensar en su sabor. Entonces rozó sus jugosos labios con los de Diana haciéndola soltar un tímido gemido que provocó el más profundo deseo en Jooni.

Fue un beso corto, pero tierno, dulce, cálido y más agradable y excitante de lo que ella habría podido imaginar.

IX

Diana había pasado las casi quince horas de vuelo con los ojos cerrados intentando recrear todo lo que le había sucedido durante su viaje, escenificando cada momento como si estuviese montando una película, pero había una escena que, a pesar de intentar mantenerla a raya se apoderaba de todo su ser. El momento en el que sintió los cálidos y suaves labios de aquel hombre, a quien no había visto el rostro.

Después de tantas horas debería sentirse cansada o al menos somnolienta, pero había venido soñando durante todo el vuelo. Aunque sí que se moría por tomar algo fresco. Así que recogió su maleta y fue a la cafetería del aeropuerto para comprar un helado y se sentó en una de aquellas sillas de plástico medio quemado mientras veía las noticias en el pequeño televisor que había colgado en una de las paredes.

«Noticias de última hora. Hace un par de horas ha sido puesto en alerta este peligroso delincuente. Al parecer había sido acusado anteriormente por acoso y violación. La policía y la guardia civil lo están buscando sin descanso. Hasta que vuelva a prisión se recomienda a las mujeres que se encuentren entre este grupo de características, que podrán ver en la parte de abajo, no salir solas y evitar callejones y lugares oscuros».

«Vaya, debería haberme quedado allí», pensó al oír aquella terrible noticia. «Pero espera. ¿Ese no es Jordi?», quedó pensativa al ver la imagen del delincuente. No era una pantalla muy grande y la calidad de la imagen no era demasiado buena, pero su aspecto era bastante parecido. «¡Tengo que avisar a las chicas!». Tiró el bote de helado, cogió su maleta y salió apresuradamente del aeropuerto. No había nadie esperándola ya que nadie sabía que volvería tan pronto. Así que cogió uno de los taxis que estaban aparcados en la entrada. Les daría una sorpresa, en mayúsculas.

Al llegar a casa lo primero que hizo fue soltar sus cosas y meterse en el baño. Necesitaba una buena ducha después de tantas horas metida en aquel autobús con alas. Cuando salió envuelta en una toalla blanca, con el pelo chorreando y dejando el camino marcado con las gotas de agua que caían de él, fue directa a su bolso, sacó el móvil y llamó a Daniel.

—Hola Dani ¿Cómo estás?

—Hola ¿Dónde te encuentras? —le respondió con un evidente tono de satisfacción.

—En España.

—¿En España? —preguntó Daniel. Su llamada le había alegrado, pero el hecho de no haber podido ir a recogerla ya no le gustaba tanto. Él hubiese querido ir a recogerla al aeropuerto para evitarle el jaleo de tener que estar viajando en bus. Cosa que, el odiaba hacer.

—He vuelto antes de lo que tenía pensado. ¿Tú ya estás en Corea?

—Sigo en Ayamonte —respondió pensando que cómo iba a avisarlo si ella no sabía que él continuaba allí—. Me han hecho una oferta de trabajo y estoy pensando si aceptarla o no. ¿Quieres que te recoja en el aeropuerto?

—Qué buena noticia, espero que te quedes con nosotros. ¡Ah, gracias! pero ya estoy en casa. Espera —dijo ella poniendo el móvil contra su pecho mientras se acercaba a la ventana del salón, donde le había parecido ver a alguien.

—¿Va todo bien? —preguntó Daniel.

—Creo que hay un ladrón en la ventana de mi casa —le contestó mientras un intenso escalofrío recorría todo su cuerpo.

—Envíame tu dirección y no te muevas de ahí —dijo él colgando de inmediato el teléfono. Y antes de que Diana pudiese siquiera parpadear dos veces, él ya estaba llamando a la puerta de su casa.

— ¿Estás bien?

—Sí —respondió ella algo asustada, aunque intentando disimular el susto.

—¿Pudiste ver quién era?

—No pude verlo. Pero he visto en las noticias que se ha escapado un delincuente peligroso.

—Sí, yo también lo vi. No deberías quedarte sola en estos momentos.

—Yo estoy bien, pero tengo que contárselo a Lara y a Carmen. No sé si ellas habrán visto las noticias.

—Sí. ¿Las llamarás o habéis quedado?

—Les envié un mensaje mientras venía para vernos en el bar. Ahora está cerrado para el público, así que estaremos más tranquilos. Allí podremos

hablar sin problemas.

—Te acompaño —fue tras ella Daniel, preocupado por si aquel delincuente andaba rondando cerca de su casa.

Antes de salir, Daniel se asomó para comprobar que el delincuente no estaba cerca. Salieron de la casa y caminaron hasta la calle de al lado, donde tenían los coches aparcados.

Diana caminaba algo distraída, pero Daniel se había dado cuenta de que alguien los estaba siguiendo, aunque actuó como si nada, para no asustarla.

—¿Estás bien? —preguntó ella, al notarlo un poco nervioso, mirando hacia atrás una y otra vez.

—Sí. Estoy bien. Todo va bien. Vamos —respondió abriendo la puerta del coche para ella.

Al llegar al bar vieron que otro coche aparcaba justo detrás de ellos. Era Jordi, que parecía que los había estado siguiendo casi todo el camino.

—¿Cómo es que has venido tan rápido? —preguntó Carmen al verla llegar.

—¿Que mierda de vacaciones son esas? —preguntó Lara, que esperaba que se quedara allí al menos un par de semanas más.

—Después os cuento —dijo echando mano a su pulsera y arañando los hilos—. Ahora hay otra cosa que quería comentaros.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Carmen preocupada.

—Al llegar a España, lo vi en las noticias.

—Sí, también lo hemos visto.

—¿Os fijasteis en su cara?

—¿Piensas que es Jordi? —preguntó de nuevo Carmen.

—Espero que no sea él, pero se parecía muchísimo. No sabía si lo habíais visto y estaba preocupada. Este tío pasa más tiempo aquí que en su propio negocio.

—Tranquila nada va a pasarnos.

—¿Cómo estás tan segura? ¿Leíste “la lista de deseos” de ese tío? —preguntó a Lara.

—Porque según lo que ponía allí, el tipo podría venir a por cualquiera de nosotras y en cualquier momento. Sólo digo que tengáis cuidado, sobre todo tú, que te gusta tanto andar sola por las noches.

—Está bien, mami —dijo irónicamente—. Tendré cuidado. Y ahora cuéntanos por qué te has venido tan rápido. ¿No te ha gustado Corea? —preguntó Lara, volviendo al tema que más le interesaba.

—Claro que me ha gustado, es un sitio increíble.

—¿Entonces?

—Me sentía mal al dejar a Carmen sola con toda la responsabilidad.

—No tenías porqué sentirte mal por eso. Sabes que no me importa hacerlo —dijo la aludida.

—Entonces, ¿Fiesta de bienvenida? —propuso Lara.

Todos se echaron a reír al escuchar las ganas que tenía Lara de hacer otra fiesta.

—Me temo que esta vez no —dijo Diana—. Me vuelvo a casa. Estando en Corea tuve un pequeño accidente y me hice un moratón y aún me molesta un poco.

— ¿Tuviste un accidente? —preguntó preocupado Daniel.

—Qué encanto —susurró Lara a Carmen.

—Sí, pero no fue nada grave, solo un tropiezo —le respondió ella.

—¿Te tropezaste?

—Bueno, más bien alguien se tropezó conmigo.

— ¿Y cómo te hiciste el moratón?

—Al chocar aquella persona conmigo, me hizo caer.

—¿Y viste quién era? ¿Te ayudó? —preguntó Carmen más interesada en el grado de educación de aquella persona que en cualquier otra cosa.

—La verdad es que al principio pensé que se iría sin decir nada, pero se

dio media vuelta y volvió para ayudarme. Aunque no pude ver quién era.

—¿Cómo no lo ibas a ver? Si dices que se acercó a ti —preguntó Lara, que había comenzado a crear toda una película en su mente.

—Llevaba la cara tapada con una mascarilla, una gorra y la capucha de la sudadera. No le faltó de nada.

—Vaya, quizás era alguien importante, un cantante o un actor famoso ¡Qué bien! ¿Por qué no le pediste que enseñara su cara? —preguntó Lara emocionada y molesta ante la idea de pensar que su amiga había estado con algún chico guapo y famoso y no le había visto la cara.

—¿Qué bien? —Daniel miraba a Lara con cara de extrañeza, no conseguía comprender de qué manera había llegado a la conclusión de que aquella persona era alguien famoso.

—¡Claro! Imagínate que aquel tipo fuese alguien famoso. Porque era un hombre ¿no?

—Bueno, Sí.

—Pues si fuese un tipo famoso, podrías haber vivido una gran aventura querida mía. Salir en las revistas con él ¡y hacerte famosa!

—Que imaginación tienes *joía* —le dijo Carmen.

—No creas que es tan disparatado lo que dice —respondió Diana por lo bajini.

Las dos chicas y Daniel se quedaron mirándola sorprendidos de que reaccionara de aquella manera, ¿acaso le había pasado algo similar a la película que se estaba montando Lara?

—Cuenta, cuenta —Carmen quería saber más.

—Sinvergüenza, que te has liado con un famoso y no ibas a contárnoslo —le reprochó Lara, dando por hecho que todo lo que ella veía en su película imaginaria era cierto.

Daniel no conseguía salir de su asombro. Se quedó mirándola esperando que contase lo que le había pasado realmente.

—Pues sí que me pasó algo extraño. Y sí que salí en unas revistas, pero no sé por qué.

—¿Cómo? ¿Ves? Pero ¿Cómo que no sabes por qué? —preguntaba Lara

cada mes más excitada por saber que había sucedido.

—No sé por qué. Ese tipo que se chocó conmigo debía ser alguien conocido o algo, porque salíamos los dos en la revista. Incluso la chica de la recepción del hotel me preguntó si yo estaba saliendo con el artista que nombraban allí, pero aquello era imposible. Creo que confundieron al tipo que se topó conmigo con el famoso. Deben parecerse o algo.

Todos se quedaron estupefactos.

—Entonces ¿podremos verte en la revista si la buscamos en internet? —preguntó Lara.

—Supongo —dijo encogiéndose de hombros.

—Pues después voy a buscarla. Seguro que, sí era él y tú estabas engañada. ¡Cómo en las novelas! ¡Ahhh! ¡Qué ilusión! —gritó Lara histérica al pensar que su amiga había estado con alguien famoso y había salido con él.

—Bueno yo me marcho ya. Hoy no vendré a abrir el bar, pero si necesitas cualquier cosa llámame.

—Yo iré contigo —se ofreció Daniel, que no se fiaba ni un pelo del delincuente después de oír a Diana decir que estaba en su ventana.

Al llegar a su vecindario aparcaron en la calle donde solían dejar sus coches ya que normalmente era muy tranquila.

—No deberías quedarte sola Diana —le dijo Daniel, sosteniendo la puerta abierta para que ella saliera.

—Tranquilo ¿Qué me va a pasar? —contestó ella despreocupadamente—. Estaré bien.

—Está bien, pero llámame si notas algo extraño.

—Vale.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo —dijo ella sonriendo mientras abría la puerta de su casa. Aquel hombre la hacía sentir protegida y aquello le gustaba tanto que le daba miedo acostumbrarse.

Después de soltar el bolso, Diana se fue a la cocina para preparar la cena, pero mientras estaba sentada disfrutando de su pescado cocinado al horno, comenzó a oír unos golpes que provenían de la habitación. Se

levantó y sigilosamente se dirigió hacia su dormitorio. Pero allí no había nadie, aunque la ventana había sido abierta.

Diana salió rápidamente del dormitorio después de cerrar la ventana y llamo a Daniel.

—¿Estás bien? —respondió inmediatamente temiendo que hubiese sucedido algo.

—¿Puedes venir? —preguntó Diana con la voz apagada y asustada. Se notaba que estaba conteniendo las lágrimas.

—Estoy allí en dos segundos, no abras a nadie hasta que llegue —le dijo mientras aparcaba el coche cerca de su casa. El ver a aquel tipo siguiéndolos cuando salieron le había dado un extraño presentimiento que no le había permitido llegar a casa y en su lugar, se dirigió hacia el apartamento de Diana para comprobar que todo estaba bien. Y por desgracia, su presentimiento se había cumplido.

Al llegar Daniel agarró a Diana del brazo y la acercó hacia él para asegurarse de que estaba bien.

—Debí haberme quedado contigo. Lo siento —dijo Daniel abrazándola.

—No ha sido culpa tuya. Además, no ha pasado nada.

—Pero podría haber pasado y yo no estaba aquí para protegerte —se reprochó a sí mismo con los ojos brillantes.

Diana se apartó de él y acarició su rostro enrojecido por la rabia.

—Pero no ha pasado.

— ¿Has comprobado si te falta algo?

—No me he atrevido a volver a entrar.

—¿Quieres que miremos si está todo en orden?

Diana asintió.

—Vamos a ver.

Daniel la tomó de la mano y fue por delante hasta su dormitorio.

—¿Cómo lo ves? ¿Falta algo?

—Se ha llevado mi ropa interior —Diana quedó atónita al ver que el cajón estaba casi vacío.

—¡Jodido pervertido! ¿Se ha llevado algo más?

—Creo que no. Parece que no, solo la ropa interior.

—No te preocupes por eso, mañana iremos a comprar ropa nueva, lo importante es que no se ha llevado nada de valor para ti.

—Supongo —dijo ella asustada pensando en lo que podría estar haciendo aquel tipo con su ropa interior.

—No vas a quedarte sola.

—¿Y qué quieres que haga? No voy a dejar mi casa.

—Ven a la mía.

—Siento que ya te he causado muchos problemas.

—No supone ningún problema para mí que te quedes en mi casa. Al contrario, estoy encantado de poder cuidarte.

—No puedo.

—Entonces me quedaré contigo y no permitiré que digas «no» —dijo agarrando su mano con fuerza.

— Pero yo no tengo una cama que ofrecerte, solo la mía.

— Dormiré en el sofá, no te preocupes por eso. He dormido en sitios peores, créeme.

—No puedo permitir que duermas en el sofá, quédate en mi cama, yo dormiré en el sofá.

—Como decida mi gran diosa Diana —dijo él con una enorme y resplandeciente sonrisa.

Pero, como ella era algo despistada y solía dormir desnuda, se dispuso a entrar al dormitorio e iba quitándose la camisa por el camino, sin recordar que Daniel estaba en su dormitorio. Al entrar, él, que se encontraba sentado en la cama, se volvió hacia ella, pero al verla sin camisa se quedó boquiabierto, no podía apartar la vista de ella, que en cuanto vio a Daniel, intentó cubrirse con las manos.

Al verla cubrirse con las manos, agarró su camiseta y se la lanzó.

—Gracias —dijo ella completamente avergonzada.

—Tranquila. Adelante, siéntete como en casa —dijo Daniel con picardía.

Diana sonrió y entró al dormitorio.

—Lo siento, no estoy acostumbrada a tener visitas y menos en mi dormitorio. ¿Necesitas algo? —le preguntó al observar que no apartaba la vista de ella.

—Sí —dijo con aquella mirada traviesa.

—¿El qué?

—Necesito que te acerques un poco.

Ella se quedó parada mirándolo durante unos segundos, hasta que finalmente se acercó a la cama y se sentó junto a él.

—Dime —le dijo enroscando sus dedos en aquel rizo que siempre se resistía a ser atado.

—No estoy acostumbrado a dormir en casas ajenas, ¿Podrías quedarte conmigo hasta que me quede dormido? —le pidió poniendo cara de cachorrito, a lo que ella no pudo negarse. Dani le hizo hueco y Diana se tumbó junto a él. Nada más tumbarse cayó en un profundo sueño, pues llevaba días sin poder dormir, pero aquel hombre la hacía sentir segura y nada más cerrar los ojos se quedó dormida.

Se la veía tan cómoda que a Dani le daba pena despertarla, ¿y por qué tendría que hacerlo? Al fin y al cabo, estaba en su casa y en su cama. Pero aquella estaba siendo una noche algo fría y Diana había comenzado a sentir el fresco que entraba por la ventana y estaba temblando.

Daniel se levantó para cerrar la ventana, volvió a tumbarse junto a Diana y la cubrió con la manta, pero ella se acomodó junto a él, acariciando los duros y bien definidos pectorales de Daniel con sus mejillas. «Es tan inocente, tan hermosa» pensaba mientras acariciaba su cabello.

Aquella noche había dormido como hacía tiempo que no había podido hacerlo. Al despertase vio que Dani estaba a su lado y por alguna razón, aquello la hizo sentir protegida. Pero Dani no había pasado tan buena noche debido a que Diana había estado dando vueltas en la cama, lanzando sus brazos sobre él, poniéndole la pierna encima. Como hubiese

pasado la noche bailando break dance sobre la cama.

—Buenos días Dani.

—Buenos días mi diosa de la luna —dijo él con el rostro apagado y las ojeras marcadas.

—¿Qué ha pasado? ¿No has podido dormir?

—Supongo que me acostumbré a mi cama y por eso no he sido capaz de dormir bien. Esta noche la pasamos en mi casa.

—Ah, claro, puede ser ¿Qué? ¿En tu casa?

—Eso es. No voy a dejarte sola y aquí no consigo dormir. No querrás que pase todo el tiempo que tarde la policía en atrapar a ese tipo sin dormir, ¿verdad?

—Me estás haciendo chantaje, tramposo.

—Entonces vendrás a mi casa. ¿Sí?

Diana lo miró y no pudo evitar sonreír al ver cómo le ponía ojitos tiernos. Era tan encantador que no podía negarse y él lo sabía y se aprovechaba de ello.

Después de desayunar, Dani se fue a dar un baño mientras Diana recogía todo lo necesario para pasar un tiempo en su casa. Solo dejó el clavel rojo que tenía sobre su mesita de noche después de acercarse y olerlo.

Cuando salió del dormitorio para dejar el bolso sobre la mesa y revisar que lo tenía todo, vio a Daniel salir del baño hacia su dormitorio cubriéndose con una toalla de lavabo porque no había encontrado las toallas de baño.

—¿No tienes toallas de baño? —preguntó él con toda tranquilidad sin darse cuenta que Diana se había quedado boquiabierta al verlo de aquella guisa—. Diana.

—Sí, no.

—¿No tienes?

—No, sí, sí, tengo —respondió ella algo nerviosa ante aquella fabulosa visión.

—¿Eso qué significa? ¿Qué tienes, pero no me la quieres dar? —insinuó disfrutando de aquella embarazosa situación que había dejado a Diana sin

palabras.

—¡No! Espera, buscaré una, no te muevas —Dani se echó a reír mientras observaba como Diana se apresuraba para ir a buscar una toalla.

Ella entró a su dormitorio, donde él se encontraba sentado en la cama y parecía estar disfrutando como un niño pequeño.

—¡Toma! —dijo ella estirando el brazo.

—¿Por qué no miras? No me digas que te da vergüenza.

Ella no respondía, simplemente se tapó los ojos y volvió a estirar el brazo para que cogiera la toalla.

—No me da vergüenza, pero es que tú estás ahí sentado prácticamente desnudo y…

—Y te da vergüenza mirarme —le cortó él—. No importa cuánto trates de disimularlo. Puedes decirlo como quieras, pero el hecho es, que te da vergüenza estar en este dormitorio conmigo, así, desnudo, cubriéndome sólo con una pequeña toalla y tumbado en tu cama —dijo él, cada vez más a gusto con la situación.

—Pues tú no pareces tan incómodo en mi cama ¿no será que te inventaste que no podías dormir bien aquí para llevarme a tu casa?

—Y tú estás cambiando de tema.

—No, yo…

—Entonces ¿Por qué no vienes hasta aquí para darme la toalla?

—Porque, bueno, ya no la necesitas —dijo ella apretándola contra su cuerpo.

—Entonces ¿te has dado cuenta de que ya estoy casi seco? Y aún no he tocado la toalla, pero mi cuerpo sigue húmedo ¿ves que aún quedan algunas gotas de agua por aquí? —le señaló las gotas de agua que recorrían sus abdominales.

—Pues sécate —le dijo lanzándole la toalla desde la puerta.

Aquello provocó una carcajada a Daniel.

—Sólo estaba bromeando, no te enfades conmigo —dijo mientras se

cubría con la toalla y se acercaba ella.

Diana no sabía qué pensar y su mente estaba creando toda clase de situaciones mientras veía como se acercaba Daniel, que se detuvo justo delante de ella y se quedó mirándola a los ojos con una mirada tierna, pero llena de deseo. Ella estaba comenzando a ponerse muy nerviosa ¿Qué pensaba hacer? ¿Por qué se estaba acercando tanto? ¿Por qué la miraba de aquella manera? ¿Por qué podía oírse el trago de la saliva?

Entonces su móvil comenzó a sonar. Diana puso un dedo sobre los abdominales de Dani para apartarlo. Él sonrió, le encantaba verla de aquella manera. Una mujer que aparentaba ser tan fuerte y que siempre sabía qué responder, en situaciones como aquella se volvía totalmente diferente. En el fondo no era más que una mujer inocente, dulce, tierna y tímida que se sonrojaba cada vez que la provocaban y aquello le encantaba.

X

Diana cogió su móvil y respondió la llamada de Carmen que parecía muy asustada.

—¿Qué ha pasado? Cálmate por favor, cuéntame que te ha pasado.

—Anoche me atacaron.

—¿Qué? ¿Te hicieron daño? ¿Qué ocurrió? ¿Estás bien? —preguntaba Diana preocupada.

Daniel, que se estaba vistiendo la escuchó, salió rápidamente del dormitorio a pesar de que aún no se había puesto la camiseta y miró a Diana con una expresión interrogante.

—Ahora te cuento —le dijo a Daniel—. Carmen, cálmate por favor. ¿Dónde estás?

—En el bar de Jordi.

—No te muevas, voy para allá.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Daniel viéndola tan nerviosa y alterada.

—Anoche atacaron a Carmen. Voy a ir al bar de Jordi, ella está allí.

—Espera, voy a ponerme la camiseta y nos vamos juntos —le dijo caminando hacia el dormitorio para acabar de vestirse y coger las llaves

del coche.

Mientras estaban en el coche, el móvil de Diana comenzó a sonar nuevamente, esta vez era Munsu, pero ella no tenía ánimos para hablar por teléfono y le envió un mensaje: «En este momento no puedo responder a tu llamada, ha sucedido algo. Después te llamaré. Lo siento».

Daniel la miraba y por la expresión de su rostro pensó que debía ser Munsu. En el fondo ella quería responder, pero por algún motivo que desconocía no lo había hecho.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí —respondió ella metiendo el móvil en el bolso.

Pero mientras ella guardaba su teléfono, el de Dani comenzaba a sonar. Pero tampoco pudo responder, ya que estaba conduciendo y lo llevaba metido en el bolsillo de su pantalón.

Aquello hizo sospechar a Jooni, que era quien llamaba. Ninguno de los dos respondía a sus llamadas. ¿Estaría pasando algo entre ellos? ¿Acaso Daniel le había mentido al decirle que no estaba enamorado de ella? ¿O había cambiado de parecer? Miles de ideas pasaron por su mente y ninguna de ellas era agradable, pero qué podía hacer, sino esperar a que alguno de los dos le respondiese y le contara lo que estaba sucediendo. Aunque aquella situación le frustraba, se sentía impotente. No era nada agradable estar tan lejos y pensar que alguien podría hacerle daño a la persona que ocupaba cada milímetro de su mente y de su corazón.

Nada más llegar al bar, Diana se acercó a Carmen para comprobar que estaba bien y que no había sido herida.

—¿Qué pasó? —le preguntó abrazándola.

Carmen rompió a llorar entre sus brazos y apenas conseguía articular palabra.

—Tranquila, tomemos un té y calmémonos primero —propuso Daniel.

Después de tomarse el té, Carmen comenzó a contarles lo que le había sucedido.

—Anoche, después de cerrar el pub, no muy lejos de aquí, sentí que alguien me seguía y me giré para asegurarme de que no era nadie peligroso. Es una tontería, lo sé, pero sabéis esas veces en las que sentimos como si alguien nos estuviese siguiendo y después resulta que sólo es alguien que va en nuestra misma dirección. Pero resultó que sí,

que me estaban siguiendo. Y cuando me detuve, un hombre se abalanzó sobre mí e intentó forzarme sobre el capó de un coche.

—¡Cerdo, hijo de puta! —exclamó Daniel intentando contener su rabia.

—¿Y qué hiciste? ¿Alguien llamó a la policía? —preguntó Diana.

—Sí, Jordi llamó.

Diana la miró con incredulidad ya que hacía apenas unos días todos pensaban que él era el delincuente. Carmen asintió, pues podía adivinar lo que su amiga estaba pensando en aquel momento, y prosiguió con el relato de lo que había sucedido:

—Él vino corriendo, lo agarró por la camiseta y le golpeó hasta que no pudo volver a levantarse del suelo y se quedó allí sujetándolo hasta que llegó la policía. Después se quedó toda la noche conmigo. La verdad ¡menos mal que fue a ayudarme!, porque yo no hubiese podido con aquel tipo.

Diana se giró y alzó la vista hacia Jordi dándole las gracias por lo que había hecho por su amiga:

—Siento no haber estado contigo —le dijo con un sentimiento terrible de culpabilidad que se había apoderado de todo su ser.

—No hubiésemos podido hacer nada para detenerlo Diana, aquel tipo era como una especie de «hulk». De haber estado tú, simplemente hubiese tenido a dos mujeres con las que jugar, en lugar de una sola. No te preocupes, después de todo no consiguió hacerme daño —dijo ella sonriendo tratando de aguantar las lágrimas.

Entonces Jordi, que se había acercado a ellos, abrazó a Carmen con una ternura que dejó a Diana sin palabras. Y eso era algo difícil de conseguir, pues ella siempre tenía algo que decir, pero, en aquel momento, no había nada más que decir. El abrazo de aquel tipo estaba siendo todo lo que su amiga necesitaba para sentirse mejor.

Diana y Daniel se habían quedado estupefactos. Después de todo, no era él el acosador y no sólo eso, sino que también, salvó a Carmen del auténtico delincuente. Al final se había mostrado como era realmente, un hombre protector y tierno. Aquel tipo repelente y mujeriego había desaparecido, cosa que todos los presentes agradecían.

—Tengo que hacer una llamada —dijo Daniel levantándose—. Ahora vuelvo.

Diana asintió con un suave movimiento mientras agarraba la mano de su amiga, que seguía abrazada a Jordi.

—Bueno, supongo que debería irme también —dijo, viendo que su amiga se encontraba más que bien entre los brazos de Jordi—. Llámame si me necesitas, ¿vale?

—Sí. No te preocupes, yo estoy bien.

A pesar de que Dani le dijo que volvería, ella salió en su busca y lo encontró sentado en uno de los bancos que había en la plaza, que estaba en la calle de al lado. Se acercó a él y lo escuchó hablando.

—Jooni, a ella no le ha pasado nada, fue a su amiga.

— ¿Estás hablando de mí? —preguntó entrometiéndose en la conversación.

—Ah, sí. Le estaba contando a un amigo lo que ha pasado —se apresuró a responder mientras colgaba la llamada.

—¡Ah! —dijo ella, sin entender por qué debería importar a su amigo lo que a ella le sucediera.

—¿Nos vamos? —le propuso Dani.

—Sí, pero me apetece dar un paseo por el barrio antes de ir a casa.

—¿Quieres que te acompañe?

—Prefiero estar sola —respondió Diana que aún estaba tratando de asimilar todo lo que había ocurrido.

—Está bien, pero llámame si te no te sientes bien, o si me necesitas o.

—Lo haré — lo interrumpió ella, tratando de esbozar una sonrisa.

Mientras Diana se iba a pasear, Dani se fue a casa. Se tiró en el sofá y volvió a llamar a Jooni, que pensaba que estaría muy enfadado con él, no sólo por haberle colgado, sino porque aún no le había podido explicar lo que había sucedido y, estaba seguro, que estaría imaginando lo peor.

—¡Me colgaste! —dijo nada más responder a la llamada.

—Sí. Diana llegó y nos escuchó hablando. Podría haber seguido, pero te habría descubierto.

—Está bien —dijo Jooni mosqueado, aunque comprendía sus motivos—. ¿Y qué pasó entonces? ¿Por qué no cogisteis mis llamadas?

—Una amiga de Diana la llamó para decirle que habían intentado forzarla y ella no se encontraba con ánimos de hablar.

—¿Pero ella está bien?

—Sí. Un hombre que tiene un bar cerca fue a ayudarla y gracias a él ya pudieron coger al acosador que también.

—¿Qué también qué? —interrumpió a Daniel—. ¿Intentó hacerle algo a Diana?

—A ella no le hizo nada, afortunadamente, pero entró en su piso y se llevó casi toda su ropa interior.

—¿Qué? —gritó Jooni cabreado y frustrado.

—Tuve que pasar toda la noche con ella, porque estaba muy asustada, aunque no quería admitirlo.

—¿Habéis pasado la noche juntos? —preguntó él, que ya empezaba a ponerse celoso.

—Sí, en su cama —respondió Daniel al notar los celos en su voz.

—¿En su cama? ¡Oh, vaya, realmente eres…! —Tenía tanto que decir, que no conseguía acabar sus frases—. No le harías nada, ¿no? —consiguió preguntar finalmente.

—¿Por quién me has tomado? Yo nunca le haría nada que ella no quisiera.

—¿Qué significa eso? ¿Por quién te he tomado? Pues por el Casanova que siempre has sido.

—Vaya, me duele oír eso de ti —dijo Daniel disfrutando la situación e intentando llevar a Jooni al límite. Había decidido hacer que confesara la verdad.

—Yo no estoy allí, ¡así que no juegues conmigo!

—Entonces ven —lo retó Daniel—. Bueno, voy a dejarte, tengo que preparar la cena para una invitada. Colgó la llamada mientras oía a Jooni maldecir. Pero nada más hacerlo, recibió un mensaje de Jooni: «Se te va a acabar la fiesta. Estoy buscando un billete de avión para viajar a España. Pronto le contaré toda la verdad y entonces seré yo quien esté

junto a ella y quien la cuide».

Daniel no podía creer lo que estaba leyendo, por ese motivo respondió a su mensaje con otro, que lo provocaría aún más. Él sabía que en aquel momento Jooni estaría deseando poder teletransportarse para aparecer allí en dos segundos: «¿Me estás declarando la guerra entonces? ¡Pues que así sea! Esto no ha hecho más que empezar. Postdata: Déjame saber cuándo compres el billete de avión», escribía Daniel sonriendo al imaginar la expresión en el rostro de su amigo al leerlo.

Jooni se estaba poniendo rojo de rabia al leer los mensajes de Daniel, pero sus compañeros de rodaje andaban merodeando y debía contenerse. Pero lo había decidido, al llegar a su apartamento, lo primero que haría sería buscar un billete para viajar a España, o al menos aquella había sido su intención, hasta que vio acercarse a su representante con cara de pocos amigos.

—¿Te vas a casa? —preguntó el manager a pesar de que conocía la respuesta.

—Sí —respondió cortante.

—Acaban de pasarme un nuevo evento que debes añadir a tu agenda.

—¿Qué evento? ¿No podrías enviármelo después? —preguntó Jooni que no se encontraba de humor para nada en aquel momento.

—El productor quiere que grabes un mini drama con tu canción. Quiere usarla para hacer la primera parte de la publicidad. Y quiere que compartas secuencia con una mujer extranjera. De momento no ha decidido con quien. Si tienes alguna preferencia solo tienes que decírmelo. Las próximas semanas vas a estar muy ocupado, ve a casa y descansa.

Aquello había roto completamente sus planes. Ahora tendría que esperar más tiempo para poder llegar hasta Diana, pero no podía perder la guerra que acababa de comenzar con Daniel por ella.

«No podré ir a España», escribió en su móvil para enviar el mensaje a Daniel, quien al leerlo no pudo evitar partirse de la risa. Aunque, por otra parte, debía de haber pasado algo para haber decidido no coger el vuelo. «¿Qué ha pasado?», respondió él con otro mensaje. «El productor quiere que ruede un mini drama usando mi canción. Con una mujer extranjera y eso me quitará al menos un mes». Al leer aquello Dani lo llamó.

—¿Qué dices, tío?

— Pues que tendré que esperar a que acabe para poder ir. ¡Ni se te ocurra

aprovecharte de la situación para pasar más tiempo con ella!

—¿Pero tienes que grabar la publicidad de promoción para el drama en el que estás trabajando?

—Eso es —respondió cabizbajo.

—¿Y por qué quiere a una mujer extranjera?

—No lo sé, para abrirse paso en el mercado extranjero, supongo, pero no me ha dado más explicaciones. sólo me ha pedido que lo haga.

—¿Y ya sabes quién será esa mujer? —preguntó Daniel, que comenzaba a estar interesado.

—No. Al parecer soy yo quien debe encontrar a alguien.

—¡Déjamelo a mí! —le dijo Daniel, esbozando una sonrisa calculadora—. Yo conozco a una mujer preciosa y encantadora con la que, estoy seguro de que encajarás muy bien en pantalla —ya estaba maquinando un maquiavélico plan para reunirlo con Diana.

—Gracias. Cuando contactes con ella me avisas.

—Mejor aún. Yo voy a ir a Corea unos días, la llevaré conmigo. Te llamaré cuando estemos allí.

—Perfecto. Bueno, tengo que colgar —dijo mientras aparcaba el coche.

Desde el aparcamiento fue quitándose la ropa por el camino hasta llegar al dormitorio, donde se tumbó en la cama y llamó a Diana. Aún quedaba algo pendiente que tenía que averiguar.

—Hola Munsu ¿Cómo estás? —dijo Diana al responder la llamada.

—Algo cansado ¿Cómo estás tú? No puedo verte ¿Le ha pasado algo a tu cámara?

—Ah, nada ¿Entonces has tenido mucho trabajo hoy? —le preguntó intentando desviar el tema.

—Sí, hoy ha sido un día duro ¿Pero por qué no pones tu cámara? —preguntó Jooni, acostumbrado a ver su rostro siempre que hablaban.

—Hoy no me apetece ponerla. Supongo que ya estarás a punto de ir a dormir ¿verdad?

—Sí, pero quería preguntarte cómo estabas, porque Juhwan me contó lo que había pasado. Que alguien entró en tu casa y tuvo que pasar la noche contigo.

—Ah, sí. Un delincuente escapó y andaba por esta zona. Pero no me hizo nada.

—¿Entonces por qué pasó Daniel la noche en tu casa?

—Porque aquel tipo entró en mi casa. Daniel es un buen hombre. Se quedó a mi lado toda la noche para cuidar de mí. Gracias por enviarme un ángel guardián como él —dijo Diana agradecida.

—Pero soy yo quién debería protegerte —dijo entre dientes.

—¿Qué dijiste? No he podido escucharlo bien, parece que la llamada ha perdido el sonido.

—Sí, eso ha debido ser.

—Bueno, será mejor que te deje descansar. Duerme bien —se despidió Diana preguntándose como sabia él que había pasado la noche con ella.

—Ten cuidado *aegi*. Hasta mañana.

Daniel había maquinado algo que haría que su amigo pudiese estar con Diana. Pero no podía contárselo, nadie debía saberlo para que todo saliese como lo había planeado. Y lo primero era visitar a Diana, que estaba en su casa, pues había decidido cerrar el pub por unos días hasta que se calmase todo.

Cuando abrió la puerta, lo primero que vio, fue el rostro preocupado de Daniel, quien parecía traer malas noticias.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

—Tengo algo que contarte.

—Pasa, por favor, siéntate —le dijo invitándolo a sentarse en el sofá, que estaba prácticamente ocupado por peluches de todos los tamaños—. ¿Qué ha pasado?

—Tengo que viajar a Corea. Ha surgido algo y tengo que marcharme.

—¿Pero ha pasado algo? ¿No vas a volver? —preguntó desconcertada y preocupada, temiendo perder a Daniel.

—Supongo que sí volveré, pero no sé cuándo será. Hay algo importante que tengo que hacer, pero...

—¿Pero… qué? —interrumpió.

—Pero no puedo hacerlo solo, necesito ayuda y allí nadie podrá dármela —dijo Daniel con el rostro apagado.

—Yo te ayudaré. ¿Podría ayudarte yo? —le propuso Diana, que estaba demasiado agradecida con él como para no ofrecerle su ayuda en aquel momento.

—Pues no sé si podrías.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que necesitas?

—No me gustaría molestarte.

—¡Oh, vamos!, no es ninguna molestia. Sólo dime qué necesitas.

—¿Vas a ayudarme sea lo que sea?

—¡Claro! —respondió ella totalmente convencida.

—¿Tarde el tiempo que tarde?

—Claro —respondió, esta vez no tan segura.

—¡Muchas gracias! Pues mañana salimos —le dijo Daniel abrazándola.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Mañana salimos? ¿Adónde? —preguntaba Diana desconcertada.

—Mañana viajamos a Corea.

—¿Qué? —dijo totalmente anonadada. No podía creer que hubiese caído en su trampa.

—Has dicho que me ayudarías sin importar el que. ¿O me estabas mintiendo? —preguntó Daniel con aquella expresión de niño bueno que solía ponerle siempre que quería conseguir algo de ella.

—¡No! ¿Porque te mentiría? —dijo ella en voz baja—. Está bien, está bien, iré contigo —le dijo reprochándose a sí misma.

—¡Perfecto! Vamos a hacer tus maletas —le dijo Daniel, que de pronto

había cambiado la expresión de su rostro y se veía totalmente feliz.

Mientras estaban haciendo las maletas, Diana cayó en la cuenta de que no tenía billete. Necesitaba hacer la reserva.

—Dani. ¿No debería comprar el billete antes de preparar las maletas? —preguntó ella viendo el entusiasmo con el que doblaba su ropa y la metía en la maleta.

—Tu pasaje ya está reservado. Yo los tengo guardados. ¿Hay algo más que te preocupe? —alzó las cejas curioso, esperando alguna reacción por su parte.

Diana se quedó mirándolo unos segundos, intentando comprender lo que acaba de hacer. Él la había hecho caer en su trampa con aquella tierna, pero malévola mirada.

—¡Ya lo tenías todo planeado! —le dijo ella enfadada—. ¿Hay algo más que deba saber, aparte del hecho de que me has liado para hacer algo que no quieres contarme? —interrogó tratando de esconder el mosqueo.

Pero Dani no se inmutó, simplemente le dedicó una de sus sonrisas.

—Pero, ¿por qué me has mentido? —continuó esperando algún tipo de respuesta.

—No te he mentido —respondió Daniel—. Todo lo que he dicho es cierto. Tengo que viajar a Corea y necesito tu ayuda —concluyó con toda tranquilidad mientras seguía metiendo la ropa de Diana en la maleta.

—Pero ya tenías comprado mi billete —insistía.

—Sí —respondió sin borrar aquella pícara sonrisa de satisfacción que se había dibujado en su rostro.

—¿Sí? ¿Y no piensas contarme por qué?

—No —contestó él, sin dar más explicaciones.

Diana lo miró como exigiendo más información.

—Está bien, cuando lleguemos allí, lo sabrás todo.

Diana no podía creer el talento que tenía aquel hombre para salirse con la suya. Entonces cayó en la cuenta de que había pasado por alto un detalle importante.

—¡El pub! —gritó ella, dejando salir su voz desde algún lugar escondido entre el montón de peluches que tenía sobre el sofá—. Necesito saber cuánto tiempo exactamente vamos a estar allí. No puedo tenerlo cerrado más de una semana. Eso podría causarme muchas pérdidas.

—Puedo escucharte, pero no verte, ¿dónde te has escondido? —preguntó él alzando la vista intentando averiguar de dónde procedía aquella voz.

—¡No estoy escondida! —dijo apartando bruscamente uno de los enormes peluches que la ocultaban de la vista de Daniel.

—¡Ah!, que estabas ahí. Si querías jugar, sólo tenías que decírmelo —añadió de forma burlona.

Diana agarró uno de los peluches y se lo lanzó como respuesta, pero Daniel lo atrapó al vuelo y lo abrazó llamándolo Diana.

—Este pequeño vendrá con nosotros.

—Entonces que sea él quien viaje contigo, yo me quedaré aquí y trabajaré.

—Pues lo siento, pero no hay billete para él —dijo lanzando el peluche al suelo—. Además, ya lo tengo todo resuelto.

—¿Qué quiere decir que lo tienes todo resuelto? —preguntó desconfiada.

—Pues que está todo resuelto. Ayer hablé con Carmen y ella se hará cargo de todo hasta que volvamos.

Ella lo miró atónita. Continuaba sin dar crédito a todo lo que había tramado aquel hombre a sus espaldas.

Terminaron de hacer las maletas y las llevaron al coche de Daniel, que estaba aparcado en la puerta de su casa y en el cual ya se encontraban las suyas.

—¿Pero vamos a salir ya? —preguntó ella al ver que las maletas de Daniel ya estaban en el maletero.

—Tenemos que salir de madrugada.

—¿Y por qué has metido las maletas ya?

Daniel la miró y dibujó en su rostro una sonrisa malévola que dejaban bastante claras sus intenciones. No hizo falta nada más para que Diana

comprendiese sus planes.

—Piensas pasar la noche aquí, ¿verdad? —le preguntó mientras volvían de nuevo a casa.

—Sólo si tú me lo permites —le respondió volviendo a usar aquel sucio truco de los ojitos tiernos.

Diana suspiró, no había remedio con él. ¿Por qué diablos tenía que ser tan encantador? Ese sex-appeal le hacía actuar de manera muy distinta a como ella solía actuar con los hombres.

—¡Pero tú dormirás en el sofá! —dijo ella, intentando vengarse de alguna manera.

—Vaya, ¿ahora sí puedes dejar que duerma en el sofá?

—Claro. Porque, verás, aunque no te lo parezca, soy muy buena amiga y no quiero que pases una mala noche durmiendo en mi cama —dijo con recochineo e imitando la pícara sonrisa que él usaba con ella.

Daniel agarró uno de los peluches del sofá.

—¿Quieres que duerma con ellos? —le preguntó abrazándolos.

Aquel hombre era increíblemente lindo y encantador, pero no podía permitir que se saliese con la suya de nuevo. Tenía que mantenerse fuerte y no ceder ante aquella tierna sonrisa y aquella mirada, que la hacía recordar al puñetero gato con botas de *Shrek*.

—Piénsalo, así no te sentirás solo. «Bien Diana», pensó, «lo estás haciendo bien».

—¿Al menos te quedarás conmigo hasta que consiga dormir? —insistió, advirtiendo que ella estaba haciendo un gran esfuerzo para contenerse. Empezaba a conocerla lo suficiente como para conocer el significado de aquella expresión en su rostro sonrojado.

—¿Piensas que voy a volver a caer? No. Tú dormirás con los peluches.

—Está bien, como quieras —dijo bajando la mirada, haciendo pucheros, sabiendo que esta vez había perdido la batalla—. ¿Al menos me dejarás una sábana para taparme?

Diana se quedó parada ante él contemplando aquella escena, donde como niño pequeño, abrazaba a uno de los peluches.

—Sí, te dejaré una sábana y lo que necesites. No es necesario que pongas esa cara. Mi sofá no es tan incómodo, ya verás —dijo ella mientras empezaba a arrepentirse y a sentirse culpable por dejarlo dormir en su pequeño sofá, en el cual, iba a tener que dormir con las piernas fuera porque no cabía.

Era una de esas noches en las que, por más que lo intentara, no conseguía pegar ojo. No hacía más que dar vueltas pensando en el millón de posibilidades que le esperaban esta vez en aquel maravilloso lugar. Aunque, algo la hacía sentir inquieta, tanto que, cuando comenzó a cerrar los ojos, más por aburrimiento que por sueño, ya se percibían los primeros rayos de luz a través de las persianas, lo cual no podía significar más que Daniel estaría a tan sólo unos minutos de golpear la puerta para asegurarse de que no se había quedado dormida. Era tan previsible… aunque, por otro lado ¿Cómo podía conocerla tan bien?

—Diana —dijo golpeando con sutileza la puerta.

—No estoy —respondió ella desde la cama, con los ojos pegados, el cabello alborotado y ese rizo rebelde cayendo sobre su cara.

Daniel soltó una risotada al oír su respuesta. Su ingenio nunca dejaba de sorprenderlo.

—Está bien, entonces no me quedará más remedio que entrar a por ti. Hum, y si no recuerdo mal, tu sueles dormir…

—¡Ya estoy! ¡Ya estoy! —se apresuró a decir cubriéndose con la sábana, por si le daba por cumplir con lo que decía.

—¿Estás segura? —preguntó con una picara sonrisa imaginando que estaría haciendo Diana al otro de la puerta.

—¡Sí! ¡Ya estoy lista! ¡Ya estoy lista! —le repetía haciéndolo reír mientras oía golpes, lo que lo hacía pensar que estaría vistiéndose a toda prisa chocándose con todos los muebles a los que se acercaba—. ¿Estás bien?

—¡Auch!

—¿Mm?

—¡Sí! ¡Sí!

—¿Ah!, bien, entonces…

—Ya estoy ¿Nos vamos? —lo interrumpió abriendo la puerta. Ya se había vestido, pero aún tenía el cabello alborotado, con sus rizos cayendo en cascada sobre su cara, a pesar de que ella intentaba mantener aquel

mechón de cabello alejado resoplando.

Daniel se quedó pasmado al verla de aquella guisa, no estaba claro si le provocaba reír o abrazarla.

Durante el trayecto hacia el aeropuerto, Diana había estado intentando arreglar su cabello, que aquel día estaba más rebelde que de costumbre.

Tras pasar las largas colas de inspección, llegaron a la puerta de embarque. No había mucha gente para aquel vuelo, por lo que Daniel avisó a Diana que sería un viaje tranquilo. Sin embargo, una vez que el avión había alcanzado la altura necesaria de seguridad para volver a quitarse los cinturones, una de las azafatas del avión se acercó a ellos para preguntarles si deseaban tomar algo. Ellos no quisieron tomar nada, pero el otro joven que estaba sentado junto al pasillo, al lado de Diana le pidió un café.

Aquel tipo que no había hecho otra cosa más que lanzar miraditas a Diana cogió su vasito de leche caliente dispuesto a quitarle la tapa. De repente Diana soltó un profundo gemido al sentir como la leche que aquel tipo le había derramado en las piernas le estaba abrasando la piel.

—Lo siento señorita —dijo el tipo que se mostraba más complacido que arrepentido—. Permítame por favor —le dijo secando sus piernas con su pañuelo de algodón.

—No es necesario. No pasa nada.

Daniel había estado observando a aquel tipo desde que se sentaron y casi podía leerle la mente. No se mostraba arrepentido por haber derramado la leche hirviendo sobre sus piernas porque lo había hecho a propósito. Se le notaba que sólo quería acariciar la delicada piel de Diana y no lo iba a permitir.

—¡Ya vale! —le dijo Daniel a aquel tipo, quitándole el pañuelo de la mano—. Yo la ayudaré, no es necesario que te molestes. Tú, tomate tú café —le dijo lanzándole una mirada furiosa, que bien podría haberlo fulminado en aquel mismo instante. Y pareció ser que aquel despreciable pervertido percibió la ira tras su mirada, pues no se atrevió a responderle, simplemente inclinó su asiento y llamó a la azafata para pedirle otro vasito de leche.

—¿Estás bien? —le preguntó a Diana mientras pasaba con delicadeza el pañuelo por sus muslos enrojecidos por el calor y poniendo sus manos sobre ella.

—Sí, gracias —le dijo soltando un suspiro de alivio al sentir sus manos

frías—. ¿Cómo puedes tener las manos así?

—Para ocasiones como estas —dijo dibujando una sutil sonrisa en su rostro, que se negaba a mostrar lo que él pretendía fingir.

—Gracias —le dijo, esta vez, poniendo sus cálidas manos sobre su rostro para poder mirarlo a los ojos.

El enfado no se la había pasado, pero sin duda ella sabía cómo calmarlo.

Después de un tedioso e inestable vuelo de casi quince horas, habían llegado a Corea y Daniel podía sentir la calidez de las sábanas del hotel acariciando su piel mientras descansaba. Se encontraba fatigado y somnoliento, pero no conseguía pegar ojo al recrear aquel instante, durante el vuelo, en el que Diana había caído dormida sobre su hombro. Era una imagen tan dulce que quería guardarla y mantenerla a salvo en su mente. Algo le decía que ella no sería suya, pero al menos conservaría un espacio especial, sólo para ella, en su mente y en su corazón. Aquel pensamiento le permitía cerrar los ojos, aunque no dormir. Pero aquello no era lo único que le estaba quitando el sueño.

Diana, que no estaba acostumbrada al horario coreano, se había pasado casi todo el vuelo durmiendo y ahora era como una muñeca dopada. No hacía más que andar de un lado para otro, sentándose en el sofá, poniendo la tele, apagándola, levantándose de nuevo, paseando, cantando mientras bebía agua y hacía gorgoritos.

«¿Qué le pasará que está tan nerviosa?» pensaba Daniel, que podía oírla cantar desde su dormitorio. Como no conseguía dormir, y escucharla no estaba siendo de mucha ayuda, decidió levantarse y ver qué la tenía tan inquieta. Pero al salir del dormitorio la vio tumbada en el sofá, mirando al techo y cantando una preciosa canción. Jamás hubiera pensado que aquella mujer pudiese cantar de aquella forma tan dulce y sensual, tan tierna y transmitiendo todo lo que la canción le hacía sentir. Daniel se acercó a ella y vio que una lágrima brotaba de sus ojos oscuros. Se sentó en la mesita que estaba junto al sofá y se quedó observándola hasta que acabó la canción. Entonces ella, que no se había percatado de su presencia, se giró y vio cómo la miraba atento, con una tierna expresión en su rostro.

—¿Te he despertado? —preguntó Diana disculpándose.

—No. Te escuché cantar y salí para admirarte mejor. ¿No puedes dormir?

—Creo que esta noche me resultará imposible pegar ojo —respondió soltando un profundo suspiro.

—¿Por qué crees eso? ¿No te sientes bien? —preguntó él preocupado.

—Me siento bien, creo, supongo —respondió intentando darle un toque de humor al ver la expresión preocupada de Daniel.

—¿Entonces? ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Creo que sólo estoy nerviosa. ¿Sabes esa sensación que tienes cuando tu cuerpo sabe que algo va a suceder antes de que tú sepas incluso de qué se trata?

Daniel cambió la expresión de preocupación y se quedó mirándola con el ceño fruncido, totalmente confundido. No tenía ni idea de lo que estaba hablando:

—Lo siento, pero creo que no conozco esa sensación.

—Quizás forma parte de ese sexto sentido que sólo las mujeres tenemos —le dijo sonriendo—. No te preocupes, estoy bien. Sólo necesito relajarme y descansar y todo estará bien —le dijo con un suave tono de voz mientras se tumbaba en el sofá.

—Entonces me quedaré a tu lado hasta que te quedes dormida —le aclaró sentándose junto a ella que lo miraba con admiración, esbozando una tierna y tímida sonrisa—. Ven, apóyate en mí —dijo acariciando su pelo y acercándola a su hombro—. Me siento tan bien cuando te apoyas en mí —dijo casi susurrando.

Pero Diana levantó la cabeza del hombro de Daniel, frotó su nariz contra su cálido pecho y se tumbó finalmente, apoyando su cabeza sobre las piernas de aquel tierno y protector hombre que acariciaba su cabello con la delicadeza de una gota de rocío y no tardó en quedarse dormida.

A pesar de ser tan temprano, el tiempo estaba bastante caluroso. Diana se había puesto demasiada ropa para ir al rodaje. Estando allí, se sacó la chaqueta y la dejó sobre una de las sillas que estaban colocadas estratégicamente con el nombre de personas, mientras algunos de ellos la observaban pasmados. «¿Por qué me miraran así?» pensaba ella, mientras caminaba junto a Daniel.

—Por ahí viene —dijo viendo como su amigo se acercaba desde el otro lado de la piscina.

—¿Quién viene? —preguntó Diana pasando los dedos por su pulsera. Aún no sabía por qué motivo estaba allí.

—Él es el motivo por el que te necesitaba aquí —respondió seriamente sin

apartar la mirada de su amigo.

Aquel tipo se plantó justo delante de ellos. Se acercó a Daniel y chocaron sus hombros como saludo. Entonces Daniel tomó de la mano a Diana.

—Este es mi ami…

—Llámame Jooni —dijo, sin dejarlo acabar.

XI

Diana se quedó mirándolo como si le resultase conocido, como si se hubiesen visto antes.

—Sí, es él —dijo Daniel, observando su expresión al mirarlo, como si estuviese intentando encontrar algo en sus ojos.

Éste se echó a reír, pues sabía exactamente qué era lo que Diana pretendía descubrir mirándolo de aquella manera tan intensa.

—¿Sigues aplicándote la crema que dijo el doctor? —preguntó a Diana en tono burlón. Con aquello consiguió que Diana abriese los ojos de par en par y se apartase de él.

—¡Sabía que te había visto en algún sitio!

—¿Os conocéis? —preguntó Daniel algo desconcertado.

—No —respondió Diana.

—Sí —le contradijo rápidamente su amigo—. Tuvimos un encuentro…interesante —dijo mientras se dibujaba una sonrisa en su rostro al traer de nuevo a su mente aquellos momentos que pasaron juntos. Ella había conseguido hacerle reír y sentir la calidez que sólo una persona con la inocencia de un niño podría transmitir.

—¡Hey! —dijo Daniel sacudiéndolo para hacerlo salir de su trance.

—Empecemos, ahora que estamos todos. ¿Estás preparada *aegi*?

Diana entrecerró los ojos. Había algo en aquel hombre que continuaba haciéndola sentir extraña. Si bien, la primera vez que se vieron no fue de una forma agradable que digamos, pero en aquel corto periodo de tiempo consiguió conocer el fondo de aquel tipo. Pero ahora que conocía su verdadera identidad, parecía alguien distinto, no sólo por el hecho de que podía ver su rostro, sino por su personalidad distante y fría, a pesar de su

educación y su cortesía hacia todos sus compañeros.

—Chicos, yo me voy primero —dijo Daniel—. No puedo llegar tarde a mi primer día de trabajo. Nos vemos después. Cuídala —señaló a su amigo enfatizando esta palabra.

El director se había acercado a ellos para explicarles cómo debían ponerse, donde, etc. Diana lo estaba escuchando con atención, pero seguía sin entender qué hacía ella allí.

—Oye Jooni, ¿qué tengo que hacer yo? —quiso saber.

—Tú vas a grabar un video conmigo. ¡Vamos! —dijo sosteniendo su mano mientras caminaban sobre un estrecho puente de tablas que habían colocado sobre la piscina.

—Pero yo no soy actriz, ni cantante —se quejaba apretando su mano temerosa de caer a la piscina, que parecía muy profunda.

—Eres la persona perfecta —dijo él seriamente, mirándola a los ojos.

Una vez situados, el director dio la señal de comienzo. La música comenzó a sonar, un grupo de personas colocadas por los alrededores de la piscina sostenían una especie de placas y objetos. Y entonces ella decidió centrarse en lo que el director le había dicho que debía hacer. Si tenía que permanecer cerca de aquel hombre y mirarlo, pues eso sería lo que haría.

Después de escoger algunas de las mejores tomas, les dieron un descanso.

No habían grabado muchas escenas, pero el día ya casi se había ido. Diana comenzaba a sentirse somnolienta, después de pasar tantas horas sin dormir. Pero el rodaje aún no había acabado y tenían que volver a la piscina a grabar la escena del beso.

Volvieron al lugar donde grabaron la primera escena. Jooni la agarró fuertemente por la cintura y la apretó contra su cuerpo. Diana alzó la vista y le sostuvo la mirada durante unos segundos, mientras él se acercaba a sus labios muy lentamente. Ambos podían sentir como sus cuerpos reaccionaban al roce del otro, a pesar de saber que estaban actuando, la atracción entre ellos era más que evidente. Nadie podía negar que hubiera química.

Cuando Jooni estaba a punto rozar sus labios, Diana dejó caer la cabeza sobre su hombro. Finalmente, el sueño había podido con ella haciéndola perder el control de su cuerpo, lo que la hizo caer al agua dejando a Jooni

atónito. Al verla caer, se lanzó sin pensarlo para sacarla de allí.

Él había imaginado que debía tener pánico o quizás que no sabía nadar, al apretar su mano mientras caminaban sobre el puente, fuera lo que fuese, no iba a permitir que le pasara nada.

La sacó en brazos y la tumbó sobre una hamaca que había junto a la piscina, pero ella no parecía reaccionar. Entonces él se acercó a su boca y le practico el RCP hasta que ella recuperó la conciencia.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupado sosteniéndola por los hombros.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella, que parecía haber acabado de despertar de un profundo sueño.

—Te caíste a la piscina ¿Cómo pudiste caerte a la piscina? —le replicó con sequedad.

—Lo siento —respondió confundida, adormilada, aún con el regusto a cloro en su boca y con la mano sobre su pulsera.

—No vuelvas a asustarme de esa manera —dijo apretándola contra su pecho.

Después de aquello, el director decidió acabar por ese día y enviarlos a descansar.

Diana iba a coger un taxi para ir al hotel, donde estaban sus cosas y las de Daniel, cuando Jooni paró su coche delante de ella. Se bajó y ambos se miraron unos instantes, antes de que Jooni la hiciese entrar para llevarla a su apartamento.

—Este es el hotel —dijo viendo que pasaba de largo.

—No voy a llevarte al hotel. Te quedarás en mi casa.

—¿Y con quién has consultado si yo quería quedarme en tu casa? —le preguntó molesta por decidir por ella.

—Conmigo, que soy el dueño. No voy a dejar que os quedéis en un hotel. En mi casa hay bastante sitio. Además, tal como estás, tú eres capaz de darte un baño y quedarte dormida en la bañera.

Diana le lanzó una mirada feroz y se acomodó en el sillón, cerrando los ojos. No quería discutir, sólo quería dormir.

Jooni conducía con un ojo puesto en ella. No entendía cómo había podido caerse a la piscina y estar tan tranquila. «Mañana haré que se olvide de

todo» se propuso, asintiendo para sí mismo, mientras salía del coche y levantaba entre sus brazos a Diana que había caído en un profundo sueño.

Al despertar, se sentía descansada y aliviada pensando que estaba en el hotel, hasta que escuchó la voz de Jooni desde el otro lado de la puerta. Parecía estar hablando por teléfono con alguien. Ella se levantó rápidamente y salió de aquel acogedor dormitorio en el que, no sabía cómo, había acabado más veces de las que le gustaría admitir.

Al verla salir, Jooni se detuvo unos instantes para admirar su belleza. A pesar de ser obvio que acababa de despertar, el rostro se le veía luminoso, sus ojos brillantes y vivos y sus labios lucían rojos, húmedos y jugosos.

—¿Qué? —preguntó Diana sintiendo como estuviese intentando penetrar en ella con la mirada.

—Estás preciosa con el pelo alborotado —respondió mirándola de manera sensual, como si ella fuese la cosa más preciosa que hubiese visto jamás.

Diana se ruborizó y volvió al dormitorio, cerró la puerta y se tumbó en la cama con las manos sobre su pecho sintiendo cómo su corazón palpitaba tan deprisa que parecía querer escapar de su pecho. No comprendía qué estaba sucediendo, por qué se sentía así, apenas habían cruzado dos palabras, pero su corazón latía apresuradamente.

—*Aegiya* ¿No vas a salir a desayunar?

—No, gracias —respondió sintiendo como su corazón aún latía a mil. Pero ¿Por qué la llamaba *aegiya*?

— ¿No vas a desayunar? —insistió.

—No —«Por favor aléjate» deseaba Diana, que no conseguía calmar sus nervios.

—¿Estás bien? —continuaba preguntándole.

—Perfectamente —respondió, aunque no sonaba muy convincente. Sus piernas temblaban por lo que estaba pasando.

—Entonces ven a desayunar conmigo, no seas tímida. Tienes que coger fuerzas, estos días serán duros.

Diana lo pensó un instante, se puso en pie, dio unos saltitos para intentar calmarse mientras sacudía los brazos y las piernas, hizo algunos estiramientos y cuando se sintió preparada abrió la puerta y salió evitando

el contacto visual con Jooni sentándose a desayunar sin decir una palabra. A pesar de haber estado evitándolo, él no parecía querer poner de su parte para mantener aquel incómodo, aunque, por otra parte, divertido silencio durante mucho más tiempo. Podía adivinar cuál era la causa de que Diana no abriese la boca y aquello la hacía ver de lo más linda y encantadora. Pero aún debían pasar mucho tiempo juntos y en algún momento tendría que decir algo.

Al subir al coche, Jooni se acercó para abrirle la puerta:

—¿Vamos? —le propuso esbozando una picara sonrisa.

Ella dio un paso atrás, sintiendo como el calor subía por su cuerpo. Casi podía notar como sus mejillas se habían puesto rojas. Había algo magnético en aquella arrolladora masculinidad que la hacía sentir extraña, pero no extraña en el mal sentido de la palabra, sino extraña como si necesitase tenerlo cerca, como si necesitase su mirada, su sonrisa. Todo ello la hacía sentir incomoda, a veces, pues nunca había sentido algo así. Pero, ella sabía que en más de una ocasión también había sentido algo parecido por Munsu, entonces ¿Qué diablos estaba pasando?

—¿Estás bien? —preguntó Jooni al notarla algo distraída.

—Sí —respondió con un breve gesto, mientras entraba al coche con los dedos enroscados en aquel perfecto rizo.

De nuevo llegaron al lugar de las grabaciones, Jooni conducía sin pronunciar palabra, simplemente lanzaba alguna que otra mirada de reojo a Diana que parecía sumida en otro mundo.

Pese a aquel tiempo de silencio tan “revelador” que habían tenido, al llegar al lugar en el que grabarían la siguiente, todos los recibieron entre sonrisas y reverencias. Aunque y a pesar de su recibimiento, había algo que había quedado pendiente debido al desmayo de Diana, por lo que tendría que volver a grabar de nuevo aquella escena.

Jooni había estado gastando bromas a Diana durante toda la grabación. Se había propuesto hacer que se sintiera bien, pero, más que nada, lo que quería, era verla sonreír. Adoraba su tierna, pero pícara sonrisa. Sabía que todo aquello para ella estaba siendo toda una aventura que no esperaba y, sabía que, debía sentirse extraña en aquellas situaciones que no comprendía y él quería hacerla sentir cómoda en todo momento.

Entonces, el director propuso volver a grabar la escena que no habían podido grabar el día anterior, pero lo harían en un lugar diferente. El equipo se movió hasta la playa y se prepararon para rodar aquella escena aprovechando los hermosos colores del anochecer. Los protagonistas del video caminaron hacia la orilla. Allí Jooni abrazó a Diana, que estaba

sonrojada y volvía sentir que estaba sufriendo un mini infarto. Entonces, llegó el momento en el que debían besarse, pero nadie había avisado a Diana de que sería un beso simulado. Ella veía como Jooni se aproximaba lentamente mirándola a los ojos. Ya podía sentir el calor de sus labios acercándose, su corazón estaba preparado para dejar de latir en cualquier momento, pero… ¿Qué pasaba? ¿Por qué no la besaba? ¿Tenía algo en los dientes? Diana se mordió el labio disimuladamente y se lamió intentando eliminar lo que fuera que tuviese y mantenía a Jooni incapaz de besarla. Entonces él, que había visto como se relamía los labios continúo acercándose de forma peligrosa, pero no llegó a besarla. «¿Eso era todo? No puede ser ¿Qué tipo de beso era éste?» pensaba Diana. «¿Será que le da vergüenza?». Entonces entrecerró los ojos, se empinó apoyándose sobre el duro pecho de Jooni tomando la iniciativa y lo besó.

Todos se quedaron boquiabiertos ante el desparpajo que mostraba la joven. Pero ninguno se había quedado más asombrado que Jooni, que se había quedado con los ojos abiertos como platos, mirándola sonrojado, sujetando las manos de Diana, que continuaba apoyada en él. Ella alzó la vista hasta profundizar en sus brillantes ojos oscuros. Entonces Jooni acarició su rostro, disfrutando de su suave y luminosa piel y le devolvió el beso. Fue el beso más tierno y cálido que jamás le habían dado.

Todos comenzaron a aplaudir al oír al director finalizar la escena, pero ellos estaban sumergidos en un beso tan profundo y apasionado que continuaron saboreándose mutuamente.

No fue hasta que Jooni sintió la vibración de su móvil, en el bolsillo de su pantalón, cuando se detuvieron.

Ambos se alejaron y vieron como todo el personal de rodaje se había quedado asombrado ante aquella más que real escena que ponía fin al rodaje del día.

Durante el camino a casa, Diana fue mirando por la ventanilla del coche. Estaba demasiado avergonzada y aturdida. Ella pensaba que sentía algo por Munsu, pero aquel hombre la hacía sentirse amada, arropada y protegida. ¿Qué le estaba pasando? Su mente era como una playa que estaba siendo atacada por tormentas y huracanes al mismo tiempo.

Al llegar al apartamento, Diana sacó el móvil para comprobar si tenía alguna llamada de Munsu. Pero no había recibido noticias suyas desde hacía unos días y aquello la hacía sentir incómoda. Se había acostumbrado demasiado a él.

—¿Tienes muchas llamadas? —preguntó Jooni.

—Ninguna —respondió con el rostro apagado, decepcionada, dejando el

móvil sobre la mesa.

Jooni se había dado cuenta de que algo le pasaba. A pesar de haber estado bromeando y jugando con ella durante el día, aún se veía triste y aquello le hacía sentirse frustrado, al verla así y no poder hacer nada por ella. Entonces se le ocurrió algo, si bien no se reiría, pero seguro que al menos, olvidaría lo que fuese que le estaba causando tristeza por unos momentos. Se quedó mirándola unos instantes con la mirada perdida hasta que una imagen llegó a su mente. Era tan real que casi podía saborear los aromas y sentir la calidez de la habitación.

—¿Sabes cuál será una de las escenas que grabaremos mañana? —le preguntó él a ella que estaba sentada en el sofá.

—¿Cuál?

—Tendremos que rodarla en una cama —le informó con picardía.

— ¿Nos van a grabar durmiendo? —preguntó ella inocentemente.

—Será una escena erótica —dijo Jooni riéndose ante la ingenuidad que mostraba Diana—. ¿Crees que deberíamos…? —preguntó con picardía, mientras Daniel abría la puerta y entraba en el apartamento.

Diana puso las manos contra su pecho para apartarlo.

— ¿Qué estáis haciendo? —preguntó Daniel sorprendido al ver a Jooni tan cerca de Diana.

Jooni lo miró sonriendo, mientras ella seguía con las manos sobre su pecho, agarrando con fuerza su camiseta. Por una parte, quería que aquel hombre continuara acercándose a ella, pero, por otro lado, algo le decía que aquello no estaba bien.

—Practicábamos una escena —respondió acariciando las manos que tan efusivamente agarraban su camiseta.

—¡Jooni! ¡Tío! ¿Estás bien? —preguntó Daniel sujetándolo por los hombros y sacudiéndolo, haciéndolo despertar así de aquella fantasía tan dulce, mientras Diana los observaba desde el sofá con cara de haberse perdido algo.

—Sí, sí.

Diana se acercó a Daniel y ambos se abrazaron como solían hacer desde que se conocieron. Jooni los vio tan unidos que no pudo soportar los celos y se acercó a ella para abrazarla también, lo que hizo a Daniel soltar una carcajada, pues nunca lo había visto actuar de aquella manera hasta que

llegó ella, que se había quedado inmóvil mirando de un lado a otro, sorprendida, ante el comportamiento tan extraño que mostraba a veces aquel hombre, que podía ser muy tierno y cálido, picante y ardiente o incluso mostrarse posesivo, como acababa de hacer. Aquello la desconcertaba, pero la atraía al mismo tiempo. Era como una caja de sorpresas, hermosa, misteriosa y atrayente.

Al día siguiente debían grabar una nueva escena de la cual ninguno de los dos había sido informado, hasta que llegaron al lugar de rodaje.

Para sorpresa de Jooni, era una escena parecida con la cual él había estado fantaseando, pero que a Diana le daba reparos grabar. No porque fuese una apasionada y ardiente escena de cama. No había problema por actuar ante una situación como aquella, el problema, era que a ella le daba miedo cómo él podría reaccionar al sentir de nuevo el perfecto cuerpo y los cálidos y sabrosos labios de Jooni, con el añadido de que esta vez estarían tumbados el uno sobre el otro, mientras el agua del mar acariciaba sus cuerpos semidesnudos. Pero de nada servía asustarse o compadecerse, había llegado el momento de rodar y había que ser profesional.

A pesar de estar atardeciendo hacía bastante calor, por lo que no supuso ningún problema para ellos quedarse ligeros de ropa. Al menos no hasta que estuvieron uno delante del otro.

La escena comenzaba con un inocente beso que se tornó en uno largo y profundo de los que te hacen desear más. Diana agarró el pelo de Jooni mientras él la levantaba entre sus brazos para recostarla sobre la arena mojada y colocarse sobre ella. Podían sentir una mezcla de emociones recorriéndolos, al mismo tiempo que aquella fría agua jugaba con sus cuerpos.

Todo el reparto observaba atónito aquella tórrida escena. Era tan sensual que algunas de las chicas de producción estaban comenzando a sentir celos de Diana, que estaba tumbada sobre la arena mojada mientras Jooni sujetaba sus manos sobre la arena, como si de un juego masoquista se tratase y la besaba apasionadamente. Podía sentir como el calor de su cuerpo lo atraía hacia ella con una fuerza descomunal que no podía y no quería contener. Entonces recorrió lenta y sensualmente el interior del muslo de Diana con sus dedos, haciendo que se le escapase un sutil gemido de placer que la hizo ruborizar. Jooni, al sentir bajo su piel, todas las emociones que conseguía despertar en Diana, sonreía complacido y le susurró al oído.

—¿Estás bien *aegiya*?

Ella asintió. Se sentía incapaz de dar una respuesta coherente mientras tuviese los labios de Jooni acariciando y saboreando su cuello y besando

con dulzura su cuerpo hasta el ombligo, donde se detuvo para volver a contemplar su rostro sonrojado y atacar de nuevo sus labios, que lo esperaban deseosos.

Ella disfrutaba cada minuto de aquel apasionado momento, que al llegar a Corea nunca imaginó vivir. Si no hubiera sido por Daniel que la engatusó para que lo acompañase, estaría perdiéndose aquel tórrido momento que la hacía sentirse mujer desde lo más profundo de su alma.

En todo momento se dejó llevar por aquella situación, que al principio le pareció divertida, pero que cada día, la hacía sentir más deseosa de rodar aquellas escenas con Jooni. Aquel hombre tan intrigante era un misterio para ella. Era extraño, pero no le preocupaba el pub, no pensaba en cómo seguía Carmen después del susto que se llevó por aquel acosador. Nada le importaba, sólo sentía que debía seguirle el juego a aquel hombre, que, por momentos, la hacía perder el aliento y el control.

La escena se fue volviendo demasiado ardiente, pero el director no parecía dispuesto a cortarla. Hasta que una de las chicas, roja de celos, le insinuó que tenían bastante y que debía detenerlos y fue entonces cuando se detuvo el rodaje.

Entonces Jooni ofreció su mano a Diana para ayudarla a incorporarse y se fueron a las duchas.

Ella estaba tardando demasiado en salir para volver a casa. Jooni no hacía más que mirar la hora en su móvil. Parecía que el tiempo estuviese en su contra y Diana continuaba sin aparecer.

Todos se habían marchado ya. Él no aguantaba más la espera y decidió entrar en las duchas de las chicas para comprobar que Diana estaba bien. Pero por nada del mundo se hubiera imaginado que la vería de aquella guisa. Estaba cerrando el grifo de la ducha y cogiendo una de las toallas para cubrirse.

Jooni se sentía demasiado agitado como para molestarla en aquel momento. La imagen de su perfecto cuerpo, sensual y apetitoso lo había dejado sin palabras y decidió salir de allí lo antes posible antes de ser descubierto.

Cogió unos stickers que habían dejado sobre el estante y le dejó una nota diciendo que la esperaba en el coche.

El cuerpo de Diana continuaba rememorando una y otra vez los nuevos sentimientos que Jooni había hecho aflorar en ella durante el rodaje; lo que la hacía incapaz de conciliar el sueño, por lo que decidió levantarse e ir a refrescarse. Mientras que el agua fría humedecía su piel, escuchó toser a Jooni de forma extraña. Rápidamente agarró una toalla, se secó el

rostro y fue hacia su dormitorio para comprobar que todo estaba bien, pero al entrar lo vio agitado y bañado en sudor. Se acercó a él y tocó su frente, obteniendo como respuesta a aquellos espasmos, una temperatura más alta de lo habitual. Dispuesta a buscar paños fríos para regularla, su acción se vio detenida ya que Jooni sujetó su muñeca antes de que pudiera alejarse.

—No te vayas —le pidió Jooni.

—No tardaré —dijo zafándose de él.

No había pasado más de cinco minutos desde que había salido del dormitorio, cuando al volver vio que Jooni se había quedado dormido. Instintivamente se aproximó para comprobar su pulso. De pronto una tímida sonrisa se dibujó en el rostro del joven, haciendo bajar la guardia de la muchacha, que dejando el trapo húmedo sobre su frente se marchó; pues, si sonreía algo bueno debía estar soñando y no quería interrumpirlo por nada del mundo. Aquella sonrisa había sido causada por los delirios de la fiebre; haciendo distorsionar aquel grato recuerdo del beso sucedido en la orilla de la playa.

Soñaba que Diana se encontraba tumbada sobre la arena húmeda, por el agua que se acercaba tímidamente para jugar con su delicada piel y retrocedía recelosa de que alguien más pudiese acariciarla. Él, había pasado una pierna hacia el otro lado, quedando sobre ella, pudiendo así sentir las oleadas de calor que desprendía su cuerpo y, a la vez, ella podía sentir todo lo que el cuerpo de aquel hombre tenía que ofrecer. La miraba tiernamente mientras sus manos recorrían cada rincón de su perfecto y sensual cuerpo, atesorando cada sensación, cada gesto, cada gemido, los cuales lo hacían disfrutar y querer aún más de ella. Sus besos, sus caricias debían ser una delicia. Algo que no podía retrasar por más tiempo. Sus labios se encontraban sedientos y deseosos de probar los jugosos labios de Diana, que se retorcía de placer bajo su cuerpo. «Tus brazos son un pedacito de cielo» dijo cuando ella lo abrazó fuertemente. Estaban tan cerca el uno del otro que podía sentir como sus cuerpos se fundían, hasta que, vio como Diana bajaba la mirada. Tenía el móvil en las manos y estaba mirando los mensajes de Munsu. Entonces ella lo miró a los ojos, rozó su nariz con la suya, como un tierno beso de gnomos, «creo que estoy enamorada de ti, Munsu».

Al despertar sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo. Aún tenía el trapo que Diana había dejado sobre su frente para bajar la fiebre. Se levantó de la cama lanzando el trapo con rabia y salió a buscar algo para desayunar.

Cuando abrió la puerta del dormitorio, escuchó a Daniel, que acababa de llegar.

—¿Cómo estás preciosa? —preguntó dando un apretado abrazo a Diana y un beso en la mejilla.

—Bien. Algo cansada, pero estoy bien. ¿Y tú trabajo? Ahora apenas podemos vernos.

Al ver el saludo tan efusivo entre Diana y su amigo, Jooni no pudo evitar sentirse aún más molesto. Se dirigió a la cocina pasando entre ellos sin decir ni una sola palabra, se preparó un tazón con cereales y volvió a pasar entre ellos para sentarse en el sofá.

—¿Estás bien? ¿Ha bajado la fiebre? —se interesó Diana por saber si se sentía mejor.

—¿Tenía fiebre? —preguntó Daniel.

Pero Jooni continuaba comiendo los cereales sin mirarlos y sin decir una palabra.

—Sí. Anoche estaba temblando y sudando. Tenía la temperatura bastante alta y le puse unos paños de agua fría para templarlo.

—¿Te quedaste toda la noche con él? —quiso saber Daniel.

—Me quedé bastante tiempo, aunque cuando lo vi sonreír, volví a mirar su temperatura y había bajado, así que volví a mi dormitorio.

—¿Ese es el interés que tenéis en saber cómo estoy? ¿No me estabais preguntando a mí? Porque estoy aquí, por si no me habíais visto —saltó de pronto Jooni, dejando ver su malestar.

—¡Vaya, parece que ya está mejor! —dijo Daniel sonriendo satisfactoriamente al comprobar que sus tácticas para hacerlo reaccionar estaban funcionando. Aunque aún faltaba que diese el paso más importante.

XII

Diana estaba en el dormitorio cambiándose para salir a pasear. Ya habían terminado de grabar y le apetecía salir y disfrutar de la ciudad, cuando Daniel golpeó la puerta pidiéndole permiso para entrar. Pero nada más cruzar la puerta el móvil de Diana comenzó a sonar.

—¿Quién dice que es? Lo siento, pero debo decir que no. Gracias por querer incluirme, pero no puedo hacer eso, gracias y lo siento.

Daniel se quedó mirándola con curiosidad.

—Quieren que hagan un reportaje para una revista —le explicó—. Con Jooni —dijo sin dar crédito aún a aquella llamada—. ¿Te lo puedes creer?

—¿No vas a hacerla? Al menos tendrás que preguntar a Jooni si él quiere hacerlo, ¿no crees?

—Dijeron que él ya lo sabe.

—¿Y? —preguntó Daniel fingiendo no darle importancia.

—¿Y? ¡Pues que no lo voy a hacer! —negó rotundamente sin ser consciente de que aquel juego que los unía durante el rodaje era más importante de lo que podría imaginar.

—Deberías replanteártelo, aunque sea por Jooni. Piensa que todo lo que hagas a partir de ahora será comentado. Tú decides si quieres que sea para bien o para mal.

—Voy a salir. Necesito pensar —dijo abriendo la puerta, ya con un pie fuera.

Mientras caminaba iba pensado en aquellas palabras de Daniel, que se habían grabado a fuego en su mente. No quería admitirlo, pero tenía razón. Además, Jooni se había portado bien con ellos, incluso les había ofrecido su hogar, algo que, al parecer, no era nada común, pues no había recibido ni una sola visita desde que estaba allí.

Aquel día estaba siendo interesante, había podido pasear por lugares por los que no había tenido la oportunidad de visitar durante su primera estancia en el país, aunque aún le quedaban algunos lugares que debía conocer antes de volver a España.

Sacó el móvil de su bolso y rebuscó entre las llamadas y los mensajes para comprobar si tenía noticias de Munsu y por casualidad no lo hubiese visto. Algo debía estar sucediendo, habían pasado unos meses y él no había dado señales de vida. «Será que ya no quiere saber nada de mí» pensó ella mientras notaba la vibración del móvil en su mano.

—Dime.

—¿Dónde estás? —preguntó Jooni.

—Paseando.

—Envíame tu ubicación y no te muevas de ahí, hay algo que quiero

enseñarte.

Jooni fue al lugar que ella le había enviado y la recogió en su coche.

—¿Qué quieres enseñarme? —le preguntó intrigada pues todo lo que rodeaba a Jooni siempre era un misterio.

—Es una sorpresa —respondió sonriente.

Había pasado todo el día pensando en ella, en todo lo que le había hecho y le hacía sentir. Aquella mujer tenía algo especial y no podía ni quería perderla y un sueño no iba a hacer que la apartase de él, por lo que borró toda idea retorcida y aclaró su mente. «Esa persona no es tu amigo, el Munsu por el que ella siente algo eres tú» se había estado repitiendo hasta calmar su ira y su frustración.

Bajaron del coche y caminaron junto al río hasta llegar a un puente por el que ella nunca había pasado. Tenían una vista preciosa del puente desde abajo y en pocos minutos, aquello se convirtió en todo un espectáculo de agua y luces de colores.

Diana se quedó boquiabierta observando el espectáculo, jamás había visto algo igual. Era hermoso, refrescante, relajante. Tanto que se apoyó en la barandilla y dejó volar su mente entre los colores del arcoíris que formaban las cascadas de agua que emanaban del puente. Pero mientras ella disfrutaba del lugar, Jooni tenía algo de lo que disfrutar: ella.

— ¿Te gusta?

—¡Me encanta! Es precioso —respondió girándose hacia él, mirando sus ojos vidriosos, que la observaban con ternura.

Él le regaló una encantadora sonrisa que fue como una caricia eléctrica que erizó su piel.

—¿Estás bien? ¿Tienes frío? —preguntó colocando sobre sus hombros su chaqueta. No iba a permitir que nada la dañara, ni siquiera el aire.

—Estoy bien, gracias —respondió encogiéndose al sentir las cálidas manos de Jooni frotar su cuerpo para hacerla entrar en calor.

—¿Quieres que nos marchemos?

—No, quedémonos un poco más, por favor.

Jooni la miró y se apartó de ella para apoyarse en la baranda a su lado.

—No —dijo en cuanto él retiró sus manos de ella—. No te alejes, por favor.

Aquellas palabras lo hicieron estremecer de felicidad. Se puso detrás de ella, se sentaron en el borde del puente y él la abrazó tiernamente hasta que cayó dormida entre sus brazos. En aquel instante fue el hombre más feliz del mundo. Oír aquellas palabras salir de sus labios, poder abrazarla y protegerla, hacerla sentir segura y tan cómoda que hasta podía quedarse dormida entre sus brazos, era algo que jamás había pensado que podría suceder y que podría hacerlo tan feliz.

La recostó sobre el sillón del copiloto, el cual había puesto en posición horizontal y la cubrió de nuevo con la chaqueta. Lo cual la hizo, casi inconscientemente, frotar sus mejillas para sentir el elegante y sensual aroma que desprendía.

Una vez que llegó a casa y consiguió abrir la puerta, llevó a Diana hasta su dormitorio, donde la tumbó sobre la cama y volvió a cubrirla, ya que podía sentir que el frío aún anidaba en su piel.

Le costaba marcharse de allí, se veía tan frágil, tan hermosa, que no podía apartar la mirada de su ondulado cabello húmedo, que reposaba sobre la almohada como una sábana de seda, pero no quería despertarla, así que, se puso en pie dispuesto a volver a su habitación. Aunque su intención se vio frustrada al notar que Diana estiraba la mano para sujetar su camisa.

Ella tenía los ojos cerrados, se sentía demasiado avergonzada como para reconocer que quería mantenerlo cerca y no se atrevía a mirarlo a los ojos.

Jooni esbozó una tierna sonrisa y volvió junto a ella, que le había dejado espacio para que se tumbara a su lado y la abrazó, frotando su piel suavemente para hacerla entrar en calor.

Al despertar Diana vio que Jooni aún continuaba allí, profundamente dormido. Se quedó mirándolo, escudriñando cada marca de su piel, sus ojos, sus pestañas, sus labios. Aquellos tiernos y deliciosos labios que le habían robado los más dulces y apasionados besos en aquellas tórridas sesiones de rodaje. Se encontraba tan sumida en su visión de aquel atractivo hombre que al oír cómo se cerraba la puerta de la calle dio un respingo.

Daniel había llegado bastante tarde aquel día, tanto que a las revistas les había dado tiempo de sacar su número del día con Jooni y Diana en las portadas.

—¿Qué es esto? —preguntó Diana indignada al ver, cuando salió de su

habitación, las revistas que había dejado Daniel sobre la mesita.

—Ya te avisé que ahora todos estarían pendientes de todo lo hicieras —le respondió, a pesar de no estar de ánimos, después de ver aquellas escenas llenas de amor y ternura que habían protagonizado sus amigos. Le hacía sentir unos celos que él sabía que no podía permitirse sentir. Y aquello no fue más que a peor, al ver salir a Jooni del dormitorio de Diana, colocándose bien la camisa y con el cabello enmarañado.

—¿Qué sucede? —preguntó Jooni, acercándose a la mesita para coger algunas de las revistas, después de ver el rostro descompuesto de Diana y de Daniel.

Ella le dio la revista que tenía entre sus manos, en la que había una fotografía en la portada donde se le veía abrazándola por detrás acompañada de algunas frases como: «¡Pillado!», «¿Quién será la joven a la que abraza nuestro *oppa*?», «¿Será ella la misteriosa amante que protagonizará su nuevo video?»

En todas y cada una de aquellas revistas había un espacio dedicado a ella. Pero, para colmo, en ese momento comenzó a sonar su móvil.

—¡Diana! ¡No te lo vas a creer! ¡Yo tenía razón! —era Lara al teléfono, que la llamaba eufórica.

—¿Pero qué te pasa? ¿Ya terminaste de volverte loca? —preguntó en tono burlón al notar tanto entusiasmo en la voz de su amiga.

—Yo siempre he estado loca, querida. Pero no es eso. Ya descubrí quién era aquel hombre que salía contigo en las fotos.

—Ajá —exclamó Diana sin mostrar un ápice de entusiasmo.

—¡Qué seca hija! ¡Es un hombre famoso! ¡Te lo dije! Y tenía razón ¿ves? Tenía razón.

Diana soltó una carcajada. Aquella chica siempre conseguía hacerla reír con sus cosas.

—Lara, si eso te parece fuerte, entra en internet y busca su nombre. Seguro que te gustará lo que ves. Intenta no desmayarte “fea” —le dijo cariñosamente y colgó.

—Está bien ¿Qué se supone que debemos hacer con esto? —preguntó a los chicos, alzando la revista y ya en un tono más serio.

—Deberíais comenzar a aceptar todas las invitaciones y entrevistas que os están proponiendo y aprovechar esto para dar publicidad a tu video. No

podéis detenerlos, pues al menos, sacadle provecho a la situación —les propuso Daniel.

Jooni asintió y miró a Diana, pues sabía que a ella no le gustaba mucho ser el centro de atención ya que la hacía sentir vulnerable e insegura.

—Yo estaré contigo. No pienso dejarte sola ni un segundo si aceptas.

Ella lo miró con los ojos húmedos debido a las lágrimas de rabia y frustración que intentaba contener y asintió recordando las palabras de Daniel. Ya no había marcha atrás.

Ya habían perdido la cuenta de cuántas entrevistas habían hecho, pero para ese día, aún quedaba una más por hacer.

Primero la sesión de fotos. Esta vez, simularían estar en una película de terror en la que Jooni era un vampiro y Diana sería la dulce chica inocente que es mordida por el seductor y tentador ser sobrenatural.

Parecía que el fotógrafo pretendiese robarles el alma a ambos. Nunca tenía bastante. Una foto y otra y otra más, mira a este lugar, ahora un poco más a la izquierda…

—Ahora besaros —dijo el fotógrafo.

Diana abrió los ojos sorprendida por su petición. Jooni la agarró por la cintura apretándola contra su pecho. Acarició su rostro con los dedos como si fuese una frágil muñeca, hasta llegar a sus labios, que lucían jugosos, apetitosos, un bocado delicioso. Mantuvo uno de sus dedos sobre los labios de Diana, que lo miraba sonrojada, sintiendo cómo su corazón latía cada vez más y más rápido. Se acercó a ella muy lentamente, tanto que a Diana casi le da un ataque por la espera. Cuando ella pensaba que iba a besarla, pues ya podía sentir el calor de su aliento en sus labios, Jooni agarró su cabello, haciéndola inclinar la cabeza para ofrecerle su delicado y suave cuello que desprendía un aroma que lo estaba haciendo enloquecer, frotó su nariz, aspirando y saboreando las diferentes y sutiles notas dulces y delicadas y clavó sus dientes en él, provocando un estremecimiento en Diana, que podía notar cómo perdía la fuerza de sus piernas. Aquella lasciva sesión la estaba haciendo perder la voluntad ante Jooni y eso, no lo podía permitir. Ella sabía que no podía permitirse entregarse de esa manera si no quería que jugaran con ella, por lo que se recompuso y tomó el control de la situación.

Sacó sus manos a jugar, acariciando y trazando círculos con las uñas sobre los duros pectorales de Jooni, que se alejó de su cuello al sentir como su piel se erizaba ante el contacto de aquella terrible y cautivadora mujer, que estaba dejando su cuerpo marcado con sus uñas, como una loba, salvaje y peligrosa. Diana alzó la mirada y clavó sus ojos en él,

mientras lo despojaba de la única prenda que le impedía continuar dibujando sobre su escultural cuerpo. Lanzó la chaqueta al suelo y esbozó una pícara sonrisa, tras lo cual, comenzó a acercarse a su cuerpo, muy lentamente, mientras se relamía los labios. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Jooni haciendo que se quedase estático después de sentir el primer beso que Diana le había dado en la clavícula, clavando sus uñas profundamente en su espalda desnuda, pero no se detuvo ahí. La joven continuó dándole cortos y húmedos besos por todo el pecho, por los hombros y por el cuello, donde se detuvo recreándose y humedeciéndose los labios después de pasar la lengua por su piel y sentir como aquello hacía que se erizase la piel de su compañero.

Jooni estaba extasiado, deseaba a aquella mujer, pero no podía simplemente tomarla y hacerla suya como había estado fantaseando mientras ella jugaba con su cuerpo. Por otro lado, si aquella mujer continuaba, no podría responder de sus actos, por lo que, justo después de que Diana mordiese su cuello después de pasear su lengua juguetona para marcar el terreno, él agarro su pelo con una mano y con la otra, guió su rostro hasta donde él quería. Tenerla delante, poder clavar sus ojos en ella, penetrar en lo más profundo de sus pensamientos y besarla apasionadamente hasta poder oír de nuevo aquel tímido gemido de placer que tanto le gustaba provocarle.

Al finalizar la sesión de fotos, se podía notar que ambos se encontraban visiblemente excitados, pero no solo ellos, todos los que se encontraban en la sala habían soltado sus prendas y se abanicaban con los papeles.

—Muy bien chicos. Lo habéis hecho genial. Gracias —les dijo el fotógrafo secándose el sudor de la frente. Nunca había visto tanta complicidad y atracción entre sus modelos.

Los chicos se despidieron y se marcharon. Se encontraban exhaustos y a pesar de pretender ocultarlo, algo excitados aún.

—¿Te apetece tomar un helado? —preguntó Jooni a Diana.

—Sí. Me muero de ganas —le contestó enroscando los dedos entre sus rizos.

Jooni compró unos helados y se sentaron en un parque para relajarse antes de volver a casa.

—Gracias —se dijeron al mismo tiempo.

—¿Gracias por qué? —preguntó ella.

—Por todo. Quizás no te hayas dado cuenta, pero has hecho mucho por

mí. ¿Y tú porque me das las gracias?

—Por el helado —respondió sonrojada. No podía controlar sus emociones cuando estaba con él. A pesar de pretender mostrarse fuerte, segura de sí misma y decidida, siempre había un momento en el que no podía evitar mostrarse tal como era realmente y mostrar cómo se sentía.

Nadie había sido capaz de lograr aquello y que él la hiciese actuar de aquella manera la desconcertaba y la hacía sentir frustrada, pues siempre se había jurado que no mostraría sus sentimientos para que nadie tuviese la oportunidad de hacerle daño.

Al despertar aquella mañana por nada del mundo habría podido adivinar lo que sucedería.

Cogió el móvil para llamar a Carmen, pero vio que tenía cientos de mensajes. Cuando comenzó a abrirlo fue tal su asombro que tuvo que lanzar el teléfono sobre el sofá.

Daniel, que aquel día había llegado más temprano, fue hacia ella al ver que se había quedado petrificada y le preguntó qué le sucedía. Ella no conseguía articular palabra, simplemente agarró su móvil y se lo dio. Al ver aquellos videos, algo dentro de él se removió. No podía creer lo que sus ojos estaban viendo, pero se habían hecho virales en un tiempo récord. Jooni, entonces, salió del dormitorio, revolviéndose el pelo, que lo tenía alborotado de dormir.

—¿Qué os pasa que tenéis esas caras?

Daniel le pasó el teléfono de Diana para que viera los videos:

—Parece que no sólo hicisteis una sesión de fotos —le dijo mientras se lo entregaba.

Jooni comenzó a verlos y dedujo que debió haberlos colgado algunas de las personas que estuvieron durante la última sesión de fotos, pues aparecían ellos en una situación bastante erótica y sensual, acariciándose y besándose. Todo lo que habían hecho durante la sesión había sido grabado y alguien se había dedicado a retocar los videos, haciendo que la situación pareciese más comprometida de lo que realmente había sido.

—No te preocupes. Esto se olvidará en unos días. No le des importancia. Estas cosas pasan —dijo Jooni a Diana que lo miraba con los ojos húmedos sin saber qué hacer.

—Sí, ya verás que todo se olvida pronto —se acercó Daniel a abrazarla.

—Necesito salir —dijo ella de pronto.

—¿Tienes que ir a algún sitio? ¿Te llevo? —le preguntó Jooni.

—No, sólo quiero pasear. Necesito pensar.

—No sé si es un buen momento para que salgas sola —le aconsejó Jooni preocupado, pues él sabía que, a pesar de todo, siempre había alguien dispuesto a cualquier cosa.

—¿No acabas de decir que no pasaba nada? —le replicó con ironía.

Él se quedó callado unos instantes intentando escoger con cuidado sus palabras.

—¿Me dejarás que te acompañe? Creo que yo también necesito pensar —la insistencia formaba parte de la personalidad de Jooni, que nunca dejaba nada a medias.

—Prefiero ir sola. No te importa, ¿verdad? —dijo levantándose y marchándose antes de que pudiesen decirle algo más.

En aquel instante Jooni y Daniel se miraron y supieron que habían pensado lo mismo. La seguirían a escondidas para asegurarse de que estaba bien.

Ella se había alejado bastante del apartamento. Había caminado hasta llegar a aquel lugar cerca del puente, donde Jooni la había llevado a observar el arcoíris de agua y se apoyó en la baranda, con la mirada perdida en el río.

Mientras estaba allí, los chicos se dieron cuenta de que un joven estaba a punto de gritarle algo. Salieron los dos disparados hacia él, le taparon la boca y se lo llevaron a un lugar donde ella no pudiese verlos. Después de poner en su sitio a aquel tipo, volvieron a su posición de vigilancia, pero al llegar, vieron que había una chica detrás de ella con intención de empujarla. Los dos se miraron y salieron corriendo hacia ella para pararle los pies.

Diana, que se encontraba sumida en sus pensamientos no se había dado cuenta de nada, pero escuchó un barullo tras ella y se giró para ver qué estaba sucediendo. Podría haber esperado cualquier cosa menos ver a Jooni y a Daniel sujetando a una chica como si fuesen unos secuestradores. Ella abrió los ojos sorprendida y comenzó a mirar de un lado a otro sin saber muy bien lo que estaba ocurriendo, pues Daniel estaba cubriendo la boca de la muchacha con su mano y sujetándola y Jooni había pasado su brazo alrededor del cuello de la joven para

inmovilizarla.

—¿Qué estáis haciendo? —consiguió preguntar sin salir de su asombro.

—¡Nada! —respondieron ambos al unísono mirando a la joven que intentaba zafarse, para gritarle todo lo que tenía que decirle a Diana.

—¿Qué está diciendo? —preguntó al oírla decir algo que no consiguió entender. ¿Por qué la tenéis así? La gente va a pensar qué vais a secuestrar a esta niña. ¡Soltadla chicos! —les pidió perpleja ante el extraño comportamiento que estaban mostrando.

Ellos, no estaban muy seguros si debían soltarla, ya que podría intentar empujarla de nuevo, pero a pesar de eso, lo hicieron. Aunque no sin primero, advertirle que no dijera nada.

—Está bien, ya la hemos soltado —dijo Daniel mirando a la joven por el rabillo del ojo.

—¿Te apetece un helado? —preguntó Diana a la chica, que no parecía tener más de quince años.

—¡No! —gritaron los dos chicos a la vez volviendo a sujetar a la joven.

Pero ella los miró amenazante haciendo que la soltaran y se alejaran de la joven.

—Dime ¿Quieres? —insistió ella.

La chica bajó la mirada y asintió sin atreverse a mirarla a los ojos.

—Perfecto, vamos. Jooni ¿Por qué no nos llevas a esa heladería tan buena que tiene esos helados tan sabrosos?

El miró a su amigo, que le hizo un gesto de consentimiento y fueron con las chicas a tomar el helado.

Estando sentados en la terraza, Diana le preguntó a la joven qué le había pasado y por qué ellos la tenían sujeta de aquella manera, a lo que la chica, sin atreverse a mirarla, le confesó que quería hacerla caer por el puente para asustarla y que se fuera a su país.

—¿Por qué querías eso para mí?

—Porque tú has venido para jugar con nuestro *oppa*, después te marcharás y le harás daño.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Diana, que no comprendía nada.

—He visto los videos ¿sabes? Nuestro *oppa* nunca había hecho algo así hasta que tú llegaste.

—¿Y por qué piensas que estoy jugando con él?

—¿Sabes que si la hubieras empujado ella podría haber muerto? Intervino de repente Daniel, que continuaba molesto con la joven, a pesar de estar intentando contenerse para no decirle todo lo que pensaba sobre lo que había intentado hacerle a la persona que llenaba cada milímetro de su corazón.

—No lo había pensado —respondió visiblemente asustada y arrepentida—. Lo siento, yo solo quería…

—Está bien —la interrumpió Diana abrazándola—. Está bien. Vamos a dar un paseo. ¿Te apetece? —le preguntó con una dulce sonrisa.

—¡¿Qué dices?! —exclamó enfadado Daniel.

—¿Estás loca? —interrumpieron los chicos que seguían preocupados por ella. Jooni había estado mordiéndose el labio para no decir nada, pero al oír aquello no pudo reprimirse durante más tiempo y explotó.

—¿Es que ahora os vais a hacer amigas? —preguntó Jooni sin comprender qué podía estar pasando por la cabeza de Diana para proteger a aquella chica que había intentado hacerle daño.

Diana los miró sonriendo y pasando el brazo por el hombro de la chica.

—¡Vamos! —exclamó haciéndolos caminar.

Mientras paseaban, la joven se detuvo un instante y se quedó observando a Diana con los ojos entrecerrados.

—Onni, tú también eres muy hermosa y si mi oppa es feliz contigo, entonces yo seré feliz también —le dijo la chica tímidamente, abalanzándose sobre ella para abrazarla.

—Gracias, preciosa —respondió devolviéndole el abrazo, ante la atónita mirada de los chicos, que caminaban detrás de ellas y se miraban el uno al otro con la boca abierta señalándolas.

Una vez en el apartamento, los chicos, que habían estado todo el camino preguntando qué le había dicho aquella niña, volvieron a cruzar miradas y se pusieron delante de ella, impidiéndole el paso, pero Diana, que siempre había sido una mujer bastante ingeniosa, se detuvo mirándolos

dulcemente y fingió desmayarse. Los dos se lanzaron para sujetarla, pero Daniel le cedió el derecho a Jooni, que la levantó entre sus fuertes brazos y la recostó sobre el sofá, donde ésta, volvió a abrir los ojos, sonriendo traviesamente, como si no hubiese pasado nada.

—¿Era mentira? —preguntó Jooni más asombrado que enfadado, ante aquel talento interpretativo del que acababa de hacer gala.

—¡Podrías ser actriz! —le reprochó Daniel, que había ido a buscar un vaso de agua para ella.

—¡Gracias! —les dijo sacándoles la lengua y dando un sorbo al agua que le había dejado sobre la mesa—. Por cierto, ¿queréis saber qué me dijo?

Los dos amigos la miraron con desconfianza y tomaron asiento uno a cada lado de Diana para escucharla.

—Nos deseó felicidad —dijo mirando a Jooni—. Dijo que, si su oppa era feliz conmigo, ella también lo sería.

Aquellas palabras sacaron una sonrisa a Jooni, aunque a Daniel la noticia no le había sentado igual de bien, fingió dibujar una sonrisa en su rostro mientras se ponía en pie para dejarlos a solas.

—Después de todo, ella sólo quería protegerte de mí —dijo Diana en tono burlón.

Jooni la abrazó, agradecido de haber podido protegerla de lo que hubiese podido ser algo terrible, mientras pensaba: «Lo que ella no sabía es que, haciéndote daño a ti, me haría mucho más daño a mí».

XIII

Después de aquel susto, Jooni la tomó de la mano y caminaron hasta llegar a una habitación, en la que tenía dos de sus instrumentos favoritos: un precioso piano blanco y una guitarra española que tenía sus iniciales grabadas. Entonces, se dirigió hacia el piano, sujetando la mano de Diana y se sentó en la banqueta haciendo que ella se sentara junto a él.

—Me gustaría enseñarte algo —Jooni levantó la tapa lentamente, dejando el teclado al descubierto—. Aún no he dejado que nadie escuche esta canción —le dijo acariciando el teclado con delicadeza.

—¿La has compuesto tú? —le preguntó Diana, observando cada uno de sus movimientos.

Jooni asintió y empezó a acariciar las teclas regalándole aquella hermosa

melodía que había compuesto, transportando a Diana al paraíso.

Al acabar, se quedó observando por unos segundos, la sonrisa que se había dibujado en su rostro y los colores que habían aparecido en las mejillas de la joven. Parecía que había conseguido sentir todo lo que pretendía transmitir.

—Es preciosa —reconoció Diana emocionada, aplaudiéndole.

—Tú sí que eres preciosa —dijo entre susurros sin levantar la vista del piano.

—¿Hum? —no sabía qué decir ante aquello.

—Digo que, gracias —dijo mirándola a los ojos, viendo como Diana se enrojecía, sabiendo que lo había oído perfectamente.

—¡Ah! gracias a ti. Es realmente hermosa —lo alagó sin atreverse a mirarlo directamente.

—¿Tienes sueño? —preguntó él, viendo cómo trataba de mantenerse erguida y con los ojos abiertos.

—No, no, estoy bien.

—¿Quieres que toque algo más para ti?

—Sí, por favor —dijo, apoyando la cabeza sobre el hombro de Jooni mientras tocaba. Se sentía tan cálido y agradable que no pudo evitar quedarse dormida, pero aquello no sorprendió a Jooni, que la cogió entre sus brazos y la dejó sobre la cama. Debía descansar ya que su vuelo de vuelta a España salía en unas horas. Ella debía volver para continuar con su vida. El pub había estado demasiado tiempo sin su supervisión y aunque confiara en la profesionalidad de su amiga, tenía que volver y dejar aquella aventura atrás.

Durante el trayecto hasta el aeropuerto pudieron ver imágenes suyas y el anuncio de su video en casi todos los edificios.

Al llegar, Jooni sacó las maletas de Diana del coche mientas Daniel iba a buscar un carrito para llevarlas.

—Podrías quedarte aquí —propuso Jooni a Diana mientras veía a Daniel caminar hacia ellos con el carro. A lo que ella respondió con una tierna sonrisa.

—¿Nos vamos? —pregunto Daniel, que ya lo tenía todo preparado.

Ella asintió y miró a Jooni dispuesta a despedirse de él, pero antes de que pudiese decir una sola palabra, su móvil comenzó a sonar. Era su manager.

—Lo intentaré —dijo Jooni antes de colgar.

—¿Qué pasa? —preguntó Daniel.

—Creo que tendrás que marcharte solo Dan.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —preguntó Diana nerviosa.

—Hay algo que deberíamos hacer. Sería bueno si pudieses acompañarme, ya que piden la presencia de ambos.

—¿Qué ha pasado? —insistía Daniel.

—Hay un programa que está pidiendo nuestra presencia, sobre todo la de Diana. Has conseguido enamorar al público —le dijo mirándola con dulzura.

—Entonces deberías quedarte. Aunque yo tengo que volver, ya sabes, el trabajo es trabajo.

Diana lo miró con tristeza. Ella también quería volver a casa, pero tenía que hacer esa entrevista. Ya era demasiado tarde para rajarse.

—No te preocupes. Estarás bien, estoy seguro de eso —continuó Daniel intentando tranquilizarla.

—Bueno, cuida de Carmen y de Lara, por favor —le pidió a su amigo.

—Sabes que lo haré —dijo abrazándola fuertemente—. De todas formas, llámame siempre que quieras, no importa qué hora sea.

—No te preocupes —respondió Jooni en lugar de Diana, agarrándola y atrayéndola hacia él.

Daniel soltó una carcajada:

—Me tranquiliza que seas tú quien cuide de ella. ¡*Annyeong*! —se despidió viendo como el chofer de Jooni caminaba hacia ellos para llevárselos a plató.

Era la primera vez que Diana aparecía en un programa de televisión. Si bien habían hecho montones de entrevistas para las revistas, pero estar

ante una cámara de aquella manera era algo que la tenía preocupada y nerviosa.

Llegaron al estudio. Un lugar tan frio que casi podría sentir como le helaba la piel bajo la ropa. Había gente caminando e incluso corriendo de un lado a otro cargando papeles, sacos con ropa, maletas… aquel era un mundo completamente desconocido para Diana, que se había quedado plantaba en medio del pasillo como si estuviese viendo un partido de tenis, girando la cabeza de un lado a otro observando todo lo que pasaba a su alrededor. Entonces Jooni la agarró de la mano ayudándola a salir de aquella especie de trance en el cual había entrado y continuaron caminando hasta su camerino, el cual debían compartir, pero al menos aquel diminuto espacio se veía algo más acogedor. Nada más entrar, Diana se tiró sobre el sofá para intentar recolocar su mente, situarse y hacerse a la idea de que aun quedaba la peor parte, que era la de aparecer ante las cámaras y hablar y… solo de imaginar que pudieran hacerle preguntas comprometidas se le erizaba la piel.

—Tenéis diez minutos, chicos —les dijeron, para que se preparasen.

—¿Diez minutos? ¿Pero qué se supone que vamos a hacer?

—Tranquila. Yo intentaré responder a todas las preguntas que sean para los dos. Si en algún momento te sientes mal, dímelo, y saldremos de allí.

Ella respiró profundamente con los ojos cerrados mientras oía como se había formado un gran tumulto al otro lado de la puerta, agarró el mango dorado y tiró de él. Viendo al salir, que toda aquella gente que estaba plantada delante de ellos los seguían hacia el plató mientras los saludaban por, los felicitaban y les pedían autógrafos, besos, abrazos y toda clase de cosas extrañas.

Una vez en el plató, se sentaron en el sofá, ante la mirada de los cientos de fans y del presentador, que estaba esperando por ellos en su sillón que imitaba la piel de leopardo. El plato parecía como una enorme fiesta de pijamas ya que el presentador vestía un pijama de ranitas y a ellos les habían pedido usar pijamas también. Así que, Jooni se había puesto un pijama de oso panda y Diana cogió uno de conejita, de color blanco y lavanda que llevaba una diadema con orejitas de lo más monas a juego. Lo que provocó que todos cayeran enamorados de ellos nada más verlos aparecer en el plató.

La entrevista no comenzó mal, a pesar de los nervios de Diana, que recibía constantes mensajes de amor desde el público.

—Chicos, hacéis una pareja encantadora, seductora y muy carismática. Creo que todos piensan igual —les dijo haciendo señas al público que no

cesaban en gritos de ánimo—. Bueno, ¿qué os parece si jugamos?

Jooni miró a Diana y ella, que ya comenzaba a sentirse más cómoda, asintió.

Al primer juego lo habían llamado «Bésame». Constaba de simular una escena de un drama, aunque era algo diferente. En este juego ella debía conseguir un beso de Jooni en menos de siete segundos, estando prohibido cualquier tipo de roce.

—¿Preparados? —les preguntó el presentador.

Los dos asintieron colocándose uno frente al otro, mirándose a los ojos.

Diana decidió que no haría nada, simplemente mirarlo a los ojos, pero su mirada era profunda, llena de deseo y una lujuria que pretendía mantener bajo control, pero Jooni no pudo resistirse más al observar como sus ojos pedían a gritos amor. Hasta aquel momento no se había fijado en la soledad de su mirada y aquello lo hizo reaccionar, incluso antes de los siete segundos. La agarró acercándola a él, lanzó una mirada hacia el público y le dio un tierno beso en la frente.

—¡Vale chicos! —les dijo el presentador bromeando, aunque con el corazón acelerado—. Habéis pasado la prueba, ¡no cabe duda de eso!

Ellos intercambiaron una mirada cómplice antes de oír cuál sería la segunda prueba. La cual consistía en imitar otra escena. Aunque Diana no sabía de qué drama o de qué escena se trataba, ella siguió las explicaciones del presentador y se dejó llevar por Jooni, que había cogido una tostada de la bandeja que les habían llevado para el juego. Se la dio a Diana para que la sujetase entre sus labios por una esquina y él se acercó lentamente a ella y mordió otra esquina mientras la miraba directamente a los ojos. Entonces se apartó, cambiando la escena y haciéndola completamente suya. Cogió la tostada y la partió por la mitad volviendo a repetir la escena, pero esta vez la situación se volvió más intensa, ya que sus labios estaban más cerca.

—Wow, wow, wow ¡Qué calor nos hacen sentir estos chicos! ¿No creéis? —los interrumpió el presentador—. Ustedes lleváis las pruebas a otro nivel.

Los chicos se miraron y sonrieron vergonzosamente mientras el público les pedía más.

—La siguiente escena será algo más romántica. ¿Estáis preparados? Bien, para esta prueba tendréis que cambiaros de ropa y poneros algo de lo que os hemos dejamos detrás de aquellas cortinas. La prueba consistirá en

una sesión de fotos para vuestra boda.

El público al oír «vuestra boda» empezó a gritar eufórico.

—Tendréis que hacer poses tiernas y románticas y el público votará si pasáis o no la prueba —continuó explicando—. ¿Estáis de acuerdo? —lanzó la pregunta al público, que respondió con un gran entusiasmo.

Los chicos fueron a cambiarse tras las cortinas mientras sonaba una hermosa y pegadiza canción, que ella jamás había oído, pero aquella melodía se apoderaba de cada célula de su cuerpo.

Jooni fue el primero en salir y lo hizo con un traje de novio de color blanco y una rosa blanca en la mano. Diana salió dos minutos después, con un precioso vestido de novia estilo años treinta. Parecía una diosa del antiguo Hollywood. Su elegancia no dejó a nadie indiferente. Pero de entre todas aquellas personas, Jooni era el más sorprendido y emocionado de verla caminar hacia él, vestida de novia, con su largo cabello cayendo en cascada sobre su hombro, aportando un extra de *glamour* a su ya exquisita manera de caminar. Él la miraba de manera cálida y amorosa, esperando que llegase hasta él. Se quedaron unos segundos frente a frente, mirándose, entonces Jooni hincó las rodillas en el suelo, como si ella le hubiese quitado el aliento y le ofreció la hermosa rosa. Cuando Diana agarró la rosa, Jooni sostuvo sus manos unos segundos para darle un tierno beso.

Las chicas del público estaban muriendo de amor al verlo actuar de aquella forma, a la cual solo estaban acostumbrados a ver en los dramas. Después de aquello, mientras unos chicos los acompañaban hasta un pequeño escenario donde había dos sillas, algunos peluches y flores para que los usaran en sus fotografías, si lo consideraban oportuno, y comenzó formalmente el reto. A pesar de que los fotógrafos habían estado fotografiándolos desde que salieron de detrás de las cortinas comenzó a sonar «*Gwyomi*»

Jooni no estaba muy seguro de si Diana sabría cómo actuar ante aquel reto, por lo que se colocó frente a ella, se acercó y le susurró al oído. «Haz lo que yo haga, todo irá bien». Al apartarse, se quedó inclinado hacia ella, mirándola a los ojos, con los brazos hacia atrás sujetando algunas flores. Ella siguió sus instrucciones y lo imitó. Parecían una pareja de ángeles de una caja de música. Para la siguiente foto se colocaron de frente a las cámaras. Jooni hizo que Diana apoyara su cabeza sobre su hombro, levantando los brazos para formar un corazón.

Después de sacar aquella foto se dejaron llevar un poco por la melodía y se pusieron a hacer monerías. Pero aún quedaba posar para la última foto,

la cual tendría que votar el público.

Para esta última, Jooni alejó una de las sillas y se sentó en la otra, haciendo señas a Diana para que se sentase en su regazo. Ella se sentó de lado sobre sus piernas y se inclinó hacia atrás, levantando una pierna y el brazo con el ramo de flores en su mano, mientras él la sostenía y la miraba como si fuese lo más precioso que jamás hubiese visto.

Tras esta fotografía, la gente gritaba como loca pidiéndoles un beso. Diana se incorporó, aunque aún continuaba sentada sobre su compañero y les negó con el dedo el beso apasionado que estaban pidiendo con euforia. En su lugar, Jooni sujetó el rostro de su compañera entre sus manos y le dio un tierno beso en la frente, antes de ponerse en pie.

—Está bien, esta es la última parte del juego —dijo el presentador encantado con el juego que la nueva pareja de moda les estaba ofreciendo—. Debéis representar una escena inventada por vosotros, algo inédito.

Al oír aquello Jooni no tardó en reaccionar pidiendo una guitarra. Cuando se la llevaron, él se acercó a Diana para susurrarle unas letras al oído.

—Sígueme —le dijo mientras comenzaba a tocar las primeras notas.

Cuando todos estaban embelesados con la melodía, él comenzó a cantar y Diana se le unió, provocando que la gente del público se sintiera desvanecer al oírlos cantar juntos.

La melodía era realmente preciosa y nadie esperaba que ella se uniese cantando flamenco. El tipo de música que se solía escuchar en su ciudad. Tampoco esperaban que su voz tuviese tanto poder y tanto encanto. Y ella se sentía a gusto cantando con él, por lo que no tuvo miedo de improvisar con algunos graves y algunos agudos «imposibles» que dotaban a la canción de un encanto especial con toques andaluces que estaba dejando al público entusiasmado y fascinado.

Ambos se sentían tan a gusto cantando juntos que no había una sola persona que no pudiese notarlo, pues llenaban el plató de carisma, sensualidad y ternura con sus travesuras y miradas cómplices.

Cuando terminaron, el público, incluidos el presentador y los tramoyistas, se pusieron en pie para aplaudirlos y agradecerles que estuviesen allí, volviendo a invitarlos una próxima vez.

—Nos ha encantado teneros aquí chicos. Sabéis que ésta es vuestra casa, volved por favor—les dijo casi rogando.

Ellos hicieron una elegante reverencia de agradecimiento.

—Por cierto, señorita Diana, no sabíamos que también eras capaz de cantar, eres una encantadora sirena —añadió el presentador, aun embelesado con su prodigiosa voz.

—Yo tampoco lo sabía —dijo Jooni mirándola con los ojos brillantes.

—Deberíais grabar algo juntos. Estoy convencido de que sería todo un éxito —les sugirió el presentador mientras se marchaban.

Diana no esperaba tantos halagos y se sentía algo aturdida y avergonzada ante tal despliegue de cariño que estaba recibiendo. Aun así, no dejaba de sonreír y agradecer a todos.

Al salir del plató todos querían acercarse para saludarlos y hacerse fotos con ellos. Jooni se sentía extasiado al ver la maravillosa acogida que le estaban brindando a Diana y volvió a plantearse el revelarle toda la verdad.

Había pasado mucho tiempo, habían vivido muchas cosas buenas juntos, y otras no tan buenas, pero tenerla allí tan cerca, tan feliz y no poder compartir su felicidad por completo lo frustraba. Por aquel motivo, al llegar a casa y aprovechando que Diana se había tumbado en el sofá de su apartamento se aproximó y se sentó en la mesita observando como ella tenía la mirada perdida en el techo, como si estuviese intentando abrir una nueva habitación o como si quisiese descubrir los misterios del universo en aquel techo blanco, con luces led incrustadas, dibujando las constelaciones.

—Me gustaría contarte algo —le dijo en un tono más serio que de costumbre.

Diana lo miró por el rabillo del ojo.

—Dime ¿Qué sucede? ¿Va todo bien?

Aquella expresión de su cara no era habitual en él.

—Verás, hay algo que debes saber —se detuvo un momento para tomar aliento—. No puedo esconderlo por más tiempo.

Ella se quedó mirándolo a los ojos, expectante y preocupada. Entonces Jooni comenzó a hablarle de Munsu, dándole información que sólo ellos dos podían conocer.

—¿Cómo sabes tú esas cosas? ¡Eran conversaciones privadas!

—Porque la persona con la que hablabas…

—¿Qué? ¿Qué pasa con él? ¿Él fue quién te enseñó nuestras conversaciones? —preguntó Diana enfadada.

—Soy yo.

—¡Ya sé que eres tú!

—¡No! Escúchame, por favor. La persona con la que hablabas era yo. Al principio sí hablabas con Munsu, pero después, fue conmigo con quien continuaste hablando.

Diana se había quedado atónita al oír su confesión. Ella había sospechado algo la primera vez que viajó a Corea, pero se lo había estado negando a sí misma, aunque eso no la ayudaba a comprender por qué motivo le había estado mintiendo durante tanto tiempo.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste? —preguntó sintiéndose dolida y traicionada.

—Tengo que reconocer que, la primera vez que hablamos, solo fue una broma, pero al verte y al oírte, algo de ti llamó mi atención. Entonces quise continuar hablando contigo, pero si lo hacía podría hacer que la prensa se centrara en ti y eso no siempre es bueno como habrás podido comprobar. Me daba miedo hacerte daño o que alguien pudiese herirte por mi culpa. Algunos fans se pueden volver realmente fanáticos, sin conocer realmente las consecuencias de lo que hacen. Cuanto más hablaba contigo más atraído me sentía por ti y más me molestaba que Munsu se pusiese en contacto contigo. Ese tipo mujeriego.

—¿Entonces?

—Entonces me hice con su cuenta y me hice pasar por él para poder hablar contigo. Pero el tiempo pasó y cada vez me costaba más decirte la verdad. Al principio era por miedo de que te hicieran daño, después fue por miedo a perderte.

—Debiste decírmelo. Debiste contarme la verdad. ¿Acaso pensabas que dejaría de hablarte por ser alguien famoso? ¿O que sólo hablaría contigo por eso? —le recriminaba Diana.

—Creo que era un poco de todo. Pero cuando me di cuenta de que no podía dormir si ese día no había hablado contigo ya era demasiado tarde para confesar. Créeme, yo quería contártelo, pero siempre había algo que me hacía replanteármelo. Daría lo que fuera por volver atrás y hacer las

cosas bien.

Diana estaba roja de la rabia. Si había algo que odiaba eran las mentiras y aquel hombre le había estado haciendo vivir en una mentira que había durado más de un año. Demasiado tiempo, demasiadas mentiras para poder pasarlo por alto.

Se levantó sin decir una palabra y fue al dormitorio donde soltó todo lo que había estado reprimiendo mientras buscaba en su móvil un billete para volver a España al día siguiente.

Jooni podía oírla, sentado al otro lado de la puerta, arrepentido de no haber tenido el valor de contarle todo aquello antes. De pronto, cayó de espaldas cuando Diana abrió la puerta, pero su asombro llegó cuando la vio salir arrastrando su maleta.

—¿A dónde vas? —preguntó incorporándose.

—Al aeropuerto —respondió mirando al frente sin detenerse.

—¿Ahora? ¿Sola? ¿Por qué? Sabes que no tienes por qué irte. ¡Por favor, quédate! Por favor —le pidió en tono de súplica. Pero ella solo se detuvo por un instante y se giró mirándolo decepcionada. Haber sido el culpable de causar aquella mirada de tristeza en su rostro le estaba destrozando el corazón.

Nada más verla subir al taxi, salió y se subió a su coche, no podía permitir que se marchase de aquella manera. Al menos debía intentarlo una vez más antes de que se marchara.

No sabía cómo diablos se había enterado la prensa de que estaría allí, pero había tanta gente que apenas conseguía caminar. Ella iba intentando esquivarlos, saludando, sonriendo y llorando al mismo tiempo. Se sentía sobrepasada con todo aquello, pero no dejaría que la detuvieran. Necesitaba salir de allí, alejarse de todo. Solo debía encontrar la manera de salir de aquel círculo que habían formado los periodistas a su alrededor.

De pronto, el gentío comenzó a dispersarse dejando pasar a Jooni que había ido en su busca. La abrazó provocando que todas las emociones que estaba reprimiendo salieran a la luz y todas las lágrimas contenidas comenzaran a brotar humedeciendo su camiseta mientras el intentaba cubrir el rostro de aquella mujer con su chaqueta. Pero los periodistas no cesaban en sus preguntas.

—¿Se marcha? ¿Por qué llora de esa manera? ¿No volveréis a veros? ¿Habéis tenido algún problema? ¡Señorita, señorita! ¿Está usted

embarazada?

Diana apartó a Jooni y lo miró, mordiéndose el labio, se despidió de él con un rápido y simple «adiós» y salió a correr dejándolo solo ante todas aquellas personas deseosas de oír cualquier cosa a la que pudiesen sacar jugo.

Ella pensaba que durante el largo trayecto podría descansar, pero nada más lejos de la realidad. Cada vez que cerraba los ojos volvían a su mente todos los momentos que habían vivido. Todos los besos, abrazos y caricias que se habían robado mutuamente entre juegos de rodajes. Entonces recordaba que todo había sido una mentira, que aquella persona no había hecho otra cosa más que mentirle ¿Cómo podía creer ni por un instante que algo de lo que habían vivido había sido real? «Él es actor y ha sabido hacerlo muy bien. Consiguió engañarme completamente, pero hasta aquí duró la broma». Se repetía cada vez que aquellos tiernos y dolorosos recuerdos invadían su mente.

Al llegar a España, tomó un taxi y fue directamente a casa. No quería que nadie supiera que estaba allí, al menos hasta haber podido aclarar su mente. No le apetecía oír nada ni a nadie.

Habían transcurrido casi dos semanas desde que llegó. Dos semanas recibiendo e ignorando entre lágrimas las llamadas de Jooni y había decidido que no lloraría más. Cogió la toalla y fue a la piscina. Allí paso el día, mientras a su móvil se le agotaba la batería sobre la mesita del salón. El agua la hacía sentir bien y estuvo metida en la piscina casi toda la tarde.

Al volver al apartamento, llamó para que le llevasen una pizza.

Cuando el chico detuvo la moto frente al apartamento de Diana, alguien se quedó observándolo desconfiado. Cómo podía ser posible que alguien llevase comida a una casa donde supuestamente no había nadie. Por lo que, decidió esperar a que el joven se marchase y se acercó a comprobar sus sospechas, que efectivamente eran ciertas y sin pensarlo dos veces hizo sonar el timbre.

Diana, que tenía el pelo alborotado y el bikini chorreando aun, del agua de la piscina, de la cual acababa de salir, abrió la puerta pensando que quizás al chico se le había olvidado algo.

Se hubiese quedado con la boca abierta, de no haber estado mordiendo en aquel instante, un trozo de pizza.

XIV

—¿Qué haces aquí? —preguntó en cuanto terminó de tragar.

—¡Eso digo yo! ¿Qué haces aquí? ¿Qué ha pasado? —preguntó Daniel, a pesar de que ya conocía la respuesta.

—Pasa —le dijo haciéndose a un lado—. ¿Quieres pizza?

—Quiero saber cómo estás —respondió él seriamente.

—Estoy bien —contestó ella intentando ocultar su malestar mordiendo otro trozo de pizza.

—He visto las noticias en internet. ¿Por qué has vuelto así? ¿Te ha hecho algo?

—¡No! Estoy bien, en serio —insistía a pesar de que las lágrimas habían vuelto a dejarse caer.

Daniel se acercó a ella y la abrazó, intentando reconfortarla.

—Está bien, si no quieres hablar sobre ello. Quiero que sepas que me tienes aquí para cualquier cosa que necesites, siempre que necesites —recalcó—. Llámame o envíame un mensaje y estaré a tu lado en menos de un minuto —dijo mientras, dulcemente, le secaba las lágrimas con sus dedos.

—Me ha mentido —soltó finalmente, mientras Daniel sostenía su rostro entre sus enormes y cálidas manos—. Todo ha sido una mentira, Dani.

Él acarició su pelo permitiéndole apoyarse sobre sus piernas.

—¿Quieres contármelo?

—Munsu, no, Jooni. Él se hizo pasar por otra persona y ha estado mintiéndome desde que nos conocimos.

—Finalmente se ha atrevido a contártelo.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó asombrada. No podía creer que él supiera de aquella mentira y no le hubiese dicho nada.

—Mm —dijo asintiendo—. En cuanto supe de su mentira le pedí que te contara la verdad e intenté forzarlo a que lo hiciera.

—Pero, ¿por qué no me dijiste nada?

—No podía. No podía ser yo quien te contara algo así. Debía ser él mismo

quien te contase todo lo que hacía y porqué.

—No entiendo nada. ¿Por qué no podías contármelo? ¿Él te pidió que no lo hicieras?

Daniel sonrió ante la inocencia de la que hacía alarde.

—Diana —suspiró—. ¿Todavía no te has dado cuenta?

—¿Cuenta? ¿De qué? ¿De qué tendría que darme cuenta?

Daniel puso sus manos abiertas delante del rostro de Diana para que no pudiese ver su expresión al contarle lo que estaba a punto de decir.

—Jooni, con quien comenzaste hablar como Munsu, se enamoró de ti. Por eso le costaba tanto decir la verdad. Pero créeme cuando te digo que le costó muchísimo más ocultarla. Está enamorado de ti. Completamente. Es un completo idiota. Bueno siempre lo fue, pero ahora más —dijo bromeando para poder verla sonreír de nuevo—. Haría cualquier cosa por ti y por estar contigo. Intenta pensar en esto cuando pienses en él. Todo lo que hizo fue para mantenerte alejada de todo ese mundo público que él pensaba que podría hacerte daño.

—Pero al final… —dijo ella, sujetando las manos de Daniel.

—Sí. Eso fue culpa mía. Lo siento. Fue la única manera que se me ocurrió de juntaros y de ponérselo difícil.

—¿Ponérselo difícil? ¡Hey! ¿Tan difícil piensas que es vivir conmigo? —le respondió con el ceño fruncido.

Daniel soltó una carcajada ante su ingenuidad. Aquella mujer era realmente tierna.

—Ponerle difícil el continuar ocultando su engaño.

—¡Ah! ¿Así que todo lo que he tenido que pasar este tiempo ha sido culpa tuya? —le reprochó mofándose.

—Me temo que sí —respondió poniendo aquella tierna mirada que siempre conseguía camelársela—. Lo siento.

—¿Otra vez poniéndome esas caritas? —le dijo revolviéndole el pelo.

—Oye, ¿tus amigas tampoco saben que has vuelto?

—No, nadie. Bueno, tú.

—¿No vas a contárselo?

—Sí, claro. Además, tengo que retomar mi trabajo. Pero en este momento no me siento capaz de presentarme ante nadie.

—¿Quieres ver una película? —le propuso Daniel viendo que su expresión se entristecía al pensar en aquello—. ¿Vamos al cine?

— ¿Qué te parece si traemos el cine aquí? —respondió ella, poniéndose en pie—. Voy a ducharme y a ponerme algo más de ropa. Tómate lo que quieras o coge lo que te apetezca, en el frigorífico hay cerveza, refrescos, zumos…

Ella se veía realmente deliciosa mientras caminaba hacia él con aquella tierna sonrisa que solía dibujar en su rostro siempre que algo la perturbaba.

Pusieron la película y se acomodaron en el sofá dispuestos a disfrutar de aquel momento de tranquilidad. Aunque la tranquilidad de Diana duró más bien poco, pues Daniel había elegido una película de terror y en cuanto oyó los primeros crujidos extraños soltó su vaso de agua y se agarró fuertemente a Daniel, pegando su rostro sobre la sudadera de aquel hombre que desprendía un aroma embriagador. Él no pudo evitar sonreír al sentirla tan indefensa buscando la protección de su cuerpo. Ella lo hacía sentir completo, como un auténtico hombre que es capaz de proteger a su amada. Pero, ella jamás podría ser suya, por lo que debía contener sus gestos y caricias, a pesar de desear tomarla entre sus brazos como si fuese una frágil muñeca y protegerla de todo. Y ella no se lo ponía nada fácil, pues cada vez que había algo que la asustaba, lo cual sucedía más a menudo de lo que habría pensado, se agarraba a él, clavando sus uñas en su piel.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, sí —respondió sin despegar los labios de su sudadera, permitiendo a Daniel sentir su cálido aliento sobre su cuerpo, que se estremecía ante su sola presencia.

Después de haber visto la película salieron al jardín, con vistas a la piscina comunitaria, donde Diana tenía un sofá. Se acomodaron mientras comentaban lo mala que había sido la película.

El ambiente era de lo más agradable. El aire venía fresco con un ligero aroma a flores y a agua, y a pesar de ser de noche, las luces que

rodeaban la piscina le daban al lugar un toque hermoso y romántico.

— ¿Sabes qué ha pasado con Lara? Bueno no sé si te habrá contado algo —preguntó Daniel rompiendo el hielo.

—¿Qué ha pasado? ¿Le ha pasado algo malo?

—Bueno, depende como lo veas. Su novio la ha dejado porque al parecer piensa que ella no está preparada para tener una relación seria.

—Pobre Lara —dijo entre risas—. ¿Pero está bien?

—Supongo. El problema es que ahora, siempre que me ve, se pega a mí y ya no sé cómo hacer para mantenerla a raya sin ofenderla.

Diana se echó a reír imaginando las expresiones y reacciones de Daniel cada vez que Lara se acercaba "un poco a su estilo" a él. Aquello era tan típico de Lara que le costaba hasta fingir sorpresa. Por otra parte, no le extrañaba que aquel tipo hubiese usado aquella excusa para dejarla, nunca había llevado bien que Lara fuese tan "amistosa" con todos los chicos guapos.

—Tranquilo, seguro que se le pasa. ¡Ah! ¿Sabes qué?

—Qué.

—¡Mañana iré al pub! —dijo decidida a retomar su rutina.

—¿Estás segura? ¿Te sientes bien?

—Sí, gracias a ti. No sé cómo lo haces, pero siempre consigues hacerme sentir mejor —dijo apoyando la cabeza sobre su hombro con los ojos casi cerrados por el sueño—. Eres como un ángel.

Daniel estaba acariciando su larguísimo cabello cuando le dijo aquellas palabras que lograron hacerle esbozar no sólo una sonrisa, sino también que sus ojos se humedecieran al pensar que eso era lo único que le estaba permitido ser para ella, su ángel, pues el lugar más importante de su corazón ya le pertenecía a su amigo. Si estar con él era su destino y la hacía feliz, eso sería bastante para que él se sintiese feliz también.

Abrió los ojos y estuvo a punto de caerse del sofá al dar un respingo después de ver que se había quedado dormida sobre las piernas de Daniel, quien tenía la cabeza apoyada sobre el respaldo del sofá.

Al verlo dormido, no pudo evitar pensar que se veía realmente tierno y encantador. Se levantó sutilmente para no despertarlo y fue a preparar el desayuno sin saber que él, ya estaba despierto, que sólo fingió estar

dormido para no incomodarla. Pero nada más entrar en la cocina, él se levantó y entró al apartamento, donde cogió sitio en la mesa dispuesto a saborear cualquier cosa que le hubiese preparado Diana para desayunar.

Unos cuencos con cereales, chocolate y fruta. Eso era lo que Diana había preparado sobre una bandeja que dejó sobre la mesa, donde para su asombro, ya estaba Daniel esperándola.

—¿Pero tú no estabas dormido? —le preguntó haciéndole una simpática mueca.

Él respondió encogiendo los hombros y sonriendo sin apartar la vista de la bandeja.

—Entonces, ¿irás hoy al pub?

—Sí. Aún no he avisado a nadie, creo que les daré una sorpresa.

—Será divertido ver sus caras.

—¿Vendrás conmigo? —le propuso Diana.

—Claro. No lo dudes ni por un segundo. ¡Por nada del mundo me pierdo la reacción de Lara cuando te vea! —dijo sonriendo.

—Ni yo cuando te vea a ti —dijo ella riéndose. A lo que Daniel le respondió mirándola por el rabillo del ojo y mordiéndose el labio.

Estaba aparcando su coche mientras continuaba bromeando con Daniel sobre Lara y su fanatismo descontrolado por los chicos atractivos, cuando vio que había una pareja abrazada frente a la puerta del pub.

Salieron del coche y se acercaron para abrir. Afortunadamente aquella pareja ya no estaba allí.

Entraron y pasaron a la pequeña sala VIP, en la cual había un enorme sofá que rodeaba toda la habitación. Allí llamó a Carmen y a Lara para reunirse con ellas.

Carmen no tardó ni cinco minutos en llegar y lanzarse directamente sobre ella para abrazarla. Sabía que Diana no era una mujer de las que suelen dar muchos abrazos, pero si alguien querido la abrazaba, ella se lo devolvía y afortunadamente, ella entraba dentro de ese grupo de personas.

—¿Cómo estás? ¿Qué haces aquí tan pronto? ¿Cuándo llegaste? ¿Cómo te

ha ido en Corea? —preguntaba eufórica de alegría.

—¡Para, para! Poco a poco ¿Qué prefieres que conteste primero? —respondió Diana con otra pregunta.

—¿Cómo estás? Puedes responder a esa, primero.

—Más tranquilos que tú, al parecer —respondió Daniel bromeando.

—Estamos bien —contestó Diana a su amiga—. Llegué, no hace mucho. En Corea me fue genial, tuve que trabajar.

—¿Has estado trabajando? —preguntó Carmen asombrada.

—¡Ajá! Gracias a esta persona —dijo señalando con la cabeza a Daniel—. Participé en el rodaje de un vídeo y en sesiones de fotos para algunas revistas. ¿No lo has visto en internet?

—¡Yo sí! —se escuchó la voz de Lara que acababa de llegar—. Imagino que estarás genial, ¿no? Carmen, deberías ver todo lo que hizo en Corea. Seguro que estuviste con muchos guapos, ¿verdad?

—Bueno, también estuve con Daniel —dijo esbozando una malévola sonrisa para provocar a Lara.

—Hola guapo, ¿cómo estás? —preguntó sentándose a su lado, provocando, sin pretenderlo, que él se acercase más a Diana, que estaba aguantando la risa, para evitar los continuos roces de su amiga.

—Bien, gracias. ¿Y tú? —le respondió.

—Ahora estoy perfectamente —le respondió paseando los dedos por la pierna de Daniel.

Él apartó su mano disimuladamente mientras preguntaba a Carmen:

—Bueno Carmen, creo que hay algo que tienes que contarnos, ¿no?

—¿Hay algo nuevo que no me hayas contado? —intervino Diana.

—Sí —respondió ella ruborizada, agachando la mirada.

—¿Qué te ha pasado? ¿Qué has hecho que te has puesto colorada? —insistía su amiga.

Carmen cogió aire, la miró y se preparó para contarle las nuevas noticias.

—Estoy saliendo con Jordi —le dijo del tirón, sin pausas.

—¿Qué? —No daba crédito—. ¿En serio? ¿Con Jordi? ¿El vecino?

—Sí. Con Jordi, el vecino.

—¿Y cómo fue? ¿Qué pasó? —preguntaba sin cesar totalmente asombrada.

Ella se acomodó en el sofá y comenzó a contarle todo lo que les había pasado desde que la salvó de aquel tipo. Le contó que desde aquel momento había cambiado muchísimo y se había vuelto muy protector con ella. Le contó también que un día estaban paseando por el parque y le preguntó si quería salir con él.

Diana la miraba sorprendida, pero emocionada y contenta por ella porque había conseguido cambiar la imagen de gilipollas de su vecino y lo había ayudado a mostrar su lado más agradable y protector.

—Me alegro mucho, Carmen, que hayas encontrado el amor —le dijo agarrando sus manos.

—Sí, es muy bonito —dijo Lara en tono sarcástico.

— ¿Qué pasa contigo? ¿No te alegras por ella? —preguntó Diana al oír la respuesta de Lara cargada de envidia.

—Claro que me alegro por ella, pero no por mí.

—Cuéntame qué te ha pasado a ti que te tiene de esa manera —le animó a liberar todo el rencor que tenía guardado. Porque algo era seguro, ella había respondido así porque estaba rencorosa y podía adivinar casi con total seguridad quien era el culpable de eso.

—Javi me dejó. ¿Y sabes que me dijo?

—¿Qué te dijo? —preguntó Diana mirando de reojo a Daniel, fingiendo desconcierto.

—Que yo no estaba preparada para tener una relación seria. ¿Te lo puedes creer? ¡Yo! Que llevo toda mi vida preparada para tener una relación —decía Lara haciendo aspavientos con las manos.

—Detrás de otra —respondió Diana sonriendo. Lo que hizo a Carmen soltar una carcajada.

—Ya sabemos que tú siempre estás preparada para una relación Lara

—dijo Carmen entre risas.

—Idiota… ¡Pues él se lo pierde! —exclamó Lara con rabia cruzándose de brazos como una niña pequeña.

—Claro que sí hija. Él se lo pierde. Tú encontrarás a alguien pronto y se te olvidará lo malo que estás viviendo ahora.

Lara la miró y le sacó la lengua mientras provocaba una ola de carcajadas a las chicas, que ya se habían dado cuenta de quién iba a ser su próxima presa.

—Y cuéntanos, ¿por qué te has venido tan pronto? —preguntó Lara a Diana.

—Pues… —respondió ésta balbuceando, no sabía qué decirle realmente.

—No te habrá pasado nada malo ¿verdad?

—En realidad… No sabría qué decir —en aquel momento hubiera deseado que esa pregunta no saliera a la luz, porque aún era doloroso de contar, aunque sabía que en algún momento tendría que hacerlo.

—Cuenta —dijo Carmen.

—Sí, cuenta, cuenta —insistió Lara volviendo a pasar sus dedos por la espalda de Daniel, que la miró, la apartó y se quedó pegado al sofá como un imán de frigorífico.

—Bueno, lo que pasó fue que descubrí algo. Más bien, me confesaron algo —comenzó a decir, bajando la mirada.

—¿Te han pedido matrimonio? —preguntó Lara exaltada.

—¡No tonta! Lo que me pasó fue que, ¿recordáis que os había hablado de Munsu? Pues resulta que la persona con la que hablaba no era Munsu. Bueno, al principio sí era él, pero después era otra persona que se estaba haciendo pasar por él.

—¿Qué? ¡Pero qué cabrón! ¿Quién era? —preguntó Lara, que había mostrado más malestar por el asunto que la propia afectada.

—¿Recuerdas esa persona con la que aparezco en las fotos? ¿Ese actor con el que grabé el vídeo?

—Sí ¿Qué tiene que ver ese hombre? ¿Son amigos o qué?

—No son amigos —dijo haciendo una corta pausa antes de darles la noticia—. Era él. Él era quien se había estado haciendo pasar por su amigo Munsu para hablar conmigo en su lugar.

—¡Oh! Que romántico —dijo Lara cambiando radicalmente su propia opinión sobre aquel hombre—. Es muy romántico. Él se hizo pasar por otra persona para poder conocerte, para saber cómo eras tú como persona sin verte influenciada por su fama.

Diana se había quedado sorprendida ante la rápida deducción de Lara.

—Y ¿Por qué decidió contártelo? —volvió a preguntarle movida por la curiosidad.

—Daniel dice que es porque está enamorado de mí. Él dijo que no podía continuar mintiéndome.

—¿Y tú por qué crees que lo hizo? —le preguntó Lara que comenzaba a dar forma a la película que su mente estaba creando con su amiga como protagonista.

—Porque comenzó a razonar al tenerme allí y se le hizo difícil continuar con la mentira.

—Eres demasiado dura con él —le dijo Daniel.

—Eso —lo apoyó Lara acercándose más a él—. No seas así. Seguro que Daniel tiene razón y te lo confesó porque está enamorado de ti. ¡Oh! ¡Es tan romántico! —exclamó poniendo ojitos a Daniel, que ya no sabía dónde meterse.

Después de aquel día, Diana continuó yendo a abrir el pub. Cada día era la primera en llegar y la última en marcharse. Pero todos notaban que algo había cambiado en ella. Algo le sucedía que la hacía evitar todo tipo de contacto con las personas. Solamente Daniel era capaz de acercarse a ella, y porque era un tipo bastante persistente, que no se rendía cuando ella se negaba o no le abría la puerta de casa para estar sola.

Así, había pasado casi dos meses y las chicas y Daniel decidieron que debían hacer algo, pues no podían permitir que continuara con aquel estilo de vida, enclaustrada en su propia casa y la oficina del pub, donde se metía nada más llegar y de donde no salía, a menos que hubiese alguna disputa o hasta llegar el momento de cerrar para irse a casa de nuevo.

Un día Daniel llamó a la puerta de su casa. Ella fingió estar dormida, pero como él ya se conocía aquel truco, dio la vuelta por la parte de la piscina y

entró por el jardín.

—No puedes seguir así Diana —le reprochó viéndola tumbada en el sofá con la mirada perdida—. ¿Por qué no respondes a mis llamadas? Si tienes algún problema conmigo ¿no crees que deberías contármelo para poder solucionarlo en lugar de alejarme así de ti?

De pronto, ella se incorporó y lo miró fijamente, aunque en sus ojos, sólo se podía ver el vacío. Aquel tiempo que había pasado a solas, lo había empleado en vaciar su alma y su mente, pero aquello no era bueno para ella y no permitiría que continuase así.

—Tienes razón —le respondió sorprendiéndolo y cogió el móvil.

—¿Tienes muchos mensajes? —se interesó Dani.

—Trescientas llamadas y setenta mensajes, más o menos.

—¿Cuánto tiempo hacía que no mirabas el móvil? —preguntó él realmente asombrado.

—Pues… ¿dos meses? Sí, creo que dos meses.

—Me tienes preocupado —se acercó sentándose junto a ella—. Respóndeme a algo. ¿Tú sientes algo por Jooni?

—No —respondió de inmediato y tajante, sin pensarlo ni un solo segundo.

—¿Estás segura? —preguntó Dani, que podía intuir que no estaba siendo sincera.

—Sí. Estoy segura —contestó firmemente.

—Deberías pensarlo. Yo creo que sí sientes algo por él, aunque lo niegues.

—¿Por qué tendría que sentir algo por esa persona?

—¡Mírate! ¡Mira cómo estás! Si no sintieses nada por él, no estarías así. Tú eres una mujer fuerte y a pesar de intentar fingir que estás bien, es más que obvio que no lo estás. Tú sientes algo por él, ¿verdad?

Diana apoyó la cabeza sobre su hombro y se disculpó por dejarlo solo ante la amenaza de Lara, para evadir el tema.

—Al menos no has perdido el sentido del humor. Aunque a mí no me hace gracia. Me has abandonado y ya no sé qué más hacer —le reprochó poniendo aquella mirada tan enternecedora—. Por cierto, un pajarito me

dijo que pronto será tu cumpleaños —le preguntó sabiendo la respuesta, ya que, Carmen y Lara, se lo habían contado y le habían pedido que hablara con ella y la convenciera de hacer una fiesta para animarla.

—Es en dos semanas. ¿Por qué? ¿Quieres pedir una cita a Lara? —le preguntó bromeando.

—Vaya, parece que tu humor ha vuelto —le contestó abrazándola—. Vamos a hacer una fiesta para celebrar tu cumpleaños y no puedes negarte.

—Dani…

—No. He dicho que no puedes negarte. No me niegues ese placer, por favor. Yo lo prepararé todo. Ya sabes que se me da bastante bien organizar fiestas.

Ella lo miró con una tímida sonrisa y le dio un delicado y suave beso en la mejilla, respondiendo así a su petición.

XV

Aquel día, después de salir del apartamento de Diana, Daniel cogió su coche y fue en busca de las chicas, que estaban esperando noticias suyas.

Al llegar al bar de Jordi, Lara salió a recibirlo, pero él se apartó de ella, dándole unas palmaditas en la espalda como saludo.

—¿A dicho que sí? —preguntó Carmen desde su asiento, observando cómo Lara ponía caras mientras caminaba detrás de Daniel.

—Algo así. Le dije que íbamos a hacer una fiesta y que no podía negarse.

—¡Tú sí que sabes! De verdad, creo que ha tenido muchísima suerte de conocer a alguien como tú —le dijo Carmen realmente feliz de saber que Diana tenía a alguien como él de su lado.

—Entonces ¿Cuándo empezaremos a prepararla? —preguntó Lara impaciente por comenzar con los preparativos.

—Cuando queráis podemos ir a la tienda para comprar las cosas que hagan falta, o puedo ir yo —respondió, intentando evadir a Lara.

—¡Yo iré contigo! —le dijo—. ¿Ya sabéis que temática queréis darle a la fiesta?

—Tengo alguna idea —les hizo saber Daniel.

—Entonces id vosotros a comprar las cosas, yo me quedaré y haré los pedidos de las bebidas que usaremos —les dijo Carmen.

—Está bien. Necesitaremos bebidas espirituosas. He pensado que podríamos servir chupitos y cócteles afrodisiacos y jugar con los colores de las bebidas. ¿Te parece bien?

—¡Claro! Pediré algunas botellas y le diré al barman que prepare algunos cócteles de prueba.

—Entonces, ¿nos vamos? —le preguntó a Lara, que dibujó una enorme sonrisa.

Estando en el enorme almacén donde solían comprar las cosas para sus fiestas, Lara caminaba al lado de Daniel observando la soltura con la que se movía por el lugar. Parecía que tuviese muy claro lo que quería, cuánto quería y de dónde debía cogerlo y aquello le daba un toque de lo más *cool* y atractivo.

—Vaya Lara —dijo su ex, viéndola venir con unas velas en las manos para dejarlas en el carro que empujaba Daniel y que se encontraba detrás de él—. Estás preciosa —le dijo, dando una palmadita en el trasero a la chica que estaba junto a él para que se alejara.

—¡Ah Javier! —le respondió con sequedad.

—¿Qué haces aquí, preciosa?

—Lo mismo que tú, supongo.

—Oye, he estado pensando en lo nuestro.

—No hay un «lo nuestro» —dijo cortante Lara sin dejar que acabara la frase.

—Eso digo, ¿por qué no volvemos? Te echo de menos, preciosa —le dijo su ex intentando volver a engatusarla.

Lara dio un paso atrás sorprendida por las palabras de aquel idiota. No encontraba las palabras para responderle como se merecía.

Daniel había presenciado aquel encuentro desde el principio y se había dicho así mismo que no interferiría, pero al ver el rostro enrojecido de Lara, que estaba a punto de echarse a llorar, mandó a la porra su

promesa. No podía ver sufrir a una mujer.

Se acercó a ella apartando con el hombro a Javi y la agarró por la cintura.

—¿Por qué has tardado tanto, cariño? —le dijo, dejando atónita a la joven—. Vamos.

Cogió las velas que sostenía entre sus manos y caminaron agarrados hasta el carrito.

—¿Quién es ese tío? —preguntó Javi.

—Soy su novio ¿tienes algún problema con eso?

—Así que ya tienes a otro. Hice bien dejándote. No eres más que una buscona —dijo Javi, quien se había sentido herido al verla con otro hombre y sólo soltaba aquellas groseras palabras para hacerle daño.

—¡Exacto! Hiciste bien dejándola, porque me dejaste el camino libre para declararle lo que sentía por ella. Sinceramente, nunca comprendí cómo podía estar con un tío tan cerdo como tú —respondió Daniel a aquellos insultos, sujetando la mano de Lara que estaba temblando.

Aquel tipo pareció comprender que no tenía nada que hacer frente a su nueva pareja, pues era un hombre alto, fuerte y elegante y, sin embargo, él era un tipo enclenque y con los ojos hundidos. Las únicas pesas que levantaba eran las latas de cerveza que se bebía a pares. Por lo que simplemente se giró, agarró a la chica que lo acompañaba y se marcharon de allí.

—¿Estás bien? —preguntó a Lara que se notaba visiblemente afectada.

—Gracias —fue la única respuesta que recibió de la joven, que continuaba con la cabeza gacha.

—No te preocupes. Está claro que ese tipo no te merece —dijo abrazándola—. Volvamos.

Dos días después, Diana estaba en su apartamento cocinando cuando escuchó que llamaban a la puerta. Fue a abrir con el delantal puesto sobre el bikini.

— ¡Nuna! —gritó eufórico de alegría Juhwan.

Ella se había quedado helada, pues no esperaba verlo allí de nuevo tan pronto. Pero no tardó más de dos segundos en darle un fuerte abrazo. Aquel chico era una persona de esas tan tiernas y encantadoras que

cuando lo ves, sólo te apetece achucharle y besarle las mejillas.

—Qué bien huele. Entra, ¡rápido! —dijo Daniel apartando a Juhwan para abrazar también a Diana.

—Pasad —dijo recibiendo el abrazo de Daniel—. Tú también, vamos.

Después de disfrutar del suculento almuerzo compuesto por una riquísima paella y una tortilla de patatas casera que había preparado Diana, salieron a la piscina, donde pasaron toda la tarde entre chapuzones y risas.

—Nuna, ¿cuándo será tu fiesta de cumpleaños? —preguntó Juhwan antes de saltar a la piscina.

—Será este fin de semana —respondió salpicándolo con el agua.

—Estoy deseando que sea fin de semana —dijo riéndose, mirando a Daniel y sacándole la lengua.

—¿Por qué no vienes con nosotros? —preguntó Diana a Daniel, quien estaba tumbado en el césped.

—No quiero mojarme otra vez —dijo colocándose bien las gafas de sol.

Pero no era divertido que sólo ellos estuviesen mojados, por lo que salieron de la piscina, se acercaron a Daniel muy sigilosamente y saltaron sobre él, abrazándolo para mojarlo. Él los miró por el rabillo del ojo y agarró a Diana antes de que pudiese escapar.

—¡Ahora verás! —le dijo apretándola contra su cuerpo y llevándola hasta el borde de la piscina.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó sujetándose fuertemente a él para que no la lanzara a la piscina—. No, no, no, no ¡no! ¡Por favor, por favor! —insistía clavándole las uñas en la espalda, cosa que él estaba disfrutando más de lo que debería.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de mi venganza? —le preguntó Daniel sonriendo pícaramente.

—No —dijo intentando, en vano, disimular. ¿De qué podría tener miedo?

—Sí claro, tus uñas clavadas en mi espalda son una clara prueba de ello.

Diana lo miró y le sacó la lengua. A lo que él respondió acercándola aún más al borde de la piscina. Estaban a punto de caer, pero ella continuaba clavando sus uñas en el espectacular cuerpo de Daniel, aunque esta vez también pegó su rostro en su pecho. No quería que la lanzara al agua de

esa manera. Él tomó su cara entre sus manos y la miró detenidamente.

—Yo saltaré contigo —dijo un segundo antes de saltar juntos a la piscina.

Al verlos lanzarse Juhwan comenzó a aplaudir.

—Vaya, era como estar viendo una película. Mala, pero una película. —no pudo reprimir su risa y salió apresuradamente del agua al ver que iban hacia él para hacerle una ahogadilla.

Después de haber cumplido su venganza, lanzando y sumergiendo bajo el agua a Juhwan, salieron de la piscina y entraron al apartamento para ducharse. Pero Daniel le dijo a Diana que saldría unos minutos porque tenía que llamar al músico que vendría a tocar en la fiesta para concretar, que se ducharía más tarde, después de hablar con él.

—¡Juhwan! —gritó Diana, tapándose la cara y echándose a reír al verlo pasar desnudo con tanta tranquilidad, usando solo una pequeña toalla, que llevaba con la que iba secándose el pelo.

Él la miró, le guiñó el ojo y continuó su camino hasta llegar a la habitación que Diana le había preparado.

Aquello la había hecho recordar aquel momento con Daniel y la toalla de bidé estratégicamente colocada. «Estos chicos están cortados con la misma tijera» pensó sonriendo al ver lo parecidos que eran.

Una vez que Daniel había vuelto, se sentaron a cenar la exquisita cena que tan amablemente se había ofrecido a preparar Juhwan.

—Yo friego —se ofreció Daniel, quitándole el plato de las manos a Diana.

—No hace falta. Yo puedo hacerlo.

—Lo sé, pero permíteme —insistió.

—El mío también ¿no? —le dijo Juhwan entregándole su plato vacío—. Nuna veamos una película. ¿Tienes alguna película de miedo?

— ¡Esperadme! —dijo Daniel desde la cocina, apresurándose a fregar todos los platos y vasos.

Mientras veían la película ambos cruzaron sus brazos con los de Diana, que miraba de un lado a otro algo apabullada y soltándose de ambos.

—Vamos chicos, poneos cómodos —decía sonriendo traviesa, mientras se tumbaba apoyando la cabeza sobre las piernas de Daniel y las piernas

sobre Juhwan.

Los chicos se miraron sonriendo y comenzaron a hacerle cosquillas, pero al ver que estaba a punto de caerse del sofá mientras se encogía de la risa, Daniel la sostuvo y volvió a apoyar su cabeza sobre sus piernas mientras hacía un gesto a Juhwan para que se detuviera.

—Me las pagareis —les dijo intentando recomponerse, estirando los brazos y las piernas sin moverse del sitio—. ¡Ahh! —gritó del susto que se había dado al mirar por el rabillo del ojo la pantalla del televisor y ver a aquella mujer apareciendo por el techo.

Los chicos se echaron a reír al verla cambiar su postura y sentarse con las piernas encogidas.

—¿Estás haciendo yoga en este momento? —le preguntó Juhwan burlándose de ella.

Ella lo miró y le sacó la lengua.

—¡Ah! ¡Habíamos quedado con Carmen para probar los cócteles! —dijo de pronto al recordar su cita.

—Sí. Cuando acabe la película vamos en mi coche.

Diana estaba subiendo las escaleras para cambiarse de ropa recordando algunas escenas terroríficas de aquella película. De pronto escuchó algo y subió corriendo los cuatro escalones que quedaban, pero al llegar arriba pudo oír como Juhwan y Daniel se partían de la risa desde el salón. «Estos tipos...» pensó entrando en su habitación.

Una vez en el pub, se encontraron con Carmen y con Lara que no podían perderse aquella prueba. Sobre todo, si había cócteles afrodisiacos y Daniel se encontraba allí.

—Yo quiero probar esos cócteles también —dijo Juhwan estirando el brazo para coger uno.

—Tú no deberías beber eso —le dijo Diana.

—¿Por qué no? —le preguntó Daniel.

—Porque son bebidas afrodisiacas y son bastante fuertes.

—Entonces deberías dejar que las pruebe. Será divertido ver cómo actúa después de tomar una de estas.

—¿Qué dices? ¿Quieres emborracharlo para reírte de él? —le preguntaba Diana en tono de reproche.

—No, no. Él se emborrachará solito. Yo sólo me reiré.

Carmen se echó a reír al verlos pelear. Parecían un matrimonio discutiendo sobre si su pequeño debía o no tomar alcohol.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Diana.

—Eso —asintió él.

—Nada, nada. Continuad —respondió sin poder parar de reírse.

—Vamos Juhwan, prueba éste —le ofreció Daniel.

Entonces Diana lo detuvo, agarró el vaso y se tomó el coctel de un trago antes de que Juhwan pudiese siquiera reaccionar.

—Nuna…

—Toma éste —volvió a ofrecerle otro cóctel. Pero Diana volvió a hacer lo mismo y se lo tomó de un trago.

—¿Quieres dejar de ofrecerle bebidas alcohólicas? —le reprochó con los colores subidos. Lo que provocó que Daniel le pellizcara las mejillas.

—También tú deberías dejar de beberte todo lo que le ofrezco —respondió Daniel a sus reproches con aquella peculiar sonrisa de chico travieso.

—Pues no se lo ofrezcas ¿o es que lo que de verdad quieres es emborracharme a mí? —le preguntó entrecerrando los ojos.

Lara y Carmen la miraban sorprendidas al ver a su amiga de aquella manera. Normalmente era protectora, pero aquel chico era mayor de edad y estaba acompañado de todos ellos ¿Qué podría pasarle?

—Vamos Diana, deja que el chico pruebe uno al menos —dijo Lara.

Ella la miró y le dijo: —él no tiene tanta tolerancia al alcohol como nosotros. Por eso no puede beber.

—Ya veo. Supongo que jamás tendrá tanto aguante como tú —le dijo Daniel mordiéndose el labio intentando aguantar la risa al verla balancearse.

—Claro, si ¿Qué dijiste? —preguntó frunciendo el ceño.

Ya no pudo contenerse por más tiempo y rompió a reír, acercándose a ella y sujetándola.

—Digo que están muy buenos y que deberíamos irnos ahora, ¿no crees? —le propuso Daniel finalmente mientras la sostenía entre sus cálidos brazos.

—Ah, sí, sí. Están muy buenos. Estos estarán bien —dijo dejándose caer sobre Daniel, que aún la tenía sujeta.

—Bueno chicas, creo que debería llevarla a casa —les informó Daniel colocando a Diana sobre su espalda.

—Pero no he probado ningún cóctel —dijo Juhwan haciendo pucheros.

—En la fiesta podrás beber el que quieras —le dijo Daniel para calmarlo.

—¿De verdad? —dijo Juhwan.

—Sí, yo estaré contigo cuando la pidas para que no pueda negártelo.

—¡Lo has prometido! —insistió el joven sediento, para dejarlo claro ante todos.

—Sube al dormitorio, yo la dejaré en su cama —le dijo a Juhwan, mientras sostenía a Diana entre sus brazos.

El joven le lanzó una mirada sospechosa. Conocía demasiado bien a su amigo como para saber qué era lo que estaba pasando por su mente.

Todo se veía borroso, su boca estaba seca y la cabeza le dolía como si hubiese estado de fiesta toda la noche. «¿Qué hice anoche para estar así? Aquellas bebidas eran realmente fuertes» pensaba mientras se levantaba de la cama dejándose llevar por el delicioso y dulce aroma que provenía del salón.

—¡Nuna! Ya sólo queda un día para la fiesta. ¿No estás nerviosa?

—¿Por qué debería estar nerviosa? —preguntó ella, viendo como Daniel le daba un codazo en el costado a Juhwan—. ¿Qué pasa?

—Nada. ¿No quieres un dulce? —se apresuró a responder Daniel, poniéndole delante una bandeja repleta.

—Oh, te adoro Dani, en serio. ¡Qué rico! —dijo cogiendo uno de los

dulces.

—Sentémonos a desayunar —dijo él, llevando la bandeja a la mesa, donde había también, batidos y zumos naturales que él había preparado para pasar la resaca que Diana pudiese tener, después de haberse tomado todas las copas que él le había ofrecido a Juhwan y que ella para protegerlo le había robado—. Después tenemos que ir al pub para terminar de colocar los adornos. No es necesario que estés allí hoy. Puedes quedarte y descansar —le propuso a Diana.

—Sí nuna, yo me quedaré contigo. ¿Podemos pasar el día en la piscina? —le dijo Juhwan, que ya sabía de los planes de su amigo.

—¿No es necesario que vaya? —preguntó entrecerrando los ojos con incredulidad.

—No, sólo colgaremos algunos adornos y comprobaremos que todo está como debe. Descansa hoy que mañana será un día importante para ti.

—Sólo será mi cumpleaños, no es nada especial —dijo Diana pretendiendo restarle importancia a tal día.

—Nuna, hay que celebrar por todo lo alto el día en que viniste al mundo porque si no te tuviéramos todo sería distinto, más aburrido —intentó animarla Juhwan, viendo que mostraba tan poco interés en la celebración de su propio nacimiento.

—Tú eres especial y mereces una celebración especial —recalcó Daniel sosteniendo su rostro entre sus manos y mirándola a los ojos.

—Bueno… —respondió ella agachando la mirada.

—Nuna ponte el bikini, vamos a bañarnos. Deja que Dan se encargue de todo.

Algo bueno debía tener la piscina, que había conseguido levantar su ánimo, o quizás era la alegría tan contagiosa de Juhwan. Aquel muchacho era tan agradable y cálido, que no importaba en qué estuviese pensando, él conseguía que dejase de hacerlo. Ella lo observaba chapotear en el agua como un niño pequeño mientras agradecía el haberlo conocido.

—¡Vamos nuna! —dijo mojándola con el agua que llevaba en la boca y volvió disparado para la piscina riéndose como un niño travieso que quiere jugar.

Mientras, en el pub, todos se encontraban preparando los adornos, la iluminación, todo lo necesario para que la fiesta fuese perfecta. A Daniel no le gustaba dejar las cosas a medias, quería que fuese todo perfecto y

caminaba de un lado a otro comprobando que la iluminación estuviese colocada como él les había pedido, que los farolillos estuviesen donde debían, que las flores blancas que había pedido estuviesen frescas y tuviesen aroma, al igual que los hermosos y florecientes claveles rojos que decoraban todo el local, creando un espacio misterioso y seductor.

Después de comprobar que todo iba correctamente, se acercó a la barra para preguntar a Carmen si le faltaba alguna bebida o si necesitaba ayuda con algo, pero todo estaba controlado. Entonces se dirigió hacia Lara, que estaba subida a una silla colocando uno de los últimos farolillos. Él se acercó para ofrecerle su ayuda, pero antes de que pudiese abrir la boca, vio como Lara apoyaba mal el pie al empinarse y se resbalaba de la silla. El corrió hacia ella para sostenerla entre sus musculosos brazos antes de que tocase al suelo.

Ella se quedó entre sus brazos, con los ojos cerrados. En aquel momento sentía una extraña mezcla de sensaciones que la transportaban desde el miedo hasta al deseo. Miedo a caer y deseo de permanecer entre los brazos de aquel hombre, que emitía una sensualidad difícil de ignorar.

Cuando la dejó sobre la silla, se agachó mirándola de frente y le preguntó si se encontraba bien, pero ella, a pesar de considerarse una mujer bastante elocuente, no consiguió articular palabra al tener tan cerca los labios de Daniel, que se veían tan apetitosos y jugosos que le provocaba besarlos y morderlos. En lugar de responder, se mordió el labio esperando que, de aquella manera, se calmasen sus deseos de devorarlo.

—¿Estás bien? —volvió a preguntar viendo la expresión sofocada en el rostro de Lara.

Ella asintió suspirando.

—Entonces me voy. Ten más cuidado la próxima vez.

Lara bajó la cabeza decepcionada y triste por no haberse atrevido a hacer lo que deseaba, por contenerse. Él no se había percatado de nada y por si fuese poco, ahora pensaba que era una torpe. Seguro. Ya no podía esperar nada con él. Entonces sintió unas manos sujetando su rostro.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —había vuelto Daniel para asegurarse, al verla cabizbaja.

—Sí, gracias —respondió ella sonrojándose mientras él la besaba en la frente.

A pesar de no haber sido un beso largo y apasionado en los labios como Lara deseaba, había conseguido hacerle sentir mariposas en el estómago lo que la hizo terminar de preparar su parte con una enorme sonrisa en su

rostro.

Y entre una cosa y otra, había llegado el momento de la fiesta. Era la primera vez que veía su local tan hermoso. Estar allí era como estar en una playa donde podías ver las estrellas disfrutando del delicado aroma de las flores exóticas.

Daniel había improvisado un pequeño escenario para el artista al que había llamado. No era nada extravagante, sólo había una silla al lado de un micrófono de estilo antiguo.

—Ya está todo listo —le dijo Daniel apoyando la guitarra sobre la silla.

—Bien —respondió observando extrañada las iniciales que la guitarra llevaba grabadas.

XVI

Lara había estado persiguiendo a Daniel toda la noche, asegurándose de que no se le acercaba ninguna mujer que no fuese ella. Todo muy disimuladamente, por supuesto. O al menos, eso pensaba ella, pues todos se habían dado cuenta de su persecución obsesiva.

Todos lo estaban pasando genial, bailando, bebiendo, conociendo gente nueva, incluso había ido la prensa.

Diana no conseguía comprender cómo se había enterado la prensa de su fiesta y mucho menos qué interés podían tener ellos en estar allí. Entonces desde las escaleras vio que todos los periodistas se reunían, como si estuviesen planeando o esperando algo. De pronto se apagaron todas las luces, aunque aquello parecía no ser una molestia para ninguno de sus invitados, que habían comenzado a aplaudir y a silbar. Intentó llamar a Carmen para solucionar aquello, pero antes de bajar un solo escalón, se encendieron los farolillos que estaban colocados estratégicamente formando la constelación correspondiente a su mes de nacimiento. Realmente era como estar bajo un manto de estrellas. Todos estaban vestidos de blanco y jugaban a ocultar su rostro con unas preciosas máscaras venecianas. Ella comenzó a escudriñar entre todas las personas que se encontraban en la sala, asegurándose de que todo estuviese en orden, cuando, vislumbró a alguien subiendo al escenario. Todas las chicas comenzaron a gritar y los periodistas se volvieron hacia él, para no perder ni uno solo de sus movimientos. Aquel hombre tan elegantemente vestido con un traje blanco y una preciosa máscara, se sentó en la silla y agarró la guitarra. En aquel momento un escalofrío recorrió todo su cuerpo, pero un sentimiento aún más potente se apoderó de ella cuando aquel hombre empezó a tocar. La melodía le resultaba familiar, aquella era la misma melodía que Jooni le había mostrado en Corea, sólo que la letra estaba en español. Pero cómo podía ese hombre

conocer su melodía. Su voz sonaba aterciopelada y profunda, rota, ruda, pero tierna y suave. Podía sentir cómo la envolvía y la estaba haciendo recordar todos aquellos momentos que había pasado en Corea con Jooni. Sintiéndose inquieta y nerviosa, esperó a que terminase de tocar y subió corriendo a su oficina, donde se encerró para que nadie pudiera molestarla. Después de aquello necesitaba tumbarse, pensar, recapacitar, necesitaba aclarar su mente.

El artista esperaba que la propietaria se acercase a él para darle la bienvenida después de tocar su primera y única canción, pero en lugar de eso, tenía un grupo de chicas rodeándolo, gritando su nombre, intentando sacarse fotos con él y a un grupo de periodistas buscando la oportunidad de acercarse a él. Pero su intención era encontrar a la joven propietaria, aunque lo tenía muy difícil, no se rendiría. Sacó el móvil y envió un mensaje a Daniel: «Ayúdame, por favor».

En dos minutos Daniel estaba allí, junto a Juhwan, llamando la atención de las chicas y de los periodistas sobre él, mientras Daniel agarraba de la chaqueta al misterioso artista, lo sacaba de aquel círculo que habían formado a su alrededor y lo guiaba hasta las escaleras.

—Estará arriba, seguro —le dijo Daniel.

Aquel hombre comenzó a subir los escalones muy despacio, como si sus propios deseos de llegar le impidiesen moverse con soltura y fluidez. Al llegar ante la puerta de la oficina de Diana se detuvo, soltó un profundo suspiró y golpeó la puerta.

Ella, que acariciaba su pulsera con suavidad sumida en sus pensamientos, dio un respingo, se levantó del sofá, donde había estado tumbada y fue hacia la puerta para abrirla.

—¿Hay algún problema? —preguntó refregándose los ojos, que le escocían de aguantar las lágrimas que habían tratado salir al recordar a Jooni. Al fin había comprendido que lo extrañaba y que lo necesitaba.

El hombre se quedó mirándola sin decir una palabra.

—¿Quién eres tú? —quiso saber.

—*Naeagi* —dijo quitándose la máscara.

Diana se quedó patidifusa, mirándolo fijamente, sin atreverse a decir nada o a moverse, por miedo a que aquella fantasía desapareciese ante ella.

—¿Estás bien? —preguntó él viendo que se había quedado petrificada.

Entonces Diana, estiró el brazo lentamente hasta tocar con la punta de los dedos el traje de aquel hombre, que sujetó su mano y la abrazó.

—¿Me has echado de menos tanto como yo te he echado de menos a ti? Porque este tiempo se me ha hecho eterno sin ti. Perdóname, por favor. Sólo quiero que vuelvas a hablar conmigo. No puedo vivir sin ti.

—¿Eres real? —continuaba preguntando. No podía creer que estuviese allí.

—¡Claro que sí! —respondió apretándola contra su pecho.

—Jooni —sollozó refregando la cara por su camisa, intentando sentir su calor y fundirse en él.

Daniel estaba al otro lado de la puerta escuchándolo todo. Después de asegurarse de que ella aceptaba de nuevo a su amigo, sacó del bolsillo de su pantalón un billete de avión para Italia, «supongo que esto es lo mejor para ustedes», dijo mirando el pasaje.

—Mira cómo me has puesto —dijo Jooni en tono burlón agarrando su camisa que estaba toda manchada de rímel.

Aún estaba sorprendida por tenerlo allí, pero aun así ella intentó responder como si nada le importase.

—Así es como está de moda ahora ¿no lo sabías? Por cierto ¿Por qué has venido? ¿Cuándo llegaste? ¿Por qué no me dijiste nada? —respondió refregándose los ojos en un intento vano por eliminar el rímel que se había esparcido por sus mejillas.

—¿Cómo podía decírtelo si no me respondías a las llamadas ni a los mensajes?

Ella bajó la cabeza evitando responder.

—Llegué apenas hace un momento. ¿Por qué crees? Porque tenerte lejos me estaba volviendo loco. Pensar que tal vez no volviera a saber de ti me quitaba el sueño. Mi corazón estaba roto y tenía que recomponerlo y sólo tú puedes hacer eso, porque sólo tú sabes lo que necesita mi corazón.

—¿Yo? ¿Qué es lo que necesita? —le preguntó ella en tono inocente con mirada cómplice.

Él esbozó una tierna sonrisa y tomó su rostro entre sus grandes y fuertes manos.

—A ti. Tú has sido siempre mi única fantasía, el más hermoso de mis sueños y mi más preciada realidad. Sin ti no soy nada, sin ti no tiene sentido que mi corazón continúe latiendo. Tú eres la razón por la cual sonrió cada día. Te amo Diana, te amo tanto que no puedo dejarte marchar, te necesito junto a mí. Te amo.

Ella inclinó la cabeza como aquel día en su coche, cuando trataba de averiguar quién se ocultaba tras la máscara, lo que hizo sonreír a Jooni, que la apretó contra su pecho tan fuerte que casi podían fundirse el uno con el otro. Entonces alzó la vista, se humedeció los labios y le lanzó una mirada directa, intensa, dulce y lujuriosa.

Jooni podía sentir su corazón latiendo aceleradamente mientras Diana lo miraba de aquella manera.

—Quince segundos —le dijo Diana parpadeando lentamente y con una pícara sonrisa. Pero Jooni no dejó pasar más de dos segundos después de oírla decir aquello para sacar a pasear sus labios por el delicado y suave cuello de Diana. Su aliento le erizó la piel. Ella se aferró a su fibroso y musculoso cuerpo, que tanto echaba de menos, y él tomó posesión de sus jugosos labios.

—¡Deseaba tanto hacer esto! Poder sentirte tan cerca, poder besarte y abrazarte. Poder oler tu delicioso aroma, agarrar tu largo cabello y acariciar esta piel tan suave, tan perfecta. Eres mi prototipo de mujer perfecta —le decía mientras recorría con los dedos sus caderas y la levantaba en brazos llevándola hasta el sofá, donde la tumbó.

La manera en la que aquella mujer lo miraba le estaba volviendo loco. Tan dulce y tan sensual. Quería más, quería entrar en ella, en su alma, en su corazón y quedarse allí para siempre.

—¿Sabes algo? —preguntó ella.

—Dime.

—Sí. También te eché de menos. Tanto que pensé que iba a morir. Porque, aunque me haya costado todo este tiempo reconocerlo, te amo. Sí, yo también te amo, idiota mentiroso —le dijo mientras lo rodeaba con las piernas haciéndolo tumbarse sobre ella para que no pudiese ver las lágrimas que brotaban de sus ojos oscuros. —Te amo —le repitió en un tono más serio, mirándolo dulcemente.

—No me alejes de ti nunca más —le dijo él recostándose sobre ella, apoyando la cabeza sobre el pecho de Diana y paseando sus dedos por la palma de su mano.

Ella lo abrazó, apretando las piernas alrededor de su duro cuerpo y agarrando su pelo.

—Jooni… —lo llamó sensualmente.

Él se apoyó sobre sus manos y se colocó sobre ella, frente a frente, dispuesto a darle a aquella mujer que se había apoderado de su alma, de su corazón y de su cuerpo todo lo que pidiera.

—Quédate conmigo esta noche —le pidió ella amorosamente.

—Me quedaré contigo para siempre. ¿Quieres ir a casa?

—Sí, parece que al fin seré yo quien te lleve a mi casa. Pero… ¿Cómo vamos a salir de aquí sin que se enteren allí abajo? —preguntó refiriéndose a las chicas y a la prensa que andaban merodeando por el lugar, preguntándose dónde se habría metido.

Jooni se mordió el labio intentando pensar alguna manera en la que pudiesen salir sin ser vistos.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Diana—. ¿Recuerdas cómo apareciste en el escenario? Pues al final de las escaleras hay una puerta que da a la cocina, si conseguimos llegar allí podremos salir por la puerta de la cocina. Llegaremos a un parking, pero tendremos que ir con pies de plomo.

—Sí. Podemos hacerlo —respondió agarrando su mano dispuesto a salir.

—¿Preparado? —le preguntó ella a punto de hacer saltar los plomillos de la luz.

—Escapemos juntos —respondió Jooni compartiendo una mirada cómplice.

Al apagarse todas las luces pudieron oír como empezaba el barullo. Fue entonces cuando comenzaron a bajar las escaleras sigilosamente y cruzar la cocina hasta conseguir llegar al parking. Una vez allí caminaron agazapados entre los coches hasta llegar al de Diana.

—Menos mal. Gracias por salvarme, mi ángel —le dijo Jooni una vez salieron de allí.

—Me debes una —le respondió astutamente.

—Claro ¿Qué me pedirás a cambio?

—¿Un masaje? —le pidió ella pícaramente.

—¡Hecho!

—Parece que he pedido demasiado poco —murmuró ella.

—¿Quieres agregar algo más?

—¡Sí! —se apresuró a responder—. ¿Me cantarás algo antes de dormir?

Jooni le acarició tiernamente la mejilla mientras conducía, haciéndola sonrojar. Era incapaz de negarle nada.

—Pues esta es mi casa —dijo abriendo la puerta del coche.

—Parece un sitio bastante tranquilo —dijo Jooni echando un ligero vistazo por los alrededores, hasta donde le llegaba la vista.

—Lo es. Por eso vivo aquí. ¿Quieres entrar? —preguntó mientras abría la puerta del apartamento.

Jooni cruzó la puerta como si fuese un vampiro al que acaban de invitar a pasar.

—Bueno, pues aquí vivo yo —dijo soltando un suspiro—. ¡Ah!, hay dos baños, uno aquí abajo y otro en la planta de arriba, allí están los dormitorios también. La cocina está aquí. Si necesitas algo o si te apetece tomar algo siéntete como en tu casa —le dijo mientras subía los escalones.

—¿A dónde vas? —le preguntó Jooni.

—Yo necesito una ducha. Y tú deberías darte otra también, te he dejado el traje fatal —dijo señalando con la mirada las manchas de rímel que le había dejado en la camisa.

—Sí, debería… —dijo en voz baja, humedeciéndose los labios, lleno de deseo.

El agua mojaba el largo y ondulado cabello de Diana cuando sintió que alguien había entrado en el baño.

—¡Jooni! —gritó tapándose con las manos. ¿Qué haces aquí?

—Dijiste que debería ducharme —decía mientras se quitaba la chaqueta ante la atónita mirada de Diana. Después de la chaqueta se deshizo de la

camisa y después el resto de la ropa, hasta quedarse desnudo.

Diana no conseguía creer lo que estaba viendo. Aquel hombre era tan cautivador, tan sexy y apetitoso que encima lo tenía delante y desnudo, humedeciéndose los labios mientras le lanzaba una mirada lasciva y llena de deseo.

—Déjame estar contigo —le suplicó deseoso, poniendo la mano en la puerta de la ducha, bloqueando cualquier espacio para escapar.

Una vez dentro de la ducha, ella no podía dejar de admirar el perfecto, masculino y sensual cuerpo de su hombre, relamiéndose los labios e imaginando miles de situaciones cargadas de lujuria. Pero ella no era la única que se relamía los labios. Al alzar la vista, comprobó que él estaba parado delante de ella, haciendo exactamente lo mismo.

El lugar estaba cargado de tensión sexual, hasta que Jooni dio el primer paso acercándose a ella. Agarró su cabello mojado con una mano, mientras posaba la otra sobre su trasero y la acercaba a él de forma ardiente para besarla con toda la pasión que desbordaban sus cuerpos desnudos, exaltados y eufóricos al sentirse tan cerca. Ella podía sentir todo el poder de su virilidad tan cerca que le ponía el corazón a mil y él, se sentía cada vez más excitado al aspirar el dulce y embriagador aroma del sensual cuerpo de Diana, que rozaba con delicadeza el suyo, excitándolo y llevándolo a la locura. Pero Jooni era un hombre muy respetuoso y bastante tradicional, lo suficiente como para intentar contenerse y permitirle tener una agradable ducha.

Jooni salió primero de la ducha tendiendo su mano a Diana. Al salir, cogió la toalla y la puso sobre ella, frotándola suavemente para secar su piel.

Diana se sentía tan extraña que no sabía si aquello era lo que llamaban amor o felicidad o quizás las dos. Nunca había sentido nada igual. Nadie había hecho algo así por ella jamás.

Después de ponerse algo de ropa, bajaron para picar algo y se tumbaron en el sofá.

—*Naeagi* —dijo Jooni sonriendo amorosamente—. Siempre deseé encontrar a alguien a quien llamar mi amor y al fin lo he conseguido. ¿Vendrías a vivir conmigo?

Diana, que tenía la cabeza apoyada sobre él, paseó sus dedos por su pecho y le dio un corto pero delicioso beso en aquellos pectorales tan bien definidos antes de responder.

—¿Tú quieres que vivamos juntos? —preguntó ella intuyendo cuál iba a

ser su respuesta.

—Yo deseo pasar el resto de mi vida junto a ti. Además, sabes que en Corea no te faltará de nada y podrás trabajar de cualquier cosa que desees. Nos hechizaste a todos con tu voz, mi ángel. Allí todos piden tu nombre para anuncios, reportajes, apariciones en dramas… podríamos trabajar juntos de nuevo si tú quisieras.

—¿Y qué pasa con el pub y con mi casa? —preguntó, comenzando a preocuparse por lo que podría dejar atrás.

—Puedes dejar a alguien a cargo del pub, y tu casa, consérvala. Sería nuestro refugio —respondió acariciando su pelo—. Di que sí, di que vendrás conmigo, que viviremos juntos, di que pasaremos el resto de nuestras vidas juntos. Quédate conmigo.

—Umm ¿Qué me ofreces a cambio? —preguntó esbozando una pícara sonrisa.

—Te daré lo que desees. Incluso si me pides una estrella, encontraré la manera de atraparla para ti. ¿Qué quieres? ¿Mi corazón? Ya es tuyo ¿Mi alma? Es tuya ¿Mi vida? La pongo en tus manos si es lo que deseas. Solo di que sí.

Diana se apoyó sobre su pecho para poder mirar sus profundos ojos oscuros.

—Sí.

Epílogo

Dos años más tarde…

Aquella noche, estaban estrenando la cama "*King size*" que habían comprado para que Diana pudiese dormir plácidamente sin que Jooni tuviese que acabar durmiendo en el sofá como venía siendo costumbre desde la primera vez que durmieron juntos. Él había tenido que estar levantándose de madrugada para ir a dormir al sofá porque no conseguía dormir. No porque tuviese problemas de sueño o porque estuviese incómodo en la cama, sino porque Diana, cuando se quedaba profundamente dormida, comenzaba a moverse. Aunque quizá si hubiese sido solo eso no hubiese tenido que pasar tantas noches en el sofá. Pero no solo se movía como estuviese practicando artes marciales, también lo usaba como muñeco de entrenamiento, pues cada vez que conseguía cerrar los ojos, Diana le lanzaba la mano sobre la cara y sobre otros lugares que prefería mantener a salvo de sus golpes nocturnos, o apoyaba sus pies en él y se estiraba haciéndolo caer de la cama. Todo eso lo llevó a tomar la decisión de comprar una cama lo bastante grande como para

que ella pudiese incluso bailar sin que él acabara mirándola desde el suelo.

—Ven aquí —dijo Jooni, extendiendo los brazos para que Diana se apoyara en él.

—Jooni —dijo ella soltando un suspiro.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Necesito algo.

Diana sonrió jugando con el cabello de su hombre.

—¿Qué necesitas?

—A ti —respondió mirándolo con ternura y dándole un delicado beso en el cuello.

Él se quedó mirándola unos segundos antes de besarla en la frente. Pero Diana quería más. Sacó la lengua y lamió los labios de Jooni, provocando así su deseo.

—Te amo *Naeagi* —le dijo antes acercarse a sus labios para besarlos y morderlos como si estuviese saboreando el bocado más dulce.

—Te amo —respondió ella recorriendo suavemente la mandíbula de Jooni con los dedos.

Pero justo cuando él casi podía sentir los labios de su mujer someterse a los suyos, el móvil de Diana comenzó a sonar.

—No contestes —dijo Jooni, deslizando el dedo sobre la pantalla para colgar la llamada.

Al día siguiente, por la mañana, Jooni se encontraba tumbado en el sofá del jardín, abrazando a Diana, que estaba junto a él, con la cabeza sobre su pecho, sintiendo los latidos de su corazón. Ambos observaban a los niños de sus vecinos que jugaban y saltaban a la piscina, chapoteando y saliendo a tomar helado antes de volver a lanzarse al agua y volver a salir para abrazar a sus padres y mojarlos.

—Mira que felices son —dijo Jooni señalando con la mirada a las familias que se encontraban junto a la piscina y a los niños pequeños que jugaban salpicándose unos a otros—. Nuestros hijos también jugaran así —le dijo, dándole un tierno beso en la frente.

Diana alzó la vista y le respondió haciéndole ojitos:

—Me apetece un helado de chocolate.

—Dame un segundo —le dijo levantándose para complacerla. Entró al apartamento, cogió el helado y cuando volvía al jardín, se detuvo en el pasillo y se quedó mirando las fotos que tenían colgadas en la pared y esbozó una tierna sonrisa al recordar aquellos momentos tan divertidos y tan románticos que vivieron durante la grabación de aquel programa, en el que, habían tenido que vestirse de novios.

Nada más salir, abrió el helado y se lo dio a su mujer, acomodándose junto a ella de nuevo.

De pronto uno de los niños pequeños que estaban jugando en la piscina se acercó a ellos y se quedó mirando detenidamente como Jooni acariciaba con delicadeza la tripita de Diana.

—Mi papá también acaricia la tripita de mami —les dijo al ver a su vecino acariciar la tripita de su esposa como le hacía su padre a su mamá. Había imaginado que Diana también estaba esperando un bebé—. Dice que así también puede acariciar a mi hermanito antes de que lo traiga la cigüeña —les dijo el pequeño con una enorme sonrisa de satisfacción—. ¿Podré jugar con él pronto? —preguntó

—¿Tú lo protegerás? —le preguntó Diana sonriendo, acariciando su cabello mojado. No quería decirle que ahí no había nada, ya que el pequeño parecía bastante entusiasmado ante la idea de tener un nuevo vecinito con quien jugar.

—¡Claro!

En aquel momento la madre del niño comenzó a gritar su nombre para que volviera a casa.

—¡Adiós! —se despidió corriendo hacia su mamá.

Después de marcharse el pequeño, Jooni abrazó por detrás a Diana haciéndola girar sobre el enorme y confortable sofá en el que se encontraban tumbados para poder mirarla a los ojos.

—Parece que nuestro vecino piensa que vamos a ser papás —le dijo con una pícara sonrisa que dejaba entrever cuales iban a ser sus siguientes palabras.

—Así es. Es tan lindo —respondió ella acariciando el perfecto rostro de su hombre, que se acercó a ella lentamente y rozando su nariz con la de

Diana le propuso;

—¿Deberíamos subir al dormitorio para hacer feliz a nuestro joven vecino?

—¿Qué dices? —le gritó ella apartándolo con una sonrisa traviesa y levantándose del sofá.

—Creo que deberíamos ir al dormitorio e intentar hacer un bebé para que nuestro pequeño vecino no se sienta solo —dijo de nuevo poniéndose en pie y agarrando por detrás a Diana, que giró sutilmente su cabeza y le sopló dulcemente los labios en respuesta.

Después de aquello no hicieron falta más palabras. Jooni levantó a Diana entre sus fuertes y cálidos brazos y la subió al dormitorio. La lanzó sobre la cama y cuando se estaba quitando la camiseta de la manera más sensual que Diana jamás había visto, su móvil vivió a sonar.

La pareja mantuvo una lucha de miradas en la que se discutía si responder o no la llamada, pero al segundo toque, Diana agarró el teléfono y respondió, dejando a Jooni medio desnudo mirándola decepcionado y lleno de celos.

—Así que prefieres hablar con él —dijo casi susurrando, sabiendo que quien llamaba era Daniel.

Ella lo miró y le sacó la lengua antes de responder.

—¡Daniel! ¿Cómo estás? —respondió a la vídeo llamada como si no hubiera ocurrido nada.

—Bien ¿Cómo estáis ustedes?

—¡Diana! —gritó alguien que corría detrás de él.

—¿Quién es esa? —preguntó ella, que no conseguía distinguir el rostro de la joven que saltaba detrás de él.

—¡Ah! Espera —exclamó Daniel que no se había percatado de que la chica estaba intentando saludar también.

—¡Hola! —volvió a saludar, esta vez mostrando su rostro.

—¿Lara? ¿Pero qué haces ahí? —preguntó con asombro.

—Me siguió hasta Italia —respondió Daniel.

—¡Eso no es verdad! Yo sólo estoy de vacaciones —le replicaba ella.

Él se echó a reír:

—Ya ves. ¡Y el único lugar para el que quedaban billetes era para Italia! —dijo provocándola.

—¿Qué dices? Había más sitios… ¡Ah! No, no, sólo quedaba para Italia. Tonto…

La pareja veía como andaban peleando como si fuesen un matrimonio. Al final se habían hecho buenos amigos o quién sabe si eran algo más.

—¿Sabes algo de Carmen? —preguntó Daniel.

—Sí. Ella está ahora a cargo del pub y tiene a Jordi todo el día pendiente de ella. No deja que ningún hombre se le acerque. La tiene muy mimada.

—Me alegro que después de todo, ese tipo no resultara ser como pensábamos.

—Sí. Menos mal —aceptó ella.

—¡Dani! ¿Qué es aquello? ¡Oh, quiero ver eso! —Lara no hacía más que gritar sorprendida. Quería verlo todo y quería que Daniel se lo enseñase.

—Bueno chicos me temo que tengo que dejaros. Cuida bien de ella —le pidió a su amigo—. Diana mantente sana y si ese tipo no se porta bien contigo llámame enseguida.

—Sí —le respondieron ambos al unísono—. Cuídate Dani.

Al acabar la conversación, Jooni dejó el móvil sobre la mesita de noche:

—Al final acabaran juntos. Son tan distintos que no pueden evitar atraerse.

—Yo también soy distinta a él —dijo ella dejando caer la cabeza sobre los pectorales de su hombre y dibujando letras con los dedos sobre su piel.

Al oír aquello Jooni se giró colocándose sobre ella y acercándose a sus labios tanto que si hubiese intentado articular una palabra no hubiera podido.

—¿Preferirías que fuese él quien estuviese aquí contigo?

—Bueno, no me importaría —respondió ella pícaramente provocando sus

celos—. Daniel es tan alto y tan guapo y tan sexy y tan…

No le permitió continuar. Colocó los dedos sobre sus labios y la besó apasionadamente.

—Pues eso no va a pasar. Antes tendrá que matarme si quiere estar contigo, porque tú eres mi cielo, mi paraíso, mi amor.

—Creo que eso cambiara pronto —le dijo ella mirándolo a los ojos sonrojada y acariciando su cabello.

—¿Por qué dices eso? —preguntó extrañado.

Diana no respondió, simplemente volvió a apoyase sobre su pecho y comenzó a dibujar de nuevo algunas letras en su piel: p-a-p-á.

Después de sentir como terminaba de dibujar la última letra la agarró con fuerza.

—¡¿Voy a ser papá?! —preguntó entusiasmado sujetando el rostro de Diana que lo miraba sonrojada y sonriente.

Ella asintió tímidamente.

—¿De verdad? ¡Oh! ¡Vaya! ¡Me haces tan feliz! —exclamaba una y otra vez sin dejar de besarla por todas partes. — ¡Espera! ¿Tú estás bien? —preguntó preocupado por su salud.

—Sí. Todo está perfectamente. Al final sí que podrá tener un nuevo vecinito para jugar —dijo sonriendo refiriéndose a su vecino.

—Te amo, te amo, ¡te amo tanto! —repetía una y otra vez besando a su amada por todo el rostro, el cuello, las manos…

—Este será nuestro paraíso, mi amor —le dijo ella excitada, enredando los dedos en el oscuro cabello de Jooni mientras él recorría su cuerpo a besos. Entonces alzó la mirada, acercó sus labios a los de ella que pedían ser besados y la hizo suya.

Jooni se sentía el hombre más dichoso del mundo al ver a Diana tan feliz y ella se encontraba feliz como jamás había podido siquiera imaginar. Se habían convertido uno en el pilar del otro, en lo más importante de sus vidas y ahora ésta, les iba a dar el regalo más hermoso que podrían haber deseado.

Pensar en ti me hace romántico

(Oh, es un romance… tú necesitas un romance… yo lo necesito)

Quiero frotar mi nariz en tu cuello

Siempre te necesito entre mis brazos

Abrázame fuerte, necesito tus abrazos

Ven bajo mi manta

Nos esconderemos del mundo

Tú eres mi amorcito

Ven a mis brazos

Cariño, desperté

Tus besos son tan lindos y sensuales…

Enviaste un escalofrío a mi columna vertebral y fue excitante

Sentí cosquillas

Te abrazaré sin dudar

Pensar en ti me hace romántico

(Oh, es un romance… tú necesitas un romance… yo lo necesito)

Título: Te necesito

Autora: Vanessa Rodríguez

Blog: **vrnemain.blogspot.com**

Twitter: @vrnemain

Nunca imaginé

que la felicidad estuviera

entre tus brazos

y me hiciera cada día soñar.

Que cada mirada fuera

una sonrisa eterna

donde me llevara

a susurrar la felicidad.

Que llenaras de ardiente pasión

cada sílaba de nuestras sábanas

cada mañana al despertar.

Que me regales

una vida que nunca imaginé

cuando tus manos rozan cada día

mi tierno corazón ardiente de placer.

Quisiera que cada locura vivida

nunca acabara.

Me haces sentir

querida y amada.

¿Qué mejor regalo

envejecer junto a

esta loca enamorada?

Título: Susurrando la felicidad

Autora: Leticia Mestre

elfosia.blogspot.com

A todos los soñadores, porque un sueño es algo que nadie nos puede quitar y es también, lo más valioso que podemos tener. Soñar nos hará luchar por aquello que consideramos valioso. No tengáis miedo de soñar a lo grande. A todos los que disfrutan leyendo mis palabras. No os hacéis una idea de lo feliz que me hace saber que he conseguido inspiraros y haceros soñar. Quiero agradecer a YioMiong, la primera persona de ese

fantástico lugar llamado Corea que me abrió las puertas de la amistad. Me has enseñado que por muy distintas que sean nuestras culturas eso no es ningún impedimento para crear una bonita amistad y que hay cosas como: el respeto, la curiosidad y el amor por nuestras culturas, estilos de vida, etc. que son capaces de unirnos. El interés por aprender el idioma del otro nos unió "oppa" ¡Pronto comeremos paella!

También quiero agradecer a "mi" Riti, por enamorarte de mis personajes.

Leti, "elfosia", gracias por tu apoyo, siempre, por ayudarme tantísimo y por compartir conmigo tus conocimientos.

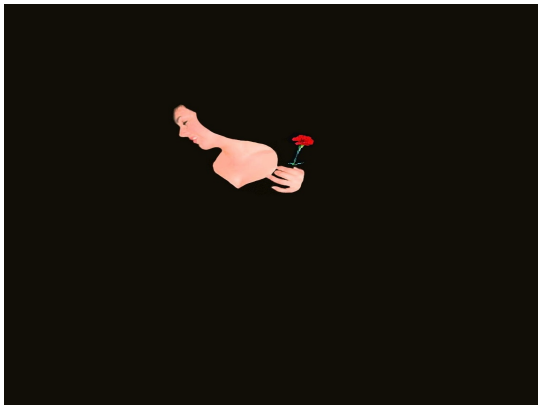
Aunque no quieras tengo que incluirte en este pequeño apartado, persona que no quiere ser nombrada. Muchas gracias por tus consejos que me han ayudado a mejorar mi escritura y a hacer que esta novela tenga un cuerpo más "esbelto".

Y por supuesto, ¡Gracias a la madre que me parió!

Porque por ella estoy tratando de hacer realidad uno de mis sueños. A pesar de haberlo sentido muy distante y a veces incluso imposible de alcanzar, tú eras el principal motivo por el que me instaba a escribir y no parar.

Un abrazo,

Vanessa Rodríguez.



La tensión sexual se palpa prácticamente desde el principio. Una novela romántica y pasional, con toques irónicos, donde une dos países a través de dos corazones que acaban enamorándose.

Reflejosdesentimientos@blogspot.com